

Seix Barral Biblioteca Breve



Pedro Lemebel

Adiós mariquita linda



Adiós mariquita linda



Seix Barral Biblioteca Breve

Pedro Lemebel
Adiós mariquita linda

Lemebel, Pedro

Adiós mariquita linda. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Seix Barral, 2014.

E-Book.

ISBN 978-950-731-810-8

1. Homosexualidad. 2. Discriminación. 3. Problemas Sociales. CDD 363.49
CDD 363.49

© Pedro Lemebel

Derechos exclusivos de edición:

© Editorial Planeta Chilena S.A.

Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso, Providencia, Santiago de Chile

© Grupo Editorial Planeta

ISBN: 978-956-247-832-8

Registro de la Propiedad Intelectual N° 148.490

Ilustración de portada: De la serie "Frida",
Pedro Lemebel, fotografía Pedro Marinello.

Diseño de cubierta: Djalma Orellana

Diagramación y corrección de estilo: Antonio Leiva

Primera edición: junio de 2014

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Índice

Pájaros que besan

El Wilson
Se llamaba José
El Flaco Miguel
Ojos color amaranto
Eres mío, niña

Matancero errar

Corazón vudú
Welcome, San Felipe
El valle de Cuz Cuz
Que no se cruce con el presidente
Volando en el ala derecha
Boquita de canela lunar

Todo azul tiene un color

Cubana de Aviación
La Habana Vieja
Llegando a La Habana
El fugado de La Habana

A flor de boca

El abismo iletrado de unos sonidos
La momia del cerro El Plomo
Canción para un niño boliviano que nunca vio la mar

Chalaco amor (sinopsis de novela)

Bésame otra vez, forastero

Carta I
Carta II
Carta III

Carta IV

Adiós, mariquita linda (resumidero)

Noche quiltra

Noche payasa

Noche coyote

El gay town de Santiago

Ojeras de trasnochado mirar

Un poquito de pintura para Bosé

El asalto a los chinos gay

Dónde vamos a encontrar otra Pavez

Hotel Boquitas Pintadas

El regreso de la finada

Glosario del autor

A modo de reparto

PÁJAROS QUE BESAN

El Wilson

Un día te dije que iba a escribir nuestra corta historia en el *Clinic*. Y aunque tú no lo creyeras entonces, te juré que serías el protagonista de esta crónica que escribo evocando tu inquieto mirar de pendejo sureño, cesante y peregrino por estas calles, por estos cementos ardientes de la tarde estival, cuando lo veo venir caracoleando la vereda con su vaivén de leopardo morenón. Lo diviso apurado rapeando su elástico caminar directo a mi encuentro. En la Gran Avenida a todo sol, a todo calor, ese verano conocí al Wilson. Y me paró de pronto preguntando con su cara morocha de engominado penacho punky: ¿Tú soi el escritor?, ¿tú saliste en la tele? Y antes de contestarle, me di el tiempo de medir sus largos muslos sopeados de transpiración, me di el placer de hurguetear su ombligo y la pretina del calzoncillo que dejaba ver el bluyín rapero, a media cadera, a medio culo su vocecita huasteca volvió a insistir: ¿Tú saliste en la tele? Bueno, claro, pero eso fue hace tiempo. Yo no soy de Santiago, se apresuró a confesarme, vengo de Llanquihue y ando buscando trabajo porque allá no hay na' que hacer. ¿Y tú crees que por aquí hay mucho que hacer?, le contesté con las pestañas encendidas. Algo se podrá hacer, cualquier cosa, cualquier trabajo, todo sea por unas monedas, porque no tengo dónde quedarme, y ahora estoy parando en el Hogar de Cristo. Llámame a este teléfono, le susurré a la rápida perdiéndome en la multitud que subía a las micros, bajaba de las micros en la bullente Gran Avenida. Y a las seis de la tarde, cuando me relajaba en ese intenso día con un buen pito, el teléfono que llama, el teléfono que grita su nombre, y así nos cruzamos en esta maraca ciudad con el Wilson, y pronto las cervezas y pronto los pitos y más tarde que temprano caímos al catre medio muertos, medio embriagados por este encuentro fortuito donde nos contamos todo, donde nos dijimos todo atropelladamente, como si el cielo de esa pieza fuera el último cielo que veríamos antes del amanecer. Allí me contó entre trago y trago el patiperrear de sus cortos años en busca de alguna esperanza para su iletrada juventud. Porque no terminé la educación básica, me dijo. Porque apenas llegué a séptimo y de ahí me echaron del colegio y después me fui de mi casa, porque me güeviaban mucho, porque no trabajaba, porque me la pasaba de vago con el personal estéreo pegado en la oreja tratando de rapear y bailar como los negros

de Nueva York que veía en la tele. Y esa noche el Wilson bailó solo para mí, girando como un disco al compás del carreteado casete que guardaba como tesoro. Y también esa noche supe que el Wilson era virgen, nunca había tenido mujer ni hombre que lamiera sus pétalos sexuales; me di cuenta porque no sabía ni cómo ni por dónde. Y sus ojillos chinocos reflejaban el paraíso con la mamada deliciosa que le regalé después de preguntarle: ¿quierís ver a Dios, loco?

El Wilson pensaba ser otra cosa, no quería que la urbe infame se lo tragara con su cruel voracidad, por eso y para que conociera gente, una tarde lo invité a la presentación de un libro del director del *Clinic*. ¿Y qué es esa güevá?, me preguntó con sus pupilas de chispeante carbón. Un periódico donde escribo. ¿Algo así como *El Rastro*? No, lindo, este es mucho más anarco, le respondí con ternura mientras caminábamos por Providencia hasta el pub donde sería el evento. Al llegar, el Wilson no quiso entrar. Es que ando muy mal vestido, murmuró, viendo las niñas rucias y los chicos intelectuales que hacían nata en la entrada. Y qué importa, mi cielo, uno es lo que es y las pilchas son lo de menos. Entremos a comer y tomar, ¿acaso la caminata no te dio sed? Y así esperamos que terminaran los eternos discursos hasta que empezó el cóctel de fierritos, tapaditos, dulcecitos y empanaditas que el Wilson devoraba a puñados. Luego aparecieron las bandejas de pisco sour y vino rosado en elegantes copas de alto pie. Salud, mi bello rapero, le dije al Wilson chocando los frágiles cristales que el pendejo no dejaba de admirar. Si quieres te llevas la copa de recuerdo, le susurré empujándolo al robo. Ahora que nadie está mirando guárdatela en el bolsillo. Pero una copa no es ninguna, pásame tu mochila, tápame para guardar esta otra y otra y la que está en esa mesa, y la que dejó vacía esa pituca cara de diuca, y la que ya se tomó ese viejo paltón con cara de asco y alcánzame esa que dejó babosa aquel abuelo hippie cabeza de melón con flecos. Así la mochila del Wilson se fue llenando de vidrios que tintineaban mientras el chico recogía y recogía copas embriagado por la fiebre del choreo. Vámonos de aquí, Pedro, porque no entiendo ni güevas lo que habla esta gente. Espérate un poco, voy a saludar a Carlitos, mi abogado, y al David que estudia literatura, y al Rodrigo que es periodista. Y con todo el grupo tomamos el Metro para seguir la farra en mi casa. A la pasada, en Bellavista, compramos unos vinos y terminamos en mi ranca nadando en copete, discutiendo de arte, política y todas esas latas culturales que apasionan a los universitarios de izquierda. Pero no al Wilson, que bebía y bebía con desespero dándose vueltas por la casa como león enjaulado. Y en un momento no aguantó más y me dijo: quiero que se vayan todos estos güevones para que nos quedemos nosotros solos. Recién lo conocía y ya se creía mi marido el lindo. Son mis amigos, le recalqué con firmeza, y si no te gusta la

puerta es ancha, loco. No me hizo caso y siguió hinchando, enrabiado, cambiando la música, sacando a Manu Chao y colocando su horroroso casete que incluía una canción romántica de Chayanne. Mira, escucha: «Es la primera vez que me estoy enamorando», me cantaba en la oreja, tratando de que yo tuviera oídos solo para él. Sin embargo, la alterada plática intelectual de mis amigos no me dejaba ponerle atención. Y el Wilson terminó gritándome a toda boca su balada de chulo amor. Entonces, el David me pregunta con sarcasmo: ¿ahora te gusta Chayanne, Pedro? No alcancé a contestarle, porque el Wilson empuñó una cerveza y se abalanzó sobre el David justo en el momento en que mi alarido destemplado lo inmovilizó con la botella en el aire. Si van a pelear se van todas las mierdas de aquí, grité sacando ronquera de arrabal. Y solo de esa manera pude evitar un desastre. Pero esa noche las cartas estaban marcadas, y siguieron discutiendo y tomando hasta que tuve que echarlos a todos, incluyendo al Wilson, que lo vi por última vez desaparecer bajo la garúa rosada del alba. Y justo antes de doblar la esquina giró levemente su mejilla y me encandilaron sus ojos sureños de huérfano amor.

Desde aquel día nunca más supe del Wilson, y la escarcha del olvido terminó por esfumarlo de mi cotidiano pasar. Y solamente hace unos meses suena el teléfono y escucho la voz aflautada de la operadora preguntando: ¿acepta una llamada con cobro revertido del señor Wilson desde Llanquihue? Claro que sí, me apresuré a responder. Y tuve que contener el ahogo cardíaco al oírlo diciéndome que lo perdonara por el desatino, que la culpa era del vino, y que después de aquella noche se tuvo que ir al norte a trabajar en un circo, ayudando a levantar la carpa, alimentando a los animales, en fin, haciendo de todo hasta juntar la plata del pasaje para volver al sur. ¿Y cómo va tu vida ahora?, me atreví a preguntarle, al recordar su cuerpo de cañaveral flectado en el quejido rapero que humedeció mis sábanas. Mucho mejor, me respondió más tranquilo, y agregó con un dejo de irónica tristeza: ahora leo el *Clinic* y estoy estudiando en la nocturna para entender lo que hablan tus amigos.

Se llamaba José

Y con ese nombre de pesebre navideño, nombre obrero con aire campestre, sin la pretensión de agregarle un José Luis o José Pablo, nada más que José, como si esas cuatro letras hiladas en la baba de la palabra fueran su único equipaje, su peregrina identificación para ir de calle en calle luciendo su esbelto porte de sureño trasplantado. Y es la misma historia de muchos chicos que llegan atraídos por esta luciérnaga de neón, el mismo impulso de José que rumbea la ciudad olfateando la ilusión de una peguita, un pituto, un trabajo, cualquier cosa para no volver al sur derrotado, me dijo cuando lo encontré en el sube y baja de las micros vendiendo maní para salvar al menos la comida. Y solo entonces vi esos ojos de aguilucho con pena o felino triste, donde aún chispeaba la dignidad de su soberbia. Vivo en la calle, me comentó, hace un año que llegué y trabajo en las micros y recorro Santiago de lado a lado ofreciendo Chocopandas si es verano o maní si es invierno y hace frío como ahora, que putas que está helado, me dijo tiritando, dando diente con diente, en realidad diente con carie, porque su esquiva sonrisa brillaba cual lámpara pobre con varias luces quemadas. En él creí ver a una fiera depresiva jugándose sus últimos zarpazos en la riña gatuna de la city. Caminemos, le sugerí con la lengua de arpón que siguió palabreando sus pasos. Y caminando y dándole al verso colérico se dejó arrastrar por la red sinuosa de las palabras. Se dejó atrapar cansado de dormir como una lechuza en el fierro congelado de la parada micrera. ¿Adónde vamos?, se atrevió a preguntar. A mi casa, a mi corazón, que por esta noche relajó su tristeza al conocerte. Apenas esbozó una sonrisa para celebrar mi verso. ¿Hay ducha en tu casa? Claro que sí, le contesté imaginando ese cuerpo avellano vidriado por el agua. Y así, al llegar, lo vi en strip-tease de otoño desprenderse uno a uno de sus lacios trapos. Su olor óxido de amarga selva llenó el baño, se enjugó en la toalla apoderándose de la casa entera. Era fuerte el olor a jaula de circo que tenía José cuando llegó a mi vida. Era denso el perfume de su carne erizada por el estruje de mis dedos al jabonarlo, al espumarle el racimo velludo de su trópico mango. Al refregarle la quebrada de su entrepierna que apenas distendió como una niña menstruando. Así fuera un crío, un arisco cachorro de lince que, sin decir palabra, se dejó acariciar por mi mano champú, mi mano bálsamo, mi mano

geisha que con ternura nipona relajó el músculo de su erecta espalda. Puedes lavar los pantalones, la camisa, los calcetines y los calzoncillos..., le sugerí maternal y lujuriosa. Puede ser, respondió con pudor al mirarse en el espejo totalmente pilucho. Aunque esté nublado, puede secarse, agregó tomando el detergente para lavar sus carreteadas prendas. Y luego, igualmente desnudo, de un salto trepó al altillo para tenderlas. Mientras José estrujaba la ropa, desde arriba escuché que me decía: ¿son animales esos ruidos que se escuchan a lo lejos? Esos son pájaros... Y ese es un puma, se respondió solo después de un silencio. Es el zoológico del cerro que está aquí cerca, le aclaré cuando se descolgaba tigrasco por la escalera. ¿Lo conoces? Nunca he tenido la oportunidad de ir al zoológico, deletreó cada palabra como un niño huaso y educado. ¿Vamos mañana?, lo invité, al tiempo que le abría la cama y cerraba las cortinas para oscurecer nuestra noche jungla.

Abrió sus ojos somnolientos al tintineo del desayuno que yo le traía en bandeja. ¿Vamos al zoológico?, me recordó engulléndose de un mordisco el té con leche, los huevos y las tostadas. Fácilmente hacía veinte años que yo no iba al zoológico del cerro; de niño acostumbraba ir con mi mami y nos quedábamos tardes enteras comiendo galletas y mirando los patos y cisnes que nadaban apretujados en una laguna. ¿Quieres comer dulces?, le ofrecí después de comprar un paquete y caminar a su lado, quebrando los charcos de lluvia como pareja de adolescentes. Lo que más quiero ver es el puma, repetía insistente mientras se encaramaba ágil por las empinadas escaleras. ¿Y por qué tanto interés con el puma si hay tantos animales que no conoces?, pregunté sin aliento, con el corazón escapando de mi boca con tal esfuerzo. Porque en el sur me decían el Puma, contestó cogiendo mi brazo para ayudarme a llegar a la boletería. No había mucha gente esa mañana en el zoo, nada más que algún gringo leso tomando fotos y un grupo de chicas estudiantes de teatro que imitaban animales como ejercicio de actuación. ¿Dónde está el puma?, preguntó José mirando las flechas que indicaban felinos, reptiles, aves y monos por montones. Monos sabios, indiferentes al jaleo bobo del público, que inútilmente quería sacarles una acrobacia, una gracia de orangután, un salto mortal, un chillido de bebé monito que se esconde en el abrazo materno asustado de tanta cara humana al aguaito. Un pequeño simio que no conoce las nubes sin rejas, por eso va colgado de su mamá mona que lo lleva por el aire cuando le toca el turno de su trapezio laboral. Y todos los mirones aplauden tirándoles maní, emocionados con la madonna y el niño en versión primate. Todos aplauden, todos ríen cuando mamá mona baja de lo alto con su cría para agarrar el maní, y hace morisquetas y muestra los dientes para que le tiren más. Todos ríen, menos José que, pensativo,

recoge un maní que cayó fuera y se lo echa a la boca diciéndome: yo como harto maní cuando vendo en la calle.

A José lo había conocido el día antes, cuando subía y bajaba de las micros vendiendo confites. Y ahora cumplía su sueño de conocer el zoológico de Santiago, y parecía un niño ansioso buscando al puma entre las jaulas. ¿Vamos a ver al puma? Vamos, le contesto sintiendo la pesantez de cielo alambrado donde las aves revoloteaban en su aire carcelar. Mira, esa es una codorniz, y esa otra una torcaza, y ese negro un tordo, y los demás son jilgueros, exclama José contento, agregando que en su tierra estos pajaritos andan sueltos, igual que los chunchos, me dice mostrándome a una lechuga ojuda que relampaguea en la sombra. La gente cree que los animales hacen gracias porque están contentos, murmura José deslumbrado por el tornasol de los papagayos que cuelgan de la reja con el pico abierto. La gente cree que los animales no saben que están presos, concluye arrastrándome hasta las jirafas que, como antenas moteadas, le pestañean al público en su corral de tierra. Es triste vivir así, le comento a José que se ha detenido en la jaula del oso. Pero este debe ser el más amargado, me contesta apuntando al animal que, oculto en su cueva, no quiere ver a nadie, no quiere que nadie le tire maní, no quiere escuchar los gritos de los niños llamándolo para que se asome. Simplemente, hoy no está para visitas. ¿Y el puma?, a lo mejor no hay puma en este zoológico, comenta José mirando en círculos hasta descubrir un letrero que dice hipopótamo y felinos. ¿Qué son los felinos?, me interroga con su cara ingenua. Todo tipo de gatos salvajes, le respondo con ternura de maestra. Ahí puede estar el puma, exclama saltando sin fatiga de peldaño en peldaño hacia lo alto. No quiero más, me cansé. Anda solo a buscar tu puma, casi le grito, y lo veo desaparecer en el vaho de modorra que humea en las jaulas.

¿Por qué no se ve el hipopótamo, mamá?, suspira un niño a mi lado, empañando con su vocecita la vitrina donde se esconde el tímido animal. Golpéale el vidrio, llámalo para que salga del agua, ordena la mamá. En la parte más protegida del pequeño estanque, bajo unas hojas de loto, el voluptuoso hipopótamo se esconde piola y solo deja ver sus capotudos ojos a ras de superficie. Un alarido de lobo inmoviliza por un momento la selva en prisión y luego retorna a su cacareo rutinario. Al rato vuelvo a encontrar a los estudiantes de teatro, que esta vez intentan imitar el salto bípedo de los canguros. Nunca había estado frente a canguros, y me distraigo viéndolos rumiar, dar brincos y olfatear las manos de los curiosos que quieren tocarlos. Las acrobacias de los animales, sus muecas, sus bramidos, sus saltos, no son maromas porque estén

contentos, medito pensando en lo que dijo José hace un rato; la verdad, esas manifestaciones más parecen gestos de desespero o angustia que la gente interpreta como gracias. Enfrente, el oso polar repite incesante el desplazamiento autista de su neurótico encierro. Encontré al puma, me sobresalta José con su respiración acelerada. Es el más grande que he visto, repite eufórico. Es hora de irnos, chico, le propongo empujándolo a la salida. En realidad, la visita al zoo no me ha hecho bien; al bajar, una pena extraña me aprisiona el pecho. No sé, siempre me pareció sospechosa esa gente que mimaba tanto a los animales, como si fueran niños. Pero esto era diferente, tenía la sensación de haber visitado la cárcel o un reformatorio como turista. ¿Qué pasa?, me interroga José cuando llegamos al plano. Tengo mucho que hacer y se me hizo tarde, le miento, despidiéndome para que él también retomara su trabajo en las micros.

Me extrañó que José no volviera en la tarde y, mientras ponía agua para tomar un té, escuché por la tele la noticia: el puma del zoológico se había escapado y varias cuadrillas de policías se organizaban para cercarlo. Era tal el despliegue de helicópteros, sirenas y vehículos de seguridad, pero aun así el felino había burlado el operativo policial huyendo de la falda del cerro. Es decir, merodeaba mi barrio cruelmente perseguido. En un instante escuché un crujir en el altillo que me congeló la sangre. Pueden ser gatos, pensé, y armándome de valor subí a inspeccionar. El cielo del Santiago otoñal anaranjaba de hemorragia la huida de la tarde; no muy lejos, el zumbido de las patrullas animaba la cacería y un silencio fúnebre traía la noche venidera. Al bajar del altillo, la televisión informaba que el ejército safari había localizado al puma a solo unas cuadras de mi casa. En la pantalla recién pude verlo temblar en el colosal acoso. Parecía un gato grande, pero acurrucado en un rincón gruñendo bajito maullidos de pavor. Era apenas un minino con susto, punceteado salvajemente por las lamas de los pacos, en éxtasis ante tal aventura. Uno de ellos lo agarró de la cola y comenzó a girarlo brutalmente, y luego a la rastra lo metieron en un camión. Al rato un nuevo flash noticioso informaba que el puma prófugo había muerto de un infarto cardíaco por el estrés de su captura.

José apareció ya entrada la noche, venía enojado porque lo habían detenido los carabineros y le habían quitado su mercadería. ¿Supiste? Se arrancó el puma del zoológico, le conté mirando sus manos que se retorcían al sonar de los nudillos. ¿Y lo pillaron?, preguntó ansioso con sus ojos de pantera. Sí, dije rotundo. Pero murió de un ataque al corazón. José no dijo nada más, y mientras le iba contando los motivos del deceso me dejó hablando solo y subió al altillo. Tampoco me contestó cuando le pregunté si iba a comer, si quería bañarse, si

deseaba un cigarro, porque allá arriba el aire estaba frío. También se quedó en silencio al llamarlo dulcemente para dormir juntos. Y pasó toda la noche arañando con la mirada el horizonte de su amargo sur, bajo el paraguas retinto del firmamento.

El Flaco Miguel

De tanto cruzar el mismo puente sobre el Mapocho, de tanto ir y venir, sin ton ni son, inventándose alguna excusa para pasar y pasar sobre el río, ahora encajonado en una vera, porque la modernidad santiaguina horada un gran túnel de tránsito bajo el lecho fluvial. Y en realidad el agua chocolate del Mapocho me da lo mismo, más bien combina morocha con el río de cuerpos obreros que laburan a todo sol entre las grúas y camiones descargando mezcla, ripio y arenales con cemento. A todo sudor el esfuerzo los hermana en el mismo brillo de espalda asalariada. Con panza cervecera o desnutrición queltehue, este mapa de cuerpos proletarios resulta ser la carne de cañón para el arribismo de urbe hipermoderna que ostenta Santiago. Trabajar en la construcción es algo más que escribir esta crónica, es algo más que estetizar con bonitas palabras la dura jornada de la sobrevivencia que transpiran los hombres de la contru. Porque tú te ganái la plata sentado, me dijo el Flaco Miguel cuando me sorprendió en la esquina del río desafiándome con su hermoso cuerpo de cisne moreno. Te veo pasar siempre por arriba del puente, y tú no puedes reconocerme porque con el casco somos todos iguales. Tienes razón, le respondí con timidez ante su mirada somnolienta de vuelo pesado. Todos me dicen Flaco Miguel, me comentó estirando sus piernas con relajado orgullo. Pero no siempre trabajé en la contru, he hecho de todo, hasta fui modelo para unos peluqueros del barrio alto, suspiró chasconeándose la sedosa cascada de pelo entre sus largos y sensuales dedos. Y le creí sin ninguna duda, ya que su brillante melenada varonil era un plumaje castaño peinado por la brisa leve que adormecía la tarde. ¿Y qué hace un príncipe sirio trabajando en la contru?, le deslicé la pregunta aletargado por el milagro de su presencia. Nada de príncipe, me cortó brusco, mirando con tristeza el mugroso ondear de la corriente mapochina. Vivo en una población y la vida me resultó cara como a todos los pobres. Pero tendrás algún sueño, le sugerí poniendo boca de corazón. Comprarme una moto y largarme lejos por la carretera sin mirar atrás. Por eso trabajo aquí, para juntar la plata. Pero con esa pinta que tienes, yo te podría contratar como acompañante. ¿Y qué tendría que hacer?, me interrogó con una chispa de suspicacia en sus ojos de oscura miel. Nada más que acompañarme, solo acompañarme. Como la película *El*

guardaespaldas, donde trabaja la Whitney Houston, dijo alegre participando del juego como un niño entretenido. ¿Y si terminamos enamorados como en la película? Yo me iría en la moto hasta perderme en mi pobla, me respondió cortándome el delirio, y yo un poco picado agregué rabiosa: entonces rayaría corazones en todas las murallas de tu población: –*Flaco Miguel y Lemebel – Flaco Miguel ¿y cuándo?, te espera, Lemebel –Flaco Miguel, coopera con la causa, firma Lemebel –Mataría por ti, Flaco Miguel –Te amo tanto, Flaco Miguel, que hasta le daría un beso a Don Francisco –Flaco Miguel, siempre tuyo, Lemebel*. Te fijas que hasta riman, es como una canción. Pero esa es otra película, dijo con grave seriedad. ¿Cuál? *Atracción fatal*, me tendría que ir de la población. Pero no me importa porque yo salgo a la contru en la mañana y llego súper tarde, murmuró nuevamente feliz. Entonces te rayaría los muros del río: *¿Olvidaste a Lemebel, Flaco Miguel?* Y luego dejaría pasar harto tiempo, hasta que el invierno, la lluvia o las candidaturas políticas borrarán los rayados. Y un día, en que ya nadie te molestara y todos se hubieran olvidado del asunto. Una mañana de primavera como esas en que tú sales de tu casa rumbo a la pega con tu vianda de almuerzo. Una mañana futura en que mi recuerdo sea un olvidado mal sueño, al doblar la esquina para tomar la micro, con grandes letras rojas en una muralla: *Flaco Miguel y Lemebel... El regreso*. Ahí soltó la carcajada y reímos juntos y tomamos juntos y brindamos juntos con las cervezas que hacía rato consumíamos sentados en un bar. ¿Y yo voy a aparecer en alguna de tus crónicas?, dijo más calmado, con esa boca embriagadora que musicalizaba un beso. Seguro que sí, príncipe, te lo prometo, repetí aguardentosa, reiterando el salud con el vaso a punto de entrar en esa negrura alcohólica de la tele apagada. Lo último que recuerdo del Flaco Miguel, antes de morir esa noche, fue su delgada figura de noble jornalero mostrándome sus bellas manos estropeadas por el arañazo laboral. Y ahora que extraño su bella cabellera al viento de su jugueteado reír. Ahora que cruzo el puente para entregar esta crónica, trato de encontrarlo abajo entre los miles de cascos obreros que como hormigas esclavas de un proyecto faraónico hacen realidad la Metro-Goldwyn-Mayer del milagro económico chileno. Ahora, cuando trato de recuperar sus palabras, pienso que el Flaco Miguel tenía razón al decirme que desde arriba del puente el sudor asalariado de la contru es otro río, que igual brilla, que igual corre entre las piedras a veces cantando con la misma música de su rasguñado ardor.

Ojos color amaranto

Y esto podría comenzar como la película de un verano ardiente, apenas asomando al dos mil tres, en el fogonazo verde del Parque O'Higgins, en la fiesta de los abrazos que organiza cada año el Partido Comunista. El reencuentro copetero, yerbero, jaranero, donde toma palco de honor el trajinado pueblo, el decaído pueblo que encuentra por un día su espacio de expansión para pearse a su entero relajo. Y esta fiesta al correr los años se ha transformado en otra fiesta patria con sus fondas, empanadas, anticuchos, chicha y chanco que come la poblada (comunista o no), recorriendo el comercio artesanal que mueve su tráfico memorioso en el tierral de la tarde. Así es la fiesta de los abrazos, con sus secretarías, regionales, comunales y provinciales, una multitud de boliches para el baile y el comistrajo donde suda la gota gorda la señora militante amasando empanadas por puro amor a la causa. Y hay que ver cómo se trabaja en el PC, nada más que a honores. Se trabaja mucho, amigo Pedro, me dijo el chico de la Jota (Juventud Comunista) cuando lo encontré amapolado de ilusión en la bandera roja del carrete. ¿Y por qué tanto trabajo, compañero?, lo contradije agregando que yo pensaba que eso del esfuerzo y el trabajo era un mandamiento cristiano. ¿Y cómo vamos a cambiar el mundo entonces?, me increpó con una llamarada en sus ojos color amaranto. Muy simple, dije: *culiando-creando-poder-popular*. Ahí soltó la risa de niño un poco enjaulada por el catecismo militante. Allí rió el pendejo dorado a toda perla violenta. Soy de la Jota del Regional Valparaíso y vine a colaborar con el partido, me repitió con arrogancia. Y no por eso no vamos a tomar un trago, lo desafié con desparpajo acariciando al Che Guevara de su polera ensopada de calor. Y así nos fuimos de copas con el bello jotoso que después de la primera botella se declaró mi admirador. ¿Y qué libro leíste de mí?, dije con una mano en el pecho sujetándome los diamantes de un collar invisible. Casi todos, pero el que más me gustó fue ese del torero, me dijo, y agregó: pero hay un error al final de la historia, cuando Carlos y la Loca del Frente están en la playa de Laguna Verde. ¿Y qué error?, pregunté un poco molesta por la impertinencia del chico sentado junto a mí en la fonda del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. De Laguna Verde no se ve Valparaíso. ¿Y cómo sabes tú? Porque yo soy de allá y en la playa hay un cerro de rocas que no deja

ver el puerto. Y quién te lo está preguntando, güevón copuchento. Yo le digo no más, no se enoje, amigo Pedro, me calmó abrazándome con dulzura. Son recursos literarios y yo hago lo que quiero con la historia, casi le escupí roja de ira. Pero no por eso vamos a dejar de tomarnos otro copete, murmuró a mi oído con su aliento embrujador. Hagamos una cosa, vamos a Laguna Verde la próxima semana y allá vemos si se ve Valparaíso, dijo para consolarme. Y acepté el desafío, encantada, enamoradamente cachorra en sus brazos proletas. En realidad, el chico de la Jota quería repetir en vivo el final de la novela, pensé, mirando el repentino atardecer del parque que comenzaba a encenderse de músicas y colores. Y como siempre, el tintinear de las copas fueron campanas para el beber y beber, cantar y bailar en la fonda del Frente con este nuevo amor que llegaba a mi vida siempre peregrina. De allí al taxi, del taxi a otro bar donde me zambullí en el oleaje de su mirar inquieto. Y luego y pronto y después (lo supongo) caímos al lecho embriagados por el clamor furioso de las muchedumbres que pedían *pan-justicia-sexo y libertad*. Rodamos anudados por la pendiente revolucionaria de la historia, escuchando *el-pueblo-caliente-jamás-baja-la-frente*. Y nos besamos, y lo besé centímetro a centímetro, cada pliegue terciopelo de su verga jugosa. Más allá, el marasmo encabritado de las marchas gritando *quien-en-la-cacha-suma-y-sigue*. Entonces, el catre era la balsa de la medusa y de su pene mástil fui la vela, de su pene asta fui la bandera, y me izó flameante en el fragor de la lucha. Me flotó enrojecida como yegua estandarte. En la calle, el estudiantado tizaba de molotov el ardor de la protesta *y-va-acabar-y-va-acabar-y-va-acabar-y-va-acabar*. Su boca en mi boca, su corazón en mi aliento, su fusil donde me siento, el sube y baja de la marea, el baja y hierve de su néctar lechoso que viene. Que sube a nacer conmigo, que hincha la arteria combatiente. *Se-siente-se-siente-el-amor-está-presente*.

En la mañana, el despertar solo y desmadejado sobre la cama revuelta me hizo pensar que todo había sido un sueño, pero encima del televisor encontré el guante vacío de un condón y su carga láctea. Pude llorar pero no lo hice. Otro amor perdido, me dije, mientras tomaba un vaso de agua para despejar el trasnoche. Otro amor perdido, me repetí tratando de recapturar su mirada amaranto estrellando la noche estival. Y recién entonces descubrí el papel donde estaba garabateado un teléfono y la frase de invitación: desde Laguna Verde no se ve Valparaíso.

Eres mío, niña

Casi al alba lo tropecé, Alameda abajo, orilleando la cuneta de un bostezo. Agachado en el suelo, buscaba cortas de cigarrillos, esos filtros a medio consumir que arrojan los fumadores cuando suben a una micro. De lejos era un chico hip-hop con la pretina del ancho jeans bailándole en sus estrechas caderas. Un pimpollo de canillas flacas rematadas por las infaltables zapatillas, sin cordones, sin atar, como las llevan en la cárcel los primerizos. Esos tráiler de zapatillas que los chicos adoran como novias, sus queridas zapatillas que las cuidan como otro par de pies suplentes, y son para ellos el andamio callejero que los transporta por las aceras macumbeando la city. Nos topamos así, de improviso, en el metal helado de la desconfianza. ¿Quieres un cigarro?, lo sorprendí estirándole el paquete que atrapó con urgencia. ¿En qué andas a esta hora?, dije al azar, mirando el lomo cordillerano recortado por el amanecer. Aquí ando, cagándome de frío, buscando money y camita caliente, murmuró evaporando las letras de su entumido fumar. ¿Cuánto me cobras? ¿Por qué?, preguntó bajando la cabeza rapada con cintillo NY que coronaba sus ilusiones. Por acostarte conmigo, levanté la voz acentuando la frialdad del que paga. ¿Está bien con diez? Es mucho, te ofrezco cinco y hogar. ¿Cómo hogar? Así como la pensión Soto: casa, comida y poto. Entonces rió a más no poder. Ese es un dicho que decía mi abuela, lanzó ya más confiado. Vamos entonces...

Y nos fuimos codo a codo en busca de alcohol para amortiguar la cacha venidera. ¿Qué tomas? Con este frío, hasta alcohol de quemar. Pero los hiphoperos casi no tomamos, un pitito y vacilamos la música, los grafitis, la onda, pos broder. ¿Tenís música en tu casa? Y claro que siempre hay música en mi carreteada casa, pero no música rapera, a lo más un CD de Los Temerarios que lo pongo cuando el silencio me aplasta. No importa, dijo abriendo su mochila, aquí tengo ene casetes de rap que vamos a vacilar. Entonces supe que este encuentro no era momentáneo, el chico pensaba instalarse a vivir, y yo solamente buscaba un polvo pasajero. Pero bueno... ahí íbamos camino al matadero mirando las murallas garabateadas por el trazo anarco de la gramática grafitera. Esos son sticks, ahí dice: soy lo máximo y no me achico, firma Chico

Bronx. Mira, allá se lee: la música es mi color, escribe Fredy. Pero yo no entiendo nada, veo puras rayas, ¿cómo tú lees eso? Hay que cachar las letras, mira esta es una ese al revés que puede resultar zeta. ¿Tienes papel y lápiz? Sí, en mi casa. Entonces ahí te enseño. Pero cuando llegamos lo único que me interesaba era su cuerpito de jilguero envuelto en las ropas enormes de su estética rapera. Al borde del lecho titubeó al quitarse el polerón. Soy entero flaco, habló tocándose las costillas. ¿Y qué te pasó en el hombro?, pregunté acercándome para tocar suave el cordón de una violenta cicatriz. Fue una caída heavy... Me quedó feo, ¿no es cierto? Ni tanto, ¿cómo te pasó? Fue en un encuentro de skate. Nunca me había subido a esas güeás, pero los locos me güevieron tanto... que no te creís tan bacán, que no te atrevís a subirte, longi, que soi pura bocabro. Y por eso me atreví, y por eso quise hacer la pirueta más crazy, y por eso me saqué cresta y media cuando salté sobre la baranda creyéndome surfista. Y allá arriba caché que no era tan fácil cuando se me refaló la zapatilla y caí de tres metros a una escalera de cemento. Sonó hueco, loco. Me hice recagar el hombro y se veía el hueso, y el dolor... ni te lo digo, perdí el conocimiento y desperté tres días después operado en una clínica pije. ¿Y quién pagó todo? Salió dos millones, broder, dos millones que mi vieja no tenía de dónde sacar, ¿cachái? ¿Y? No sabíamos qué hacer, mi vieja todo el día güeviendo que yo tenía la culpa, que si no fuera porque yo era tan loco eso no me habría pasado, que ahora cómo vamos a pagar y güeás. ¿Y entonces? Le dije que no jodiera tanto y que nos arrancáramos de ahí. Y en una noche sin luna, como dice la canción, ella entró piolita, me trajo la ropa y en la oscuridad me ayudó a vestirme. No había nadie en los pasillos, tampoco nadie nos preguntó adónde íbamos, y si alguien nos hubiera detenido habríamos dicho que éramos del aseo, porque llevábamos un balde y una escoba. Lo teníamos todo pensado. No pagamos ni mierda, ¿de dónde?, si mi vieja apenas gana pa' comer vendiendo güeás en la feria. Valiente tu mami, murmuré emocionado. Ella cuando amanece en buena es total, pero está muy cansada y por eso yo la quiero ayudar. ¿Cómo? Con los diez pesos que voy a ganar contigo. El trato eran cinco y nada más, dije cortante. ¿Nada más, tan poco por este chuto?, agregó con ojos putingos al resbalar su mano por el vientre tenso y meterla bajo el cinturón hasta empuñar el animalejo de su orgullo. Toca nomás, en confianza, insistió remando bajo su pantalón. Pero era tan flaco en su hilachenta corporeidad veinteañera, casi un perejil desparramado en mi cama pidiendo que tasara su brote sexual. Y lo hice, pero tuve que contener el aliento y el ano se me encogió de terror cuando toqué aquel monstruo. Es lo único grande que tengo, balbuceó con tristeza. Parece un torpedo submarino, dije yo entusiasmado, agarrando con las dos manos el juguetón de cabeza violácea. Dale un besito, para que se ría. Y con esta misma

boca que canta el avemaría rocé la calva malva de ese durazno rosa, apenas palpé con los labios la piel áspera de esa carne viva, palpitante en las pequeñas venas que urgían reventar el cuero de aquel enorme mango jugoso. El chico se retorció, bramaba: ay qué rico, broder. Qué bacán, loco. Sigue así nomás, con micrófono, suavcito, con ritmo ska, como dijey, rapéame, como si fuera un rap, sampléamelo todo, cabrón. Dale más abajito, hiphopeadito, por los coquitos, chup, chup, chup... chup, chup, chup... chup, chup, chap.

De la cultura hip-hop yo sabía muy poco, quizá lo que conoce cualquier paseante que mira la esquina donde los chicos se lucen con sus pintas newyorker de la ropa americana y se palmotean saludándose, girando en el suelo al compás de un silabeo rítmico. La onda hiphopera prendió en la pendejada nacional hace un tiempo, a medida que la película musicada del chicanismo de color joven llegó en el ahora retro videoclip. Y se vio reproducida acá, cuando los púberes chilenos se sintieron identificados por el descuido vestimentario y esa arrogancia de ser, ese descaro vital que ostenta la pendejada negra y anarca del yanquiparadise. Más aún, en esa habla cantora declamando pendeja dignidad, parecían resucitar esplendores rebeldes y alarmas económico-sociales del descontento. Los altos y descoloridos edificios del Bronx y su hormigueo lírico lumpen fueron el escenario a reproducir en el pálido territorio del bloque. Casi todo estaba allí: sus mínimas vidas expuestas en el ocio cesante, sus aspiraciones de futuro yirando sin futuro en el redondel inhóspito de la plaza, los deseos naturales de vestir moda, de ser moda impuesta o no por el embrujo publicitario, el jeans de marca, aquel sueño azul que no deja dormir al péndex y se evapora de gris cuando la paga obrera no alcanza, la redada policial en que cayó el chico vago y antes de entrar a la celda le quitan los cordones de las zapatillas y tiene que caminar chancleteando como payaso, también le arrebatan el cinturón y entonces el jeans se le cae, se le resbala de su cintura flaca, le queda a medio culo, mostrando la pretina del calzoncillo pobre. Así, en Harlem o en el Bronx, en solidaridad con los jóvenes detenidos en razzias policíacas, nació la costumbre de andar con los pantalones a media cadera y las zapatillas desatadas... En fin, tanto que decir, tanto que denunciar, tanto que cantar, sin saber cantar, me confidenció el chico esa mañana en mi casa después de la felatio. Porque la música nuestra es de denuncia pos broder, dijo tragándose el humo de un pitillo. ¿Y no hay canciones de amor?, sugerí romanticota, escupiendo un pelo púbico enredado en mi lengua. Difícil, no se ponga tan fletín broder. Me dio hambre, ¿hay algo de comer?

Mientras se zampaba el único pan añejo que habían dejado los ratones antes

de marcharse, lo escuché tararear una frase musical que acompañaba con un chasquido de dedos. Y luego sacó de su mochila un arsenal de casetes que puso en el equipo, y allí comenzó la pesadilla del rap concert. Mira, este es rap francés, me dijo bailando y cantando, mientras yo con la boca abierta miraba extasiado su armónica contorsión. ¿Te gusta mi música bi-boy? Mucho, suspiré partícipe de esa energía rebelde. Parecía un muñeco fracturado en el vaivén elástico de su breakdance. Por el show no te voy a cobrar, va de regalo. Es fácil, ¿querís aprender? No creo que pueda, ya estoy un poco vieja, ya no bailo... me baila, agregué con algo de pudor. Eeeeeeeepa, jua jua jua, no creo que este pedazo te baile, sonrió tocándose la entrepierna, otra vez dura. Veamos si me lo puedo, acepté el desafío con osadía. Y se tiró a la cama desnudándose con una rapidez de emergencia. Era un zancudo de tres patas moviendo la pelvis al son percutido de ese urbano rumor. Ven acá, mamao, no tengái miedo, te lo hago con cuidadito, dijo llamándome al rito con su obelisco tieso. Y no me hice de rogar. No tengo susto, no tengo susto, he pasado por otras peores, me repetía yo para darme valor, mientras enfundaba el preservativo. Pero igual el espolonazo me cortó la respiración. Ufff, casi me dejó los ojos colgando. Sácalo, sácalo, me está destrozando, le supliqué. Quietito, quietito, me sujetó fuerte. Relajadito, que ya va a pasar, duele la pura entrada. Y fue así, solamente un empujón carnal y el monigote hizo surfing en la pasarela anal. ¿Viste?, me repetía baboso en la oreja, era la pura entrada. Así, así nomás, tranquilito, mi broder, decía en mi oído, al tiempo que alzaba y bajaba las caderas repitiendo aguante un poquito más adentro, mamoncito. Suave, suave, muévete suavcito, balanceadito mi niño, niña, eres mío. Eres mío, niña, creí escuchar en el ensamble apasionado de su acezar. Eso parece una letra de rap, dije interrumpiendo el concentrado balance. Pero él ya no me oía, estaba en éxtasis, ametrallándome con la catarata seminal de su eléctrico punzón.

Pongamos música, solicitó bufando mientras alcanzaba un cigarro. Eres mío, niña, dijiste hace un rato, murmuré prendiendo el equipo. ¿Eso dije yo? Sí, eso dijiste, y parece una letra de rap. Espérate, no pongamos música. Pásame un papel y un lápiz, pidió con una sonrisa musical. Hagamos una canción bi-boy, te la dejo de regalo. Y así, desparramados en la cama, él tiraba una frase y yo le respondía otro verso. Este fue el resultado:

*Eres mío, niña
te la hago como voy
no te pongas confitero, broder
que Walt Disney yo no soy*

*Eres mío, niña
me la pagas y te doy
es lo único que tengo, broder
esta pinga duele amor*

*Eres mío, niña
noche vaca tirado estoy
a las cinco no llegaste, broder
a las seis se arrugó el condón*

*Eres mío, niña
de tu cama ya me fui
vendrá alguien pronto acaso, broder
otro forastero vacilón.*

Nunca nadie me había hecho una canción; ingenua, procaz, simplota, pero el chico había puesto su emoción en esas letras. Además, me dijo que le iba a colocar música. ¿Y para qué?, dije yo, si mientras tú cantas te puedo acompañar con el mamao beat-box del chup-chup-chup, chup-chup-chap.

De ahí corrieron los días timbaleros, macuqueros, raperos, tomando y fumando cuetes hasta por las orejas. A toda hora se escuchaba esa música, y me fui acostumbrando a su cardíaco y reiterado tum tum, casi se me hizo infaltable en las noches cuando su cuerpito de niño pingón era un garabato extenuado por la lucha entre las sábanas. Nunca antes había sacado la semana corrida de lunes a sábado en el dele que suene del ensarte jugoso. Nunca antes, lo juro, y de tanto darle al merecumbé anal me fui quedando abierta, cavernosa y estérea. Un pedo era nota de armonio en la catedral, el maullido cóncavo y estrepitoso de una ópera sinfónica donde la retreta del trombón resoplaba los follones retumbantes de la mil ochocientos doce... a todo tarro caquero. Tan amplia quedé y tan al descampado, como si alguien hubiera dejado la puerta del patio de par en par; me entraba frío por la retaguardia, un chiflón de viento en torbellino por el caracol del garaje fonola. A todo rap, papi, a puro peo le hice collera al rapazuelo. Y parece que no me fue tan mal en el examen de orquesta, porque al preguntarle al niño: ¿qué nota merezco?, el péndex, chupando el cigarro con avidez, dijo: un seis y medio. ¿Nada más?, interrogué con enfado. El siete es para las mujeres, broder. Lo tenía casi todo, poto caliente, cama, copete, comida y mariguana, sin embargo el aullido de una Eva en la noche lo mantenía inquieto, quería salir, buscar mina, encontrar aliento fresco de conchal. De ahí vuelvo, me decía... Y pasaban las horas, nuevamente el silencio de maricona

vieja y aburrida mirando por la ventana... y volvía a aparecer, radiante, con nuevas cicatrices y condecoraciones que la calle le confería. Quise amarlo, pero a tiempo me contuve, llegué hasta la alegría... miento, fue hasta la emoción. Un día llegó con las zapatillas despegadas gritando: no puedo andar así. Un par de estas no valen menos de cien dólares, broder. Yo tengo pegamento, no te preocupes, yo te las arreglo, dije presurosa. Y en un dos por tres lo descalzo y reparo las zapatillas rápida como duende navideña. Se quedó con la boca abierta, sorprendido, y se tuvo que tragar su ansiedad consumista. Pero otros días en que despertaba generosa y saciada carnívora rosa, lo llenaba de regalos, lo enfloraba de trapos. Con diez dólares en la ropa usada norteamericana lo vestía elegante como un dandy del Bronx. Y así paseábamos por el gay town canturreando sus improvisados temas. Casi me acostumbré a su frescura de joder, reír y vivir la vida sin drama de la pendejada chiloca. Todo iba tan bien, a pedir de boca, pero un día él o yo no pudimos soportar más ese teatro nupcial. Voy y vengo, dijo como siempre, y lo dejé ir adivinando en su mirar esquivo la soledad de cactus que me esperaba. Lo dejé ir sabiendo que la libertad del péndex era su equipaje, su máspreciado tesoro. Pasó una noche, varias noches, una semana, y por la esquina del barrio La Chimba, nunca más se le vio aparecer. Algo me amó el vagabundero rapiento que alojó en mi corazón. Alguna convivencia gay y burguesa se veía venir, y los dos nos aterramos de ese futuro. Por eso, después de un tiempo de Penélope esperante, guardé su letra de rap, sus dibujos grafiteros, y noctámbula como siempre, regresé al callejón insomne de las marilobas. Y ahí, en esa penumbra estoy ahora, como perra canosa, rastreando los rincones orinados por si percibo en el rosal del aire la huella herida de su bamboleante caminar.

MATANCERO ERRAR

Corazón vudú

De viaje en viaje y de vez en vez alaraquea el teléfono justo cuando uno recién se ha sentado al trono fecal para hojear el periódico. Y con el mojón colgando y la noticia a falta de papel, atiendo con voz de institutriz diciendo: Mansión Lemebel a sus órdenes. Pedro, ¿eres tú?, escucho al otro lado la voz de Alejandra Neumann, quien agrega: tengo que hacerte una invitación a Arica, es por una entrevista que te haría El Cuervo. ¿Y quién es El Cuervo, niña? Es un actor súper conocido que ha pasado su exilio en Francia. Creo que lo ubico, digo memorizando personajes del exilio fru-fru. ¿Y pagan? ¿Y cuánto cobras? ¿Crees que soy puta?, yo tengo arancel internacional, ¿qué te crees?, contesto con garbo de merluza real. Bueno, dice apurada la Neumann, no hay problemas y también incluye avión y todos tus gastos. No faltaba más, concluyo al soltar el auricular pensando en el norte, en las arenas tibias, en los muchachos ariqueños zangoloteando sus presas en la vorágine del mar. Casi siempre acepto invitaciones al norte, algo pagano, una cierta fiesta de calor y lujuria me arrebató el alma en ese calvo paisaje. Por eso digo que sí, algo de aimara llevo en mis ojos chinescos. Y por eso mismo hago la mochila y salgo hecha un peo rumbo al airport. Casi justo cuando escucho el último llamado para abordar, en la confusión de documentos, del pasaje, del ticket, del equipaje de mano, confundida entre los pasajeros, pregunto con angustia por mi número de asiento. Y entonces una voz conocida me dice: Pedro, es aquí. No te puedo creer, casi grito reconociendo a una actriz de teleserie, que con sus ojos de agua marina me invita a sentarme a su lado. Menos mal, niña, que no me tocó junto a un viejo facho, le comento divertida, pensando que acompañada por la tele las azafatas no me van a mirar con cara de asco y los whiskys correrán sin límite. Y así fue, porque aunque ella tomaba solo mineral, yo me mandaba al seco los tragos que la actriz pedía para los dos. Íbamos a la misma entrevista, y al llegar a Arica tuve que bajar casi en cuatro patas al aeropuerto donde nos esperaba la Neumann que, ayudándome a llegar al auto, me comenta que en el hotel Resort, donde me iba a alojar, nos esperaba una gran fiesta. ¿Y tienen whisky?, pregunto ya recuperado con la brisa marina. Por supuesto, Pedro, todo el que tú quieras, pero acuérdate de la entrevista, me contesta con un dejo de preocupación. Confía en mí, chica,

si estoy bien, y con un par de whiskys más voy a estar mejor. En mala hora la Neumann me creyó, porque no fueron dos ni tres ni cuatro, ni sé cuántos. Porque ya en la fiesta, rumbeando el *Óigame compay* de Buena Vista Social Club, me fui por un tobogán degustando las delicatessen alcohólicas que ofrecía gratis el Resort. *Óigame compay*, brindaba con El Cuervo diciéndole que con esa pila la entrevista sería maravillosa. *Óigame compay*, Pedro, los camarógrafos de Televisión Nacional vinieron de Santiago a filmar la entrevista. *Óigame compay*, Pedro, te presento al empresario Flores. *Óigame compay*, Flores en el norte es casi una poesía, contesté sin mirar al personaje. *Óigame compay*, parece que en estas condiciones no puedes hacer la entrevista, me dice la Neumann tiernamente disgustada. Así que ahora te vas a acostar con este diazepam y mañana temprano la hacemos, me ordena como niñera, y a la fuerza me encierra con llave en la habitación.

Y allí solo, con ese cálido arenal ariqueño carnavaleando el viernes, además con todo ese whisky en el cuerpo, qué diazepam podía funcionar, ¿cómo iba a dormir?, tampoco podía concentrarme en el teve cable, porque afuera, a lo lejos, casi confundido con el rumor metálico del Pacífico: *Óigame compay*, seguía escuchando la música, aunque en el Resort la fiesta había terminado. *Óigame compay*, esos hoteles cuicos siempre están al borde de la playa, tienen piscina y son bajos, de un solo piso. *Óigame compay*, la música se escuchaba clarita, venía de la playa, no sé, de alguna fiesta que había cerca. *Óigame compay*, la ventana estaba abierta y las burbujas azules de la noche me invitaban a escaparme en busca de unos ojos de ágata dulce, que me hicieran olvidar el dolor.

Seguía escuchando el ritmo lejano del *Óigame compay* cuando salté ventana afuera del hotel y, escondiéndome de los guardias, me fugué por la playa en celo siguiendo esa música, esos tambores, ese vacilón que se oía cada vez más potente a medida que mis pasos valseados de copete me llevaban por la arena hasta un edificio iluminado que parecía campus universitario, más bien era la sede de alguna university ariqueña. Y claro que era así, porque al entrar al gimnasio del merecumbé estudiantil, *Óigame compay*, que se me abalanzan los chiquillos como si hubiera llegado Madonna. *Óigame compay*, Lemebel en persona, gritaban los chicos haciéndome ronda. Parecía Blancanieves en medio de esa manga bulliciosa que me ofrecía más trago, que me sacaba a bailar, y me metieron un caño de alguna yerba andina, tan lujuriosa, tan risueña, tan espectacular que iba de mano en mano, de brazo en abrazo, de beso en beso en plena boca con un péndex tan alto como una palmera rastafari. Allí casi vuelvo a la realidad, atado a ese pecho moreno que hervía como timbal de macumba. Allí

me quedé unos minutos anidado a ese corazón vudú, pensando que no estaba tan vieja, que los años no importaban esa noche de lunático frenesí. Allí me despabilé un poco bajo esos ojos a media cortina del Pepa que, sin hacerse atados, me hacía flotar en la pista maraqueando el *Óigame compay* culpable de aquel enamorado desatino. Él no decía palabra, su boca solo se abría a tajo abierto para licuar mis besos. Al Pepa no le importaba nada, ni siquiera las miradas asombradas de sus compañeros que a ratos gritaban: se nos casó el Pepa. ¿Y por qué le dicen Pepa?, le pregunté a una de las niñas que nos hacían coro. *Óigame compay*, que la música estaba tan fuerte que no pude oír lo que decía la chica y preferí imaginar que lo de Pepa tenía que ver con su mirada amarilloazul de anfetamínica embriaguez. *Óigame compay*, vámonos a otro lado, dijo alguien. Y partimos no sé cuántos, arriba de no sé qué, en un tumulto de cuerpos rodados y sedientos en su generoso amasar. *Óigame compay*, ahí se ve un bar abierto, yo tengo algunas monedas, aquí hay más. Pedro, ¿tenís algo? Por supuesto, alcancé a musitar antes de que los labios húmedos del Pepa me enmudecieran en la marea de su dulce salivar. No sé en cuántos bares estuvimos ni sé cuántas botellas tiramos al mar. Tampoco recuerdo cómo siguió la noche, anclado al cuerpo del Pepa que sin cansancio me cargaba como una pluma por las calles de Arica. Parece que lo pasamos la raja, ahora presiento que lo del Pepa fue un aletazo del amor que nos agarró en pleno vuelo. Pero nunca escuché su voz, ni siquiera cuando desperté en un colchón encadenado a su cuerpo cobrizo, con la garra de su brazo atenazando mi cintura (entonces tenía cintura). Desperté inmóvil, sin cachar dónde estaba, pero sabiendo que no había cache que recordar, porque solo habían sido besos y caricias que el rayón curagüilla no había podido concretar. El Pepa dormía a raja suelta cuando abrí los ojos y por una ventana divisé un Sahara de solitario piedral. ¿Dónde estoy? Qué mierda hago aquí, si yo venía por una entrevista. Ahí recién me acordé de la entrevista a las nueve de la mañana. ¿Qué hora es?, grité zafándome del abrazo del Pepa. Las seis de la tarde, alguien me contestó en otra pieza. Y ni supe cómo me vestí, acaricié la mejilla del Pepa y salí por un taxi hecho un peo rumbo al hotel. En la puerta, la Neumann me recibió con el rostro maquillado por la decepción. La entrevista... alcancé a murmurarle con pudor. No importa, Pedro, te fuiste de carrete y yo te entiendo, dijo con materna dulzura. Pero niña, podemos hacerla ahora, dije tratando de arreglar el cagazo. No te preocupes, los camarógrafos se fueron y tu avión sale en media hora. Pero... No te preocupes, me repitió como a un niño, estas cosas pasan. Toma tu cheque, que el avant ya viene a buscarte. No lo podía creer, me estaban pagando solo por ir a carretear a Arica. Y casi me deshice en disculpas con la Neumann al partir.

Del Pepa no supe nunca más, y quise creer que aquella noche persa no tenía precio en la evocación copetera de sus besos. Preferí convencerme de que lo había soñado, y que en algún ocaso de la tarde ariqueña, la mirada anfeta de aquel péndex partía en agua y cielo su aletargado horizonte solar.

Welcome, San Felipe

Y ocurrió un día que me llegó la invitación de caligrafiada pluma municipal para presentarme en San Felipe, que además incluía honorarios y una cena parrillada con el alcalde, el jefe de bomberos, la directora de cultura y cuanta autoridad rural que deseaba conocerme en esos potreros florecidos con guano vacuno. Y casi sin pensarlo dije que bueno e invité a una loca amiga (África Sound, para las íntimas). Por eso, el día y a la hora de partida entra a mi casa la África Sound corriendo, contándome que en la puerta nos espera un plateado auto municipal que nos manda el alcalde, niña, y viene hasta con su chofer y la directora cultural a buscarnos. ¿Y cuánto se demora el viaje? Como dos horas. Entonces cómprate un ron para alegrarnos el camino, le grité a la África Sound, que como una gacela corrió a la botillería por un Havana Club. Luego, ya apotingadas en las butacas del coche, le digo a la África en voz alta mirando a la encargada cultural: esta niña tiene Cara de Pájaro. Si pos, niña, parece canario, me contesta la África Sound. Ay qué son malos ustedes, dice ella con su rostro de picuda codorniz. Es por afecto, niña, nosotras ponemos sobrenombres solo por cariño. ¿Querís un trago, Care Pajarito? Bueno, un poquito nomás, para el frío, nos contesta con pudor de provincia. Y así, de trago en trago y de salud en salud, el auto rumbo al norte se convirtió en una fiesta de risotadas, brindis y bromas que el chofer, muy tieso y serio, no compartía para nada. Oye, Care Pájara, ¿qué onda política es tu alcalde?, pregunta la África Sound, mirando melancólica el campo reseco que pasaba por la ventana. Entonces, después de un incómodo silencio, la voz de catedral del chofer exclamó con hidalguía su único comentario: nuestro alcalde es de derecha, a mucha honra. Allí casi me atoré con la noticia gritando. Deténgase, pare, yo me bajo aquí, no voy a ninguna parte. Ay, Pedro, a estas alturas cómo nos vamos a devolver, me suplica la África Sound empinándose la botella. Y la Care Pájaro agrega cómplice: ay, Pedro, si es súper buena onda el alcalde. No me importa ninguna güevá, yo no le doy la mano a ningún facho. Pero no tienes para qué cruzarte con él, dice relajada la África traidora y borracha como ella sola. Mira, le ordena a la Cara de Pájaro: tú que eres la encargada cultural tienes que hacer lo mismo que hizo Fito Páez con la Bolocco en el Festival de Viña. Él no quiso aparecer en cámara con la Ceci, y

lo exigió en el contrato. Pero si el alcalde es el anfitrión, dice la mujer con ojos de zorzal horrorizado. No sé, ese es tu problema. Tú tienes que tratar de que no se cruce con Pedro, y todo bien, suspira la África resolviendo el problema. Bueno, si es así, digo yo, siempre que esté lejos. Voy a hacer lo que se pueda, concluye la Care Pájaro con tristeza. Es una excepción que hace el Pedro, Care Pajarita, remarca la África y agrega: pare, chofer, vamos a comprar más ron en ese supermarket que brilla en la carretera. A mí con la noticia del alcalde derechista se me nubló el viaje, así que para darme ánimos me tomé un gran sorbo del ron que pagaba la derecha. Y cuando llegamos al edificio municipal un grupo de gente me esperaba ansiosa en la vereda. Vamos a entrar por atrás, dijo la Care Pájaro, para evitar problemas. El auditorio estaba lleno, la gente sencilla y también cuicos de pueblo repletaban la sala. Al fondo pude ver un lote de liceanos que aplaudieron conmovidos cuando subí al escenario. Con los focos en la cara no podía distinguir quién era el alcalde en la primera fila de guatones terneados. En eso la África Sound se instaló en la mesa de sonido y se dio inicio a mi Crónica Show. Para quien nunca ha visto este circo pobre, les cuento que yo hago una especie de animación con lectura, video y música que va poniendo la África Sound mientras desfilan los temas de ironía política (risas), homosexualidades múltiples (atención), estéticas bastardas (emoción), para rematar con derechos humanos (casi siempre los ojos se cristalizan con este doloroso tema). Y vienen los aplausos, los vítores, las flores. Y yo emocionado tiro besos de chantilly a la eufórica platea. Un éxito, Pedro, salió súper bien, me dice la África Sound al bajar de escena. Mira, esos liceanos de la Jota quieren saludarte, y están súper guapos. Por supuesto, niña, ¿pero dónde quedó el alcohol? La Care Pájaro lo escondió y dijo que no había más, que debíamos comer porque nos podíamos emborrachar. Pero el presagio de la Care Pájaro llegaba tarde, porque al bajar del proscenio el salón daba vueltas y las caras alegres de los liceanos eran un carrusel a mi alrededor. Y yo sin pudor los peinaba, les tocaba las manos, sus mejillas, sus naricitas, ante el susto de la Care Pájaro que, bruscamente, me arrancó de esa enamorada compañía. Son estudiantes, Pedro, me dijo censurona. ¿Y qué tiene?, si, como dice Violeta Parra: me gustan los estudiantes. Mira, todo estuvo súper bien, pero vamos a comer para que no hagas un papelón. Y con la África Sound, que no sé cómo se había repuesto, me suben al auto y nos llevan a un club muy pituco donde una larga mesa con platos, copas y ensaladas esperaba mi entrada triunfal. Todos aplaudieron cuando entré, hasta los fachos para no quedar como provincianos. Tú te sientas aquí, me dijo la Care Pájaro, porque al frente se sienta el alcalde. Y no te dije, Care Pa... no alcancé a terminar, porque en ese momento estalla un segundo aplauso y veo entrar a un guatón de terno y corbata al tono que lo

identifiqué como el edil. El alcalde sabe que no quieres darle la mano, me dijo nerviosa la mujer, pero eso no impide que compartas su mesa. En ese momento entraban los mozos con la parrillada hirviendo y frente a mí escuché a un concejal que le comentaba irónicamente al gordo de lo agradecidos que estaban con la derecha por los aportes que hacía para las actividades de San Felipe. Y de pronto no pude más, todo se puso negro, se juntó el ron, la rabia, la pena, el odio, la memoria y salté de la mesa con asco escupiendo las carnes, las prietas, las chuletas, ubres y costillares que humeaban en las bandejas. Y como si eso fuera poco, agarré el mantel y lo tiré violentamente botando todo. Quedó la cagada, y lo último que vi antes de morir fue la cara roja del alcalde con una longaniza de corbata.

Como a la semana después, cuando ya había olvidado ese agitado viaje, suena el teléfono y escucho la voz de la Care Pájaro que me cuenta: Pedro, después de que te fuiste resultó peor, porque hace una semana que es la noticia del único diario del pueblo. ¿Cómo invitaron a ese tipo de gente?, reclamaban las señoras de la Cruz Roja. ¿Cómo va a ser escritor un grosero así?, decía la carta de los vecinos ilustres. Que nunca más se le permita la entrada en San Felipe a ese homosexual, titulaba el diario del martes. Todos los homosexuales no somos así, contestaba el grupo gay de San Felipe el miércoles. ¿Quién fue el responsable?, se leía en la portada del jueves. ¿A quién se le ocurrió invitarlo?, decía en letras rojas el viernes. ¿Y quién me invitó, niña, le pregunté a la Cara de Pájaro? Yo te invité, Pedro, me dijo en un susurro de voz, pero en la municipalidad nadie sabe, por eso no me echaron. No te preocupes, Care Pajarito, total yo no se lo voy a contar a nadie. ¿Sabes, Pedro?, los únicos que te apoyaron fueron los cabros estudiantes de la Jota, que pusieron un cartel en la plaza que decía *Solidarizamos con Lemebel*. Pero algo pasó en este pueblo de mierda, donde no pasa nada, donde ni siquiera los pájaros se atreven a cantar.

El valle de Cuz Cuz

Y tuvieron que pasar no se cuántos meses desde el viaje a Illapel para que me decidiera a transformar en crónica viajera la experiencia, quizás mística o arqueológica, de vivir aquel paraje donde la tibia huella precolombina fue tatuando la rugosa piel de los peñascos con su errante silabario ancestral. Y como siempre, todo partió con un llamado telefónico municipal que me invitaba a una presentación en esa ciudad nortina, desconocida para mí, enigmática por el sonido de la palabra Illapel, Uillapel o Aillapel, letras parlantes, coloreadas por el marrón nacarado de los cerros desfilando por la ventana del bus que, llegando a Los Vilos, hizo un alto y luego, alejándose del mar, enfiló hacia el este por una serpentina de curvas, trepando y subiendo hasta que el reseco peñasco de los montes fue reverdeciendo en un valle de musgos y arboledas azulinas que tapizaban el horizonte cordilleral. La ciudad de Illapel no es diferente a otros caseríos de provincia a los que hermana el cuadrante hispano de la Plaza de Armas, con su pomposa cristiandad de parroquia, más el edificio feo y soberbio del municipio, y un enrejado de calles con casas bajas donde sobresalen algunos pirulos de modernidad. La presentación se desarrolló animada por un público que aplaudía cariñoso mis intervenciones, las salidas de madre y los brindis de pisco sour que, gentilmente, alguien había puesto junto al micrófono. Y entre más aplausos, más tomaba; entre más risas, más me empinaba la copa hasta el apoteósico final en que, emplumado de vítores y tirando puñados de besos, me retiraba del escenario empinado en los altos tacos, retrocediendo, reculando soberbia en la cascada de aplausos, sin darme cuenta de que no había más escenario. Y al dar un paso atrás, un hoyo negro me tragó de súbito; me saqué la chucha en medio del aterrado ¡oh! del público, exclamando: se mató el pobrecito. Pero yo me paré como un gato y dije como si nada, sin el más mínimo rubor: qué tanto, cualquiera se cae. Y fue allí cuando me encontré por primera vez con Pancho Taucán, quien gentilmente me ayudó a recoger mis escritos derramados por el suelo. Él es un hombre de mediana edad que lleva muy bien su rostro mestizo curtido por el exilio y el aire andino que musiquea su trovar, porque Pancho es un juglar, un eterno investigador luthier que fabrica, colecciona y exhibe un abanico de instrumentos nativos en su palacio de barro

ubicado en el mítico valle de Cuz Cuz. ¿Y dónde queda ese lugar de tan bello nombre?, le pregunté al Pancho. Muy cerca de aquí, a solo quince minutos. Si quieres nos vamos ahorita, allá está mi casa, donde te puedes alojar para que mañana conozcas los petroglifos de la zona. ¿Están muy arriba, son muy inaccesibles?, pregunté con cansado desdén, sobándome el porrazo, pensando en esas largas excursiones turísticas para gringos ociosos. Ni tanto, me respondió, arreglando su largo cabello cano. Hay un dibujo a cincuenta metros de la casa. Entonces, qué estamos esperando, brindemos por el valle de Cuz Cuz y partamos al tiro, antes de que nos encuentre el amanecer.

Así, a medio aclarar, un tantito entusiasmado por la narración de aquel extraño santuario, salimos de Illapel mientras Taucán me contaba que había vuelto del exilio con su mujer, una amable y esbelta suiza, y juntos crearon en esas latitudes el Taller Taucán, formado por varias edificaciones barrocas y bellamente enclavadas en la falda de un monte, adonde llegan viajeros, turistas y arqueólogos para saber más sobre los grabados en piedra. Ya a media mañana le pedí a la mujer de Pancho que deseaba conocer el petroglifo más cercano. Ella, sin problemas, me condujo cerca de la casa y apuntó al suelo. ¿Y dónde está?, le pregunté ansioso. Casi lo estás pisando. Entonces descubrí unos rasguños mohosos dibujados en una piedra. ¿Y eso es todo?, exclamé con decepción. Hay otros, muchos en realidad, pero están más lejos, cuando Pancho despierte te los va a mostrar, me contestó ella con dulzura. Y no pasó mucho hasta que después del desayuno, Pancho me pregunta: Pedro, ¿estás preparado para la excursión? Por supuesto, contesté como boy-scout, sobándome el costalazo de la noche anterior. Y con Pancho, después de enseñarme su sala de música donde tiene hasta flautas de huesos humanos, salimos a la pradera y saludamos a sus espinudos cactus San Pedritos que en esas tierras crecen como dedos ciclópeos. Solo allí una gran tranquilidad aplacó mi tonta euforia urbana. No me pregunten por qué, pero todas mis ansiedades se evaporaron en la caminata por las cuestas, las subidas de peñascos, siguiendo el cauce seco de un arroyo. Y al voltear un promontorio, Pancho dice: mira, aquí hay algunos petroglifos, ¿los puedes ver? Y cómo no, dije extasiado. Esto es como la Capilla Sixtina del altiplano. Y no exageraba, porque en los grandes paños pétreos que tenía frente a mí estaba grafiado el más hermoso universo que pudo dibujar la sagrada mano precolombina. Fíjate en esa serie, señaló Pancho, como si le enseñara a un niño. Es una larva, un huevo, un guarisapo y una ranita. En la fecha del Inti Raymi, el primer rayo de sol que atraviesa aquella grieta ilumina el huevo y luego sigue la secuencia de la vida. ¿Y esos personajes con antenas que parecen marcianos? Los que tienen muchas antenas son chamanes y están transmitiendo

conocimiento a los otros más pequeños, ¿te fijas? ¿Qué tipo de conocimiento? Saberes ancestrales, magias chamánicas, ¿te das cuenta de que en este lugar hay muchos cactus? Desde esos tiempos ellos consumían San Pedro y por eso manejaban ese saber. ¿Y quiénes eran ellos? Tal vez familias nómades, errantes cazadores que viajaban por la cordillera. ¿Y por qué los dibujos son de ese tono rojizo? Al parecer no es pintura, son huellas líquidas de tacto digital que una caravana tras otra fue remarcando tras su paso, y el tiempo y la oxidación de la piedra le dieron ese color sangre. Entonces, ¿es como si los hubieran hecho con sangre? Algo así, dijo Pancho, explicándome como *El libro gordo de Petete*. Mira, tócalas, ¿te fijas que son leves surcos? Por eso son tan frágiles, tan delicadas, y es muy difícil recuperarlas cuando algún tonto las raya con espray, como esa roca de allá, donde unos punkys impusieron sus grafitis. ¿Y por qué no trasladan las piedras a otro lugar donde estén protegidas? Porque no se puede, esto debiera ser un museo en sitio. ¿Cómo así? Observa esa roca plana que tiene una figura humana rodeada de agujeritos. Es un observatorio cósmico donde se acostaba la persona y los hoyitos son los astros, las estrellas. Es como si fuera un espejo del cielo, dije emocionadamente niño descubriendo la Vía Láctea en mi jardín. Lo malo es que todo esto va a desaparecer, murmuró Pancho con tristeza. ¿Por qué?, exclamé con horror. Van a construir un embalse, todo va a quedar bajo el agua. ¿Y no se puede hacer algo? En eso estamos, tratando de conmovier a las autoridades. Pero parece que a las macropolíticas de desarrollo del gobierno no le interesan estas historias. Debe ser porque parecen dibujos de niños, dije con ternura. Dibujos de antiguos niños sabios, agregó Pancho, tomándome del brazo para iniciar el regreso... Al irnos alejando, en la distancia, creí escuchar a nuestra espalda músicas, sonidos, murmullos de siglos que parecían cantar su pentagrama de abismal soledad. Son los petroglifos del valle de Cuz Cuz que te despiden cantando, dijo Pancho quitándome la palabra de la boca. Y yo sentí que era un sonido anterior a cualquier palabra, tal vez un eco mágico o el parloteo de la lluvia sobre las piedras, acariciando las claves de su remota cicatriz memorial.

Que no se cruce con el presidente

Fue hace unos meses que recibí una llamada de invitación a la ciudad de Antofagasta. Era un proyecto gubernamental para expandir la cultura más allá del protagonismo asfixiado de Santiago. Y como el norte le lleva metáfora andina, y como en el norte me tratan tan bien, y como en el norte tengo tantos amigos y paro las patas zandungueando las noches altiplánicas, dije que sí, que claro, que podía viajar a esa eterna primavera a ventear mis letras un poco deprimidas por el esmog capitalino. Y me hice la idea de portarme bien, más bien, de hacerme la señora literata y que nadie saliera pelando y diciendo: quién invitó a este tipo. Porque en estos tiempos del desparpajo televisivo queda tan poco que aclarar, y el último mariconazo light de la pantalla va tapando la ardua memoria de las locas que le dimos aire al tema. Pero, en fin, si te quedas callado te ponen un biombo y que pase el que sigue, aunque sea el facho más sangriento disfrazado de tolerante. Pero es Chile, y la democracia lo maquilló así, un paisito donde la risa abunda en la jeta tonta de la farándula y sus comentaristas de hocico soplón. Es Chile, y uno si no está contento por lo menos tiene el derecho constitucional de opinar, digo yo. Y así me hice la idea de pasar unos días revolcándome en las playas de Antofagasta, solo por el pasaje y la estadía, qué más; el resto, dar mi conferencia en una universidad para la pendejada anarca que lee estos emplumados garabatos. Solo faltaban unos días para iniciar el viaje. En la mochila había puesto mis pilchas más livianas, sedas, tules, gasas y una sombrilla de broderí (una monada, dijo la cuica) para proteger del sol mi cutis de rinoceronte. Además, como al descuido, por si acaso, dejé caer entre la ropa un traje de baño belle époque, de una pieza, que me cubre las tetas y la guata peluda. Espléndida me veía paseándome en la Portada tarareando un valsecito peruano. Hice régimen, la dieta del alcastraz, por la boca y por... Me preparé como una novia tonta y recatada, de esas que están tan de moda en el conservador glamoreo chilensis. Guardé celibato por si acaso, para estar más estrecha de puente (dijo la lola). Imaginé el sol agónico en la tarde playera, y mis pies desnudos esperando la suave marea. Todo esto en pleno invierno, cuando arreciaba la tormenta y el tufo polar me hacía dar diente con diente. Pero faltaba poco, apenas unos días, para huir de esta nevera. Entonces suena el teléfono y

escucho el tono funcionario de la mujer encargada del proyecto. Con Pedro, por favor, dice la patuda. ¿De parte de quién?, le contesto imitando la voz de una platinada secretaria. Del proyecto Expandir la Cultura, estoy llamando por la invitación que se le hizo al señor Lemebel. ¿Me puede comunicar? Un momento, agregó fingiendo caminar con altos tacos: señor Lemebel, lo llaman por un viaje al norte. Páseme el llamado, Erika, digo yo hundida en imaginarios plumones de leopardo con un mulato, también imaginario, abanicándome la espalda. Aló, señor Lemebel, lo llamo por la invitación a Antofagasta, hay algunos cambios. ¿Cuáles?, contesto malhumorado. Sabe que cambiamos la fecha de su presentación. ¿Por qué? Hay algunas coincidencias de actividades y, en realidad, lo postergamos una semana después. ¿Y cuál es el motivo? Eh... hay otro acto y, usted sabe, el público por acá es el mismo. Pero a mí me avisaron con meses de anticipación. Sea más clara, por favor, casi le ladro a la mujer. Mmm... fíjese, don Pedro, que el presidente viene en esa misma fecha. ¿Y qué tiene que ver?, la interrogo con sorpresa. Ay, no sé cómo decirle... ella titubea. Creemos que puede haber algún malentendido... alguna declaración suya... ¿Quién cree eso?, usted o quiénes. Bueno... don Pedro, usted ha opinado sobre Bolivia y Perú... y... estando el presidente Lagos por acá, tartamudea ella complicada. ¿O sea que yo no puedo estar en la misma ciudad con el presidente? Según creo, yo también soy chileno y libre de recorrer el país como se me antoje. Además, para que usted sepa, yo también ayudé a construir esta democracia. Soy un escritor y un sujeto que hace cultura, y ustedes (no sé quiénes) no me pueden humillar así. Lo siento, don Pedro, pero yo recibo indicaciones, y su presentación no puede coincidir con la presencia del presidente. Ni que yo fuera Pinochet, estúpida, le grito a la pobre mujer que con nerviosismo trata de tranquilizarme, pero no me puedo calmar frente a una situación tan grosera, y se agolpan en mi cabeza todas las exclusiones que he pasado en mi vida. Ahí cobran sentido las palabras de un periodista a quien me encontré el otro día y me informó que yo estaba vetado en el canal nacional. Me dijo que él había tratado de invitarme a varios programas y de «arriba» le habían dicho que no. También otro me dijo lo mismo hace un tiempo con respecto a Chilevisión. Es que no lo puedo creer, otra vez las listas negras en la pantalla. Da lo mismo si yo quiero o no quiero comparecer en el microondas de la tontera, es mi derecho negarme a la tele, pero de allí a que se me censure de antemano no puede ser. Me niego con rabia a estar vetado ahora en lo que llaman demos-gracia. Seguramente estas sanciones responden a mi discurso izquierdilla, anarco y lenguaraz. No voy a tratar de pasar por una alondra tímida e ingenua. Algunas cosas he dicho y escrito que provocan alergia en algún funcionario gris que, desde su burocrático escritorio, protege su trabajo y se aterra solo con la idea de que me cruce con el presidente. En fin, por

supuesto que no fui, y quienes pensaron encontrarse conmigo en esas arenas de soleado vaivén se quedaron esperándome. Lo siento por ellos, mis queridos amigos y lectores. También por la ilusión de carrete dionisiaco que tuve que guardar junto a mi traje de baño belle époque, la sombrilla de encaje y la docena de condones floreados que tristemente se apolillaron en mi velador.

Volando en el ala derecha

De salir corriendo a tomar el taxi al aeropuerto para asistir a un encuentro de escritores en el sur, a esa hora cuando los tacos de micros arman una batahola de bocinas en cada semáforo, gritándose: acelera, huevón; despierta, bella durmiente. Pero el taxista ni se inmuta y no avanza, no corre, apenas me lleva casi vitrineando por Alameda. Por eso, mordiendo la impaciencia le ruego que se apure, ya que el vuelo sale a las 8.40 y ya son las 7.30. No se preocupe, me calma diciendo que vamos a llegar a tiempo por un atajo que él conoce. Y parece que es cierto, porque se mete en un recoveco de tierrales San Pablo abajo, y más luego de lo que creo diviso las palmeras por metros que intentan tropicalizar la entrada a la capital, esos parques sintéticos que verdean plásticos la periferia del *Welcome Santiago*. Entonces me relajó cuando diviso las instalaciones aeronáuticas del moderno Pudahuel, ese monstruo de aeropuerto, tan elegante, tan espacioso como un mall camino al cielo. Y por suerte llego a tiempo, con media hora de adelanto, por eso desciendo del taxi con relajo gatuno y me dirijo a Lan Chile, y solo allí, al ver la multitud, caigo en cuenta de que hay un caos tremendo y al preguntarle a una aeromoza por mi vuelo me contesta que se cayó el sistema, y hay una confusión que no cacha nadie, que pregunte en el counter número 35. Y yo le digo que no entiendo, que no me hable en lenguaje aéreo, que no sé lo que es counter. Counter, me repite golpeando el mesón como si yo fuera un mono. Esto es counter, dice impaciente. ¿Y qué significa que se cayó el sistema? ¿Es otro golpe de Estado? Y allí me mira como si yo fuera un hombre de las cavernas y no puede entender mi ignorancia sobre las comunicaciones. Es decir, me explica como a un niño, que falló la señal en España y lo tenemos que hacer todo a mano, ¿me entiende? ¿Y qué hago yo ahora? Póngase a la fila, por favor, para que lo chequeen, me dice con nerviosa paciencia. Y le hago caso, sintiendo ternura por estas niñas azafatas, que son secretarias, informantes, enfermeras o sirvientas, y lo único que las distancia de estos oficios es que hablan inglés con un acento *very information thank you for flying in Lan Express*.

Y yo, a pesar de saber que ellas se sienten de un estatus regio con sus ojos

claros y sus trajes dos piezas cortados a la medida, igual las comprendo al verlas corriendo como locas tratando de explicar los retrasos de vuelos, los cambios de asientos, los equipajes que no llegaron y los mil estallidos neuróticos que causó la caída del sistema o trágico *system down*. En algo las comprendo, porque ellas son las únicas que dan la cara en estas debacles de la globalización, seguramente porque venden más pasajes de los disponibles. Tal vez porque el gerente general desde su atalaya dólar solo administra, solo invierte, solo gasta los millones que gana como accionista de la única línea aérea disponible en Chile. Él es Don Lan, y todo reclamo es sí o sí porque en sus manos está el destino de los que volamos por el cielo nacional, en mi caso rumbo al encuentro de escritores en el sur. Y ya en la cola, esperando que levanten el sistema para abordar, digo yo, escucho una voz de bisagra mohosa que habla por celular detrás mío, una voz de vieja asegurada en la prepotencia de su tono paltón diciendo: Esto no puede ocurrir, Melero, imagínate que llevo media hora y estas tontas no hacen nada. Es la magistrada Bulnes, comenta alguien a mi lado. Entonces reconozco a esa mujer que aparecía seguido en la televisión junto a Pinochet, cuando el dictador inauguró su Constitución en los ochenta. Ella es casi una mueca fruncida de pituquez que cacarea como lora por teléfono celular diciendo: que cómo me tratan así, Melero, que nadie aquí sabe quién soy yo, que este país me debe mucho, y estas tontas de Lan Chile no saben darme una explicación, Melero. Y la compungida azafata que está con ella no encuentra qué hacer, y le dice: señora, disculpe, pero no tenemos sistema, debe tener paciencia mientras esto se arregla. Qué se va a arreglar esta confusión; ahora, si me hace perder el avión, usted va a tener la culpa. Yo le pregunté si podía ir al baño y me dijo que sí. ¿Ve lo que pasó? Dígame su nombre. Dígame su nombre, que hasta hoy usted trabaja aquí. Mi nombre es Tiare, le contestó la azafata en un suspiro de voz. Tiare cuánto, interrogaba la magistrada Bulnes, implacable desde su estrado. Aquel papagayo chillón nos tenía a todos mudos presenciando ese teatro grotesco, y pensé que ella debía creer que Pinochet seguía de tirano. Entonces la veo acercarse embutida en el celular gargareando: de aquí no me mueve nadie, Melero, me voy a poner en el primer lugar como me corresponde. Y a codazos se mete delante de mí con su patudez de cotorra real. Y hasta ahí yo había contado veinte veces veinte con una paciencia de santo que se me agotó de pronto. Señora, yo estoy en este lugar, le dije mascando saliva. Solo ahí la magistrada Bulnes me miró sarcástica y con una mano en la cadera escupió: así que en este país ahora los maricones tienen privilegios. Mira, vieja de mierda, le dije para callado, no te metas conmigo que hartos privilegios tuviste con los milicos. Orgullosa estoy pues, orgullosa de haber apoyado a mi general, me contestó socarrona con su mano de cochayuyo apoyada en el pecho. Orgullo de ser

cómplice de tantos crímenes impunes. En ese momento la magistrada puso los ojos blancos, estalló en gritos pateando y, pidiendo un vaso de agua, nuevamente agarró el celular: Melero, Melero, tienes que venir rápido. No sabes cómo me ha insultado este degenerado que está aquí. Este homosexual que me trató de lo peor. Imagínate tú, es el colmo, Melero, me voy a desmayar. Tómate un calmante, niña, le dije un poco divertido tratando de alivianar esa comedia grotesca que era contemplada por las azafatas, los guardias y los pasajeros que esperaban su turno para abordar. Pero ella como gran actriz dramática siguió alegando en brazos de las aeromozas que, conteniendo la risa, la sujetaban en su fingido desvanecimiento. Y luego, como un gato, resucitó gritando por el celular: Melero, Melero, ¿dónde estás, hombre, que no vienes? Hasta allí el incidente parecía una puesta en escena, una comedia ingrata pero que, sin embargo, por el histrionismo de la magistrada resultaba un teatro cómico. Incluso su destemplada agresión me provocó cierta ternura, no sé cómo decirlo, cierta compasión, porque era una anciana extraviada en su senil histeria. Hasta dudé en un minuto de que su conversación con el diputado Melero fuera cierta. Como hay tanta gente en este país que finge hablar por celular en todas partes. Pero eso no era actuación, porque en un minuto aparece Melero con una patota gorilona y, sin pedir permiso, cruzan frente a los guardias, las azafatas y el público con una prepotencia fascista, con cara de fachos, con barriga de fachos, con esa fría crueldad en los ojos que tienen los fachos, con ese pasaporte de permisividad que llevan los fachos en esta democracia, con esa desfachatez de trotar en el espacio público como quien pisotea un cementerio. No puedo negar que sentí pavor frente a ese equipo de rugby del Tercer Reich, sobre todo cuando la magistrada Bulnes me apuntó con su uña apolillada gritando: ahí está ese homosexual que me insultó, Melero. Ese es, ese mismo que se esconde entre las azafatas. Habla ahora, maricón, poco hombre que te proteges entre las mujeres. Y la magistrada tenía razón, porque el miedo me hizo dar unos pasos hacia atrás y las chicas, en sutil complicidad, me hicieron un espacio junto a ellas cuando el mamut rabioso de Melero se me vino encima con el puño contra mi cara. Y a solo unos centímetros detuvo el golpe y me dijo soplándose los nudillos: no te pego porque tenís sida. Como si se pegara por el aire, me atreví a decir en un hilo de voz. Ya vas a ver, maraco, lo que te pasa por haber insultado a la señora Bulnes, me amenazó el diputado de la derecha con su mirada de buitres, mientras la camarilla de gorilas se llevaba a la magistrada Bulnes cacareando risueña junto a su pandilla de rescate. Seré maricón pero no cargo en mi conciencia ningún asesinato, pude decir con la voz estrangulada por el miedo. Desde la escalera mecánica, Melero giró la cabeza una vez más para apuntarme con su dedo gatillo, y un escalofrío me recorrió entero. Nunca después de la dictadura

me sentí tan desprotegido como en esa ocasión. Nunca más volví a sentir el terror amargo que se experimentaba cuando ellos tenían el poder, cuando a uno le podía pasar lo peor y nadie sabía, o a nadie le importaba, como en ese momento, porque todo había ocurrido frente a la mirada impávida de los guardias y de los pasajeros que se quedaron mudos, sin decir nada, incluso algunos que antes del incidente me habían palmoteado la espalda, diciéndome: muy bueno tu libro, Pedro. Leemos tus crónicas en el *Clinic*.

Después de eso, cuando me volvió el alma al cuerpo, las azafatas, a modo de compensación, me dieron un pasaje a cualquier parte de Chile y un vale para tomar desayuno. Pensar que todo fue por defenderte a ti, le dije a Tiare, la azafata, que me miró con cariño y me contestó que me relajara y tomara desayuno porque mi avión salía en una hora. Y así lo hice, caminando por esos enormes pasillos alfombrados del aeropuerto, mirando las vitrinas de libros y artesanías refinadas que los gringos acarrean como recuerdos de nuestro soberbio Chilito. Y así pasó una hora y, ya más tranquilo, cuando encontré la puerta donde tenía que embarcar y me puse a la fila con la tarjeta de abordaje en la mano, ahí mismo, cuando casi me había olvidado del asunto, escucho nuevamente a mis espaldas esa chatarra de voz alardeando por el celular: sí, Melero, no te preocupes, aquí estoy segura con los chiquillos. Sí, Melero, de aquí lo veo, está allá adelante haciéndose el lesa. Me parece que este homosexual escribe en esa porquería de diario. *Clinic*, creo que se llama.

Pesadilla II, pensé, tratando de subir rápido al avión y alejarme de esa campana mohosa. Por desgracia, la magistrada tenía asiento en una fila cercana y tuve que ponerme los audífonos para no oír su incansable palabreo derechista. Por la ventana, la expansión arquitectónica de Santiago quedaba atrás, y abajo, en la cordillera, la sombra del avión parecía un águila nazi que planeaba altanera sobre la inocente blancura.

Boquita de canela lunar

Y de andar en vuelos nortinos, medio trabajando y medio güeviendo, acompañado del poeta Sergio Parra, o Parrita para nosotros, sus cercanos, quienes lo conocemos de chiquillo cuando llegó a la urbe de la mano de su magistral poema «La manoseada». Parrita, mi querido amigo, siempre ha sido un riguroso dandy op art de clásico traje negro y nívea camisa blanca (a veces, levemente ultrajada por unos pétalos de nocturno alcohol). Y fue por su cariñosa compañía que acepté este viaje a la Feria del Libro de Calama. Una ciudad que florece rosa de papel amarillo rasguñada en la pizarra del desierto. Una ciudad descolorida, apunada por la altura, una isla de boliches disco, schoperías y pubs donde los mineros rematan sus noches huérfanas de amor. Calama, donde los adolescentes se suicidan a diario vencidos por el destino salado de la lejanía. Allí me encontré con el amor después de tanto buscarlo en ojos con taxímetro y en duendes callejeros que solo querían escarbar mi secreto. Allí te encontré, pájaro risueño, y aún ahora tus labios aceitunos mariposean el silabario de estas letras. Allí te vi de pronto esa mañana, recién llegando con Parrita desde el aeropuerto a ese hotel Sahara para turistas con hambre de polvo atacameño. Allí te descubrí detrás del mesón con tu uniforme azul, tu corbata azul y ese blancor de la camisa que contrastaba con tu cuello de esbelto flamenco moreno. Entonces, yo medio apunado por la falta de oxígeno, crucé el vestíbulo entre ahogos de Dama de las Camelias y supe que fingías no conocerme cuando con una sonrisa cabizbaja dijiste: don Pedro, tiene que llenar sus datos. ¿Y qué datos quieres tú de mí? Nombre, nacionalidad, dirección, profesión y un teléfono de recados, agregaste sin levantar la vista. Por si muero de amor en estas soledades, murmuré cansado. En este momento no hay teléfono donde ubicarme. Nadie sabe que estoy aquí... mirándote. No tengo a nadie en el mundo. *Mi calle se llama me voy. Y el número se llama para no volver.* Pude recordar ese verso de Neruda mientras desplazaba mi vista más allá del melancólico arenal. Entonces levantó la cabeza y me dijo con alegría: aquí lo va a pasar muy bien, don Pedro. ¿En esta ciudad tan refeá?, le contesté sin reparos. No es tan fea, hay cosas bonitas. ¿Como qué cosas? Como el río Loa, por ejemplo. Pero eso no es un río, es una meada de cabro chico, le respondí con sarcasmo teatral. Y ahí reíste, y allí se encendieron tus

mejillas de manzana y levantaste el fieltro de las cejas sombreando divinos tus ojos de dulce carbón. Era apenas un desliz, un simple matiz de educación lo que me hizo pensar que latía alguna esperanza con el bello chico sonriéndome como una amapola andina en el capullo de su impecable uniforme laboral.

Y después de esa mañana, luego de ese encuentro, la ciudad fue bella, la arisca pampa se iluminó romancera en cada despertar en el hotel Sahara. Yo era otro cada día al escuchar el metal ninfa de su vocecita al teléfono diciendo: don Pedro, lo busca una periodista. Bajo altiro, que me espere, por favor. Y al bajar el ascensor... don Pedro, lo llamaron del diario *La Estrella*. Don Pedro, lo vinieron a buscar unos estudiantes. Don Pedro, le dejaron unos libros para que los firme. Don Pedro, salió en el diario; don Pedro, lo vi en la tele; don Pedro, está súper famoso. Don Pedro, don Pe, don, don, don, don. Hasta cuándo chucha me trata como patrón de fundo, le grité una noche de alcohólica rabia. Es por respeto, nada más, don Peter, agregó con su boquita mora. ¿Usted nació en el valle de la Luna?, le pregunté. ¿Por volado?, respondió molesto. No, murmuré con ternura, es por su piel canela lunar. Nunca más me diga eso, don Pedro, porque todos los gringos que vienen por aquí me tratan como autóctono, me dijo. ¿Y no lo es?, pregunté. A lo mejor, pero no me gusta que me lo digan, me confesó. Nunca más se lo diré, lo prometo, susurré alegrando su boca enojadamente jugosa. ¿Y hasta cuándo se queda?, preguntó relajando la tensión. Solo hasta mañana, a las diez sale mi vuelo, le contesté con la lengua atrapada en la t de tristeza. ¿Y cómo se va a despedir de Calama?, dijo tratando de simular el desencanto. Tomando un trago contigo, le solté impertinente. Y sin esperar respuesta interrogué: ¿Hasta qué hora trabajas aquí? Hasta las doce, dijo casi sin pensarlo. Entonces a esa hora te paso a buscar y vamos a tomar algo por ahí. Okey, don Peter, me saco el uniforme y lo llevo a El Fogón, un bar buena onda que yo conozco. Pero a las doce el péndex no estaba por ninguna parte, por eso lo busqué dentro y fuera del hotel y en la vereda descubrí a una chica en actitud de espera. Era una niña guapa con pinta de estudiante universitaria. Con algo de sospecha entré de nuevo al hotel, subí a mi habitación, esperé un poco y luego bajé a preguntar por el chico al tipo que lo reemplazaba en el mesón. Ya terminó su turno y se fue, dijo con desgano. Hasta ahí llegó todo, aquí se acabó el sueño de Cenicienta, sonaron las campanadas de medianoche, ya no hay carroza y tengo que volver a casa a caballo en los ratones, me dije con decepción. Por qué siempre tiene que ser así. Al final se asustó, tuvo miedo no sé de qué, pensé mirándome al espejo del vestíbulo que reflejó mi imagen de princesa dinosauria. ¿Y por qué tanto don Pedro y don Pedro, entonces? ¿Para qué tanta amabilidad de cartón?, me escuchó decir mi amigo Parrita, que en ese momento bajaba del ascensor. ¿Se te derramó

la noche con el príncipe del altiplano?, preguntó como viejo sabio. Algo así, querido, concluí serio. No importa, Pedro. Más se perdió en la guerra. Y me abrazó invitándome a tomarnos la noche en el bar El Fogón. Cuando llegamos estaba lleno de calameños brindando hasta por las narices, y al instalarnos en una mesa con otra gente lo veo aparecer, sin uniforme, con su pelo azabache desmelenado en puntas por la erección del gel. Mire quién aparece por aquí, dije eufórico con el pecho rajado de milagro. Sabe, don Pedro, no va a poder ser, vino a buscarme mi novia, habló mascando las palabras. Tú quieres matarme de angustia, le escupí la voz en la cara. Lo siento, don Pe..., alcanzó a silabear compungido. No te preocupes, chico, hablé más calmado. Todo no puede ser en la vida. No te hagas dramas, broder, y vete con mi cariño. Pero sabe, don Pedro, se me ocurrió una cosa... la puedo ir a dejar y vuelvo. Ahí ve tú. Haz lo que quieras, bostecé cansado, con ganas de que desapareciera de una vez. No va a regresar, le dije a Parrita después de un quinto trago. Solo fue amable y por eso me vino a avisar. Bueno, sentenció Parrita (un poco agotado de mi love story), brindemos entonces por el perdido amor.

Era mi última noche en Calama y tomaba con decepción tratando de borrar el rostro del chico recepcionista del hotel Sahara que recién se había marchado a dejar a su novia con la promesa de regresar por mí al bar El Fogón que, a esa hora, se incendiaba de embriaguez en el trasnoche minero. No va a volver, le insistí a Parrita, que me hacía compañía e intentaba subirme el ánimo con brindis optimistas. En eso llegaron unos músicos y una chica periodista que se integraron a la farra del adiós. Todo fue mentira, repetía yo con el corazón ahogado en el vaso. Pero si todavía es temprano, Pedro, no te pongas tanguero que aún la noche tiene sorpresas. No sé cuánto rato pasó, cuántos tragos más ingerí con desespero, y de pronto Parrita murmura: ¿viste que no tenemos que apurar la tristeza? Y al levantar la cara me encuentro con su boquita de canela diciendo: don Pedro, ¿pensaban que no iba a volver? La tercera será la vencida, le contesté acercando una silla donde dejó caer su cuerpo como una pesada cinta. Tuve que ir tan lejos, y después me vine corriendo, resopló fatigado. Entonces tendrás sed, dije alargándole un vaso. Mire cómo me salta el pecho, ponga su mano. Y puse mi mano en el centro de su combustión. Palpita como un reloj explosivo, ¿quiere reventar la noche? Si usted se va mañana, no quedará otra. Por esa boca suya que reclama una avalancha de besos, me quedaría por siempre, recité cursi en su oído. Uno se encuentra con muy poca gente en la vida, agregué sonámbulo. ¿Y yo seré parte de esa gente? Depende, cariño. ¿Depende de qué? De lo que ocurra... si se decidió a volver. Pero usted se va dentro de unas horas. A veces solo basta eso para hacer inolvidable la música de

este encuentro.

En el bullicio copetero del bar, su vocecita lo llenaba todo, yo no escuchaba a nadie más... él tampoco. Era como si nos hubiéramos conocido vagabundos en la carretera de la eternidad. Ambos, en el fragor del carrete, estábamos sumergidos en una cúpula de sagrada quietud. ¿Ustedes se conocen hace mucho tiempo?, interrumpió la chica periodista, incómoda por lo apartado de nuestra plática. De siempre, dije cortante y regresé a los ojos del chico iluminados por un vaho cósmico de lunático ardor. Me he sentido solo toda la vida, excepto contigo, repetí esa frase de película antigua, al tiempo que el péndex llenaba otro vaso, y otro, y otro que sorbió con sus labios moros. Algo así me pasa a mí también, dijo ensartando mis ojos coleópteros en el insectario de su mirar. Afuera estaba Calama electrizada por los luminosos comerciales que a ratos abofeteaban de azul neón su mejilla casi pegada a la mía. En eso, Parrita se puso de pie e invitó a todos al hotel a tomarse un whisky en su habitación. (Parrita estaba feliz porque le había tocado la suite presidencial). Yo no puedo ir, dijo el chico. Tengo prohibido carretear en el hotel con los clientes. Y todos se fueron, y por fin nos quedamos solos, y al rato, por fin, pudimos salir de allí anudados, trastabillando, cuneteando las calles de esa ciudad fantasma. Y recalamos en otro bar, donde el dueño me reconoció, y a modo de saludo nos mandó una botella a la mesa, y de salud en salud también cerraron el lugar, por la maldita ley de alcoholes, y teníamos tanta sed, tantas ganas de bebernos las bocas sedientas en ese Atacama salado. Los astros en el planisferio astral salpicaban su frente de plateado rocío selenita. Aquí, en esta noche, Dios podría reinventar el Edén... ¿Con dos Adanes?, preguntó el niño mirando al firmamento... Mejor dos Caínes... así nos iríamos al este del Paraíso. ¿Y dónde podríamos brindar por eso?, musité odiando a los mojigatos del Parlamento que apoyaron la restricción ética. Siempre hay algo, murmuró sin inmutarse. ¿Algo como qué? Yo conozco un clandestino, cerca. Es difícil entrar, pero a usted, don Pedro, lo conocen todos. No te creas, baby, cuando rara vez salgo en la tele, la fama me dura solo un mes. Vamos entonces, arengó el chico tomándome del brazo, y después de girar algunas esquinas golpeamos una puerta y una voz preguntó quién era. Es el escritor que está invitado a la Feria del Libro, alegó mi ángel con firmeza. Que pase, escuché que decían desde el interior. Y al entrar nos encontramos con una bailanta cumbianchera a todo ritmo, a todo Antonio Ríos alaraqueando: *nunca me faltes. Nunca me engañes, que sin tu amor yo no soy nadie*. Qué fiestaza había allí. Cómo se nos subió el alcohol a la cabeza, y sin ningún pudor salimos a la pista a cimbrear la candente humanidad. Pero a nadie parecía importarle, nadie nos dio bola, y las parejas hetero ni se inmutaron cuando el chico cantando

Nunca me faltés acercó peligrosamente su cara, me cogió el mentón y depositó su vaho en mi boca de mojado aliento. Y no digo que de rana pasé a princesa, algo se me espantó la cura, pero volví a quedar raja cuando repitió el beso con rabiosa pasión. *Nunca me faltés. Nunca me engañés*, seguía escuchando mareada por la jarana y por el revuelo de sus brazos anidándome como pájaro niño. Cómo te amo, eructé en su oído. Vámonos al hotel. Pero don Peter, usted sabe que yo no puedo. Igual, a besos y caricias negras lo hice titubear. Y partimos de regreso al hotel Sahara. Mientras caminábamos lo convencí argumentando que mientras yo me engrupía al nochero, él podía entrar al ascensor sin ser visto. Por desgracia no fue así, y el pesado recepcionista alcanzó a verlo, y mientras yo corría al ascensor escuché que nos gritaba: usted sabe que los pasajeros no pueden entrar gente al hotel. *Nunca me faltés...* seguíamos cantando al abrir la puerta de la habitación. *Nunca me engañés...* al tirarnos a la cama. *Que sin tu amor...* al desnudarlo prenda a prenda como deshojando una alcachofa. *Yo no soy nadie...* al resbalar lentamente los jeans por su larga musculatura de ciervo. *Nunca me faltés...* su pecho de torso lampiño latió asustado al arremangar su polera. *Nunca me engañés...* al besuquear su ombligo, su guatita y sus tetillas de bambino marroquí. *Que sin tu amor...* al contemplar esa delicia humana de geografía perfecta. La claridad de la madrugada entrando por la persiana cortaba en tajadas de luz ese cuerpo derramado en las sábanas revueltas. ¿Qué te gustó de mí?, interrogué coqueta. Porque somos bien distintos. ¿Te fijas? No sé, respondió meditando. Te encontré divertido. ¿O sea soy un chiste? No lo tomes así, me gustaste, Pedro, cuando me hiciste reír. Allí caí en cuenta de que el chico me tuteaba, la intimidad tibia del lecho había borrado el empalagoso don Pedro. Entonces los golpes en la puerta y la voz del nochero reclamando: usted sabe que no se puede entrar gente al hotel. Yo sé que el recepcionista está con usted; por favor, dígame que salga. Sht... no hagas ruido... (hablando bajito)... que se aburra y se vaya... no se va a ir, es súper pesado... Por favor, señor, dígame al muchacho que se retire... Toc, toc, toc, dele con la puerta... vamos a tener que abrir, dijo el chico hablando despacito... Qué tanta güevá, grité yo... (escóndete en el baño)... Y abrí la puerta con furia. Qué pasa aquí, que no me deja dormir tranquilo. Señor, usted tiene gent... Qué gente ni qué mierda, mire, ve a alguien usted aquí... Pero... Y le di un portazo que lo dejó peinado para atrás al indiscreto nochero. Santo remedio, no va a güeviar más, le dije al chico que no dejaba de reír y reír revolcándose de gusto en la cama. Te puedes quedar cesante. No creo ni me importa, dijo ya más calmado. Además estoy cansado de que ese güevón me humille. ¿A lo mejor esta celoso de mí? ¿O de ti?, respondió silenciándome con un dedo en la boca. El problema es cómo te saco de aquí sin que nos pillen, dije preocupado. Lo único que podemos hacer es pedirle a Parrita

que nos ayude, pásame el teléfono para llamarlo. Y como siempre mi buen amigo nos salvó diciendo: claro, Pedro, vénganse para acá y aquí vemos cómo lo sacamos sin que se den cuenta. Y subimos tomados de la mano por las escaleras, escondidos como dos enamorados proscritos. Ya en la suite de Parrita, mientras esperábamos que se duchara, el chico se sentó a mi lado y tomando mi mano suplicó: quédate un día más, Pedro, por favor. No puedo, baby, el avión sale a las once. Cambia el vuelo para mañana. Te llevo a mi casa, hay un vino y te hago comida. No puedo, niño, en Santiago tengo mucho que hacer. Pero... (haciendo un puchero infantil). No puedo, no insistas. Entonces soltó mi mano. Escribiré la historia de nuestro amor, dije con dulzura. No me importa, escupió con desdén. A todos les dice lo mismo usted, don Pedro (ahora ya no me tuteaba). A todos les cuenta el mismo cuento. ¿Cree que no leo el *Clinic*? Yo soy uno más para usted, don Pedro (el don lo mascaba con frío sarcasmo). Yo aposté todo, me jugué todas las cartas, perdí polola, trabajo, reputación; no ve que Calama es chico y todos lo van a saber. Total, usted se va y yo me quedo. Qué le cuesta, quédese un día más. La gravedad del silencio era un zumbido que flotaba en la colcha del lejano tierral. Lo miré con toda la ternura que cabía en mis ojos miopes. Amor... empecé a decir. No me diga amor, quiere. Sabes que no puedo quedarme. ¿No puede o no quiere? Es inútil que insistas, concluí con acerada frialdad, y me asombré de haber tomado esa decisión. Para decir que no, a veces se necesita mucho valor, dije a modo de disculpa. No, me interrumpió agresivo. Usted es un cobarde... Sabe, usted es pura literatura. No me pidas más, estoy roto por dentro. Todo lo que más quiero en la vida me llega tarde... y tú no eres la excepción. Sigo pensando que es un cobarde... pura literatura, fue lo último que escuché de su boca antes de que Parrita saliera con él rumbo al ascensor. Después, en Santiago, al llamar al hotel Sahara me enteré que ya no trabajaba allí. Pura literatura, me queda campaneando como el eco certero de ese adiós. Y es posible que el chico del hotel Sahara tenga razón, cuando esa mañana puso en jaque el arrojito de la vida por la cobardía de escribir lo que la letra borró.

TODO AZUL TIENE UN COLOR

Cubana de Aviación

De trepar esa escalera al cielo, al Caribe, al son, a ese amasado del habla que tiene el pueblo cubano. A esa forma vital de decirse cantando, de cantando la azafata preguntar: por su pasaje, señor. Por su número de asiento, que es el de la izquierda junto a la ventana y sean bienvenidos al vuelo sin fronteras de Cubana de Aviación. Que el salvavidas también está a la izquierda, por si acaso. Recuerde que estamos para servirlo, María Dulce y Asunción María, las azafatas, y el comandante Carlos Mejías y toda la tripulación.

Entonces, uno recién se da cuenta de que puso su vida en las alas de un merengón, recién mira el plástico gastado del fuselaje y las costuras a mano de las fundas de los asientos. Recién se percata de que aquí no hay televisión, ni esa música de clínica dental que ponen las grandes líneas aéreas para que los pasajeros se relajen esperando nerviosos la partida. Aquí no hay relax, porque la voz caribeña de Asunción María va por los asientos salpicando la espera, contestándole a una vieja pituca que en esta línea no hay primera clase, ni asientos vips, ni atención especial. Que aún en el aire, chica, sigue la revolución. Y Asunción María continúa repartiendo dulces con su pelo teñido óxido zanahoria, con sus uñas de nácar saltado, con sus grandes ojos verdes y su risa amapola, proletarizada por un dental boquerón. Hay un ánimo de fiesta que hace olvidar el vértigo del despegue, y cuando te vienes a dar cuenta, en la ventanilla las nubes son hilachas de pañuelos que te despiden. Y estando en el aire ya no importan las tensiones, ni siquiera la contestación de María Dulce a un pasajero diciéndole: Que su cinturón de seguridad está roto, pues cámbiate de asiento, chico, todo el avión está a tu disposición. Pero casi todos los cinturones estás malos, señorita. Entonces, sujétate como puedas, que ya viene el aperitivo de ron.

Los pasajeros que viajan desde Santiago a La Habana en estos vuelos especiales y baratos también son diferentes al típico gringo de short y lentes ahumados, esos monstruos de grasa blanca que se desparraman en tres asientos y te dejan estrujado en el vidrio. Tampoco está el oriental neoliberal que sube

como árbol de pascua, lleno de cámaras, walkman, computador portátil y celular en la oreja. Al darle un vistazo a los pasajeros, uno reconoce algunas barbas, algún chaleco artesanal resucitado para emprender esta aventura. Y uno también se reconoce en este viaje en pos de algún sueño. Pero no hay nostalgia, porque la voz de Asunción María repiquetea con las botellas de ron y Tropicola que vienen por el pasillo. Y al segundo trago nadie puede dudar que la revolución aérea empezó hace rato al ritmo de la salsa que se escucha por los parlantes y que se interrumpe a veces por los tiritones del aparato. Nadie puede dudar de nuestro destino al ver a Asunción María compartiendo con la gente, riéndose con las perlas careadas de su luchadora clase. Nadie podría comparar a Asunción María con las azafatas tiasas de Lufthansa o British Airways que atienden con disimulado asco a los pasajeros que tienen pinta de rotos. Y te dicen: se acabó el whisky, señor, cuando la emoción de viajar en avión le calienta la jeta a los pobres. Difícil relacionar el trato clasista que tienen las damas del aire con el encanto emotivo de Asunción María, con su gentileza, que no es producto del sueldo que tienen las aeromozas. Porque ella gana lo mismo que todos los cubanos, y de viaje en viaje se mantiene hermosa como puede, zurciendo el uniforme, poniéndole tapillas a sus gastados tacos, compartiendo cosméticos con sus compañeras. Pero nada de esto opaca la frescura de esta muñeca del aire, ni siquiera las repeticiones de cubas libres, que van y vienen festejando el vuelo, que animan la conversa plural de los pasajeros, transformando el viaje en un cotorreo de living popular, donde las clases se diluyen en un tú a tú de brindis, biografías políticas, sexuales y sentimentales que se echan a correr cuando los chilenos van de viaje. Como si a tres mil metros de altura no importara el remilgo hipócrita con que se vive en el Chile ya tan lejos. El Chilito desaparecido en la arquitectura ciclópea de las nubes que enciellan nuestra América. Justo cuando se escucha la voz cantante de Asunción María diciendo: que ya estamos llegando, que ya volamos sobre el nacarado horizonte del territorio cubano.

La Habana Vieja

La Habana Vieja es como el casco de un antiguo galeón, encallado en los sargazos del mar Caribe. Es el centro histórico de la ciudad colonial que hoy atrae la mirada turística, el ojo de los gringos extasiados por el rococó de los palacios, por el mármol resquebrajado de las escaleras y estatuas que dejó la burguesía cuando apretó cachete al llegar la revolución. Y uno se pregunta: ¿cómo fue que este lujo arquitectónico quedó casi intacto? Digo casi intacto porque, mirando por segunda vez la panorámica barroca de los edificios, uno descubre que el deterioro baña de nostalgia esta torta chantilly que se desmorona bajo la mirada impávida de sus populares habitantes. Así, el esplendor asiático de azulejos, columnas fenicias y el tornasol de los vitrales comparten el mismo espacio con la ropa tendida, con las matronas negras poniéndose los cachirulos al sol, mientras vocean el menú de los comedores llamados paladares, que se han legalizado por la demanda hambrienta del turismo. Cada casa, cada mujer implementa su presupuesto abriendo una ventanita y poniendo un cartel que ofrece comida barata. Y es extraño estar instalado en el living de una familia cubana probando el puerco con arroz y porotos negros, es agradable refrescarse con sus jugos de sandía, heladitos, que la doña sirve generosa. Todo por un dólar, hasta la conversa. ¿Dónde la viste? ¿Dónde tan regalado? Dónde se podría contemplar mejor la historia, en qué otra parte que no sea en esta ciudad donde seguramente Colón estampó su huella. Dónde se ha soñado a la América tan cruzada por el mestizaje de una chispeante contaminación racial. Dónde se ha visto el continente desde tantos puntos de mira, porque bordeando la ciudad colonial se instalan los fuertes españoles de El Morro y El Castillo, con una pompa feudal solamente superada por las iglesias católicas y sus firuletes barrocos en proceso de restauración. Porque aquí todo pareciera estar en ese proceso, hasta el sistema de inmigración, que hace años le hacía asco al turismo y hoy lo recibe en bandeja de plata. Es lo más cuidado. Lo más protegido es el ocio de los visitantes que deambulan por la isla como Pedro por su casa gozando cerdamente esta maravilla de ciudad con el salvoconducto del dólar.

Por el malecón, esa vereda que culebrea el ondear calipso del Caribe, se

pueden ver guatones rubios hartándose de comida en los hoteles turísticos, comprando de todo en los resorts donde no se ve escasez, y con la billetera llena se puede conseguir hasta una sirena caribeña asada al palo. Todo se alcanza con el cruel metal de la social diferencia, pero solamente esto lo pueden los extranjeros, los que pueden pagar y compran hasta los más exóticos gustos. Esta vida relajada y sibarita recorre las callejuelas empedradas de La Habana Vieja, exhibiendo su desenfado monetario como quien muestra un filete a un felino desnutrido. Porque el pueblo cubano tiene que mirar desde su racionamiento el relax goloso de las visitas. Tiene que pasar por la humillación de no ser admitido en los hoteles lujosos o nuevos resorts que se construyen para el bienvenido dólar. El pueblo cubano, el bello y orgulloso pueblo, debe enfrentar continuamente esta injusticia económica que lo agrede en su propio suelo, en su propio sueño aún vigente, y a pesar de todo, aún respaldando el protagonismo de esta difícil empresa que a toda costa quiere mantener a flote la cuestionada osadía de ser independientes, de querer tener un sistema social más justo, aunque los costos revolucionarios sean difíciles de calificar por una mirada tal vez pasajera, tal vez turística, tal vez influenciada por la inmediatez de leer el paisaje político de una nación que quiso alterar el rumbo de su colonial historia con el lacre despertar de su valerosa transgresión.

Llegando a La Habana

Del aeropuerto José Martí, que cumple con sencillez el arribo a Cuba, la carretera nos lleva por una serpentina de emociones y expectativas tratando de mirar a través de los vidrios empañados del bus el anochecido paisaje habanero. En el camino, casi no hay avisos publicitarios ni los típicos luminosos enmarcando las rutas que en otros países llevan del aeropuerto a la ciudad. En su reemplazo, los eslóganes de la revolución escriben el paisaje sombrío de la bienvenida, cuando los focos de los vehículos iluminan su alfabeto romántico y panfletero. AQUÍ LOS NIÑOS BESAN Y LA GENTE SONRÍE. Frases que, leídas con la distancia prejuiciada del visitante, arengan la conciencia política, como si en cada recodo, en cada sitio eriazo, en cada muro deslavado, una voz oficial tuviera que refrescar continuamente la memoria gallarda del proceso cubano. A PESAR DE TODO, Y POR TODOS, SEGUIREMOS SIENDO LIBRES. Acompañando la llegada, los grafitis gubernamentales parecieran un empuje de optimismo que intenta levantar la moral de este país hecho leyenda en su porfía contra el imperio. RESISTENCIA CON INTELIGENCIA Y CORAZÓN.

La ciudad de La Habana parece dormir en medio del apagón de racionamiento, y lo único que resplandece al flashazo de las luces del bus es el cartelero que machaca de versos y poemas la oscura llegada. USTED ELIGE, CUBA LO SATISFACE. Es extraño, pero frente a esta cinta pobre que exagera el nacionalismo se experimenta la sensación de acoso leyendo y releendo la enamorada poética de su reiteración. SOMOS ASÍ, Y QUÉ. El verde negruzco de la foresta se adivina en la calurosa resaca nocturna, las palmas y platanales recortan el cielo tropical, y en las murallas los escritos bordan de aguante la jodida permanencia de un pueblo que eligió su destino. EL AMOR Y LA SOLIDARIDAD NO SE BLOQUEAN. En la carretera casi no hay autos, y los pocos que se ven parecen sacados de un film de Doris Day con Rock Hudson; largos Oldsmobile, Alfa Romeo y Cadillac aparecen y desaparecen como fantasmas de una historia feliz, de una película de amor, luna y palmeras, narrada por los grafitis que acordonan el camino. DESDE LAS CUADRAS CRECE UN

PAÍS. A la rápida, en un pestañeo de viraje caminero, salta desde las sombras un verso de Martí, el poeta prócer de la revolución. Con la misma rapidez viene otro de Nicolás Guillén, pero repiquetea el siempre y nunca de la escritura oficial. CUÁNTO HICE HASTA HOY, Y HARÉ POR TI. Algunas luces nos acercan a esta mítica ciudad que pasó de cabaret yanqui a la metáfora latinoamericana de la izquierda. El chofer del bus habla poco, contesta con aburrimiento nuestras observaciones. Y no es porque no pueda hablar, está cansado de responder lo mismo a la ingenuidad turista que acarrea en su micro. Él, un achocolatado habanero, tiene esa displicencia de llevar y traer ojos copuchentos a su isla, adivinando los celos, cachando las sospechas y la doble intención del interrogatorio extranjero. Por eso sus respuestas son cortantes, simples y codificadas como la propaganda publicitaria que bordea la ruta. SOY CUBANO, NO PUEDO SER DIFERENTE. Sería fácil calificar esta bienvenida de panfleto romántico o de exagerado populismo nacional que intenta acallar con optimismo el bullado naufragio de la gesta cubana. Sería apresurado emitir juicios sobre el carteo insistente que vocea los avances del proceso. Uno recién llega, con los ojos nublados por el ron y algún extraviado sueño. Uno es visita, y si quiere, puede leer más allá de las consignas. Con un poco de lacre generosidad puede descubrir los materiales pobres usados en esta campaña. Materiales que en Chile ocupa la Brigada Chacón. Materiales artesanales que jamás usarían las grandes propagandas del mercado. Papel craft, papeles de envolver, de ese color café que se usó en los panfletos y publicaciones antidictadura en Chile. Estos de acá son carteles escritos a mano, con el agregado cursi de la florcita en el punto de la «i». Frases coloridas, rematadas con un corazón en vez del punto final. Letras dispares que en su caligrafía apresurada bailan una danza de palabras, como si fueran carteles escolares de alguna recordada kermesse o baile de primavera. A FIDEL NO LO DEJAMOS SOLO. En cada muro, en cada calle, la oratoria política del esfuerzo mantiene la utopía a puro pulso, con las patas y el buche; con algo de irrenunciable ilusión los carteles desfilan y pasan a morir a nuestras espaldas. Sus vocales de carnaval revolucionario se despegan un momento del cartel y quedan grabadas campaneando la ardiente sombra de la noche cubana... y luego regresan al muro, al rayado antidepresivo de la propaganda. LA DIGNIDAD DE MIRAR LIBRES. En el aire se escucha un canto de rumba y sus notas dibujan la ciudad de La Habana que se abre como una caja de música, como una concha antigua que reparte generosa los encajes negros de su sentimental son.

El fugado de La Habana

Ocurrió uno de esos días en que el amor es una boca ardiente respirando su vaho por las veredas de La Habana. Se inauguraba la Sexta Bienal de Arte en Cuba y como invitado oficial me calcé los tacoagujas encaminándome a la plaza de la catedral por el empedrado disparejo de la ciudad vieja. Ya los chicos jineteros no me pedían dólares. Se habían acostumbrado a los continuos paseos de una loca chilena tambaleándose en los adoquines coloniales de esas callejuelas estrechas, donde no cabían autos pero sí el jolgorio fiestero de los mancebos mulatos, balanceando sus presas en el cañaveral erótico de la tarde. Princesa, ¿adónde va, reina, adónde quiere ir?, murmuraba ese tropel de jóvenes refrescándose en la vereda. Con esa forma dulce que usan para piropear los habaneros. Con ese cántico querendón que te arrulla, que te sonroja como una orquídea quinceañera, vas por ahí vaiveando la calzada al ritmo de sus besos, sus insinuaciones y sus dichos. Y ya no tienes cuarenta ni treinta ni veinte años cuando a lo lejos se escucha un son (siempre se escucha música por alguna ventana abierta donde una negra borda su melancólico cantar). Siempre hay gente en la calle, sobre todo a esta hora cuando la banda municipal da el vamos a la Sexta Bienal de Arte en medio de la plaza, en medio de los cabros chicos que corren alborotados por el retumbar de los clarines. Los cabros chicos que miran curiosos mis tacoaltos y aplauden la llegada de las autoridades y artistas a este evento entre los cuales distingo a Coco Fusco, la performancista cubano-americana que injustamente no está invitada a la bienal. Por lo mismo, voy hacia ella y la abrazo y la beso y nos fotografiamos tirándole un par de muac a la cámara que se fueron rodando, jineteando, cascabeleando por las piedras del malecón. Y fue entonces allí, a pleno sol, cuando se me borró todo. Cuando quedó la plaza desierta por el brillar de unos ojos clavados en mí como dardos de templado metal. Unos ojos pestañudos que me hicieron perder el paso con su preguntona insistencia, con su infantil saludo de manos mojadas por el temblor de ese encuentro. Me llamo Adolfo, soy pintor y quería conocerte, dijo. Y me tuvo que repetir la frase, porque yo había quedado amnésica ante tanta belleza. Tuve que contener el aire para preguntarle por qué la tarde olía a azahares frescos. Será que alguna boda o funeral se han dado cita en esta plaza, me

contestó con una furia contenida, mirando con rabia la alegría de aquella fiesta. Todo es mentira, me dijo sin mirarme, como si revelara en blanco y negro el arco iris bullicioso de las murgas y acróbatas pintados que venían llegando para animar la bienal. ¿Eres artista o participante? Me atreví a preguntarle. No, dijo rotundo, soy un fugado del hospital del sida. Me contagió una turista italiana a los diecisiete años y entonces yo no sabía lo que era ese lugar, por eso me presenté voluntariamente. Cuando se cerró la reja a mis espaldas supe que había entrado en una cárcel donde pasé dos años sin ver el afuera. Allá todo es hermoso, los prados, los pájaros en sus jaulas, las flores, el paisaje, la comida, la atención, los gays que no me dejaban en paz, la medicina, todo era demasiado hermoso en realidad. Por eso, una noche sin luna salté las rejas y no paré de correr y caer y correr, y después de tres días caminando oculto de los caminos y la policía llegué a La Habana y permanecí encerrado varios años hasta que cambiaron las cosas. Y ahora no vuelvo ni amarrado porque todavía tengo esa cuenta pendiente. Aunque ahora han cambiado las cosas, el sistema del sidario es más libre. Uno puede salir firmando un compromiso de no contagiar a nadie, de no zingar con nadie, de no conocer a nadie. ¿Me entiendes? ¿Y si te enamoras?, le pregunté cortándole su mirada de plumas violentas. Entonces puso cara de sorprendido. Eso ya no es para mí. ¿Quién podría amar a un sidoso sin pena, con un amor que no esté pintado de compasión? Yo no te tengo compasión. Pero recién nos conocemos. ¿Y qué importa? Solo tienes que amarme. Yo también soy una araña leprosa, le dije. Pero uno no puede enamorarse de pronto. Inténtalo, solo tienes que atreverte. Además ya es tarde, porque lo pensaste, lo creíste y vamos abrazados por la resaca tibia de tus calles a comprar un ron Havana Club, que es exquisito, siete años de añejo, dicen. Y serán siete años, me contestó, porque voy contigo y no aceptaré que te engañen. Y nos perdimos Habana abajo, mercado abajo, barrio chino abajo, donde ya no se veían turistas y el aire olía a cuchillos. Entonces me quise sacar los tacoaltos para no provocar, y él no me dejó. No te los quites, me dijo casi ordenándome. Yo no tengo problemas, y si alguien los tiene se las verá conmigo. Y me tomó la mano para que yo tocara la punta filuda del arma que escondía en su malandra corazón.

Solo habían pasado unas horas desde que nos conocíamos, y ya navegábamos juntos en el mar dorado del amor como apuesta, del amor como desafío a dos soledades impuestas; la mía, como una búsqueda incansable de algo que reafirmara mi estadía en Cuba, algo que me hiciera recordar ese paisaje como un rostro humano, tal vez unos ojos, una mirada huidiza en el vapor rosado de las nubes que pasaban sobre nuestras cabezas, y la suya, una soledad rabiosa que escupía en las piedras de La Habana, una soledad infantil acunada por el sida y

por mi hombro en el abrazo de penuria que nos llevaba zigzagueando la borrachera mientras caía la noche turbia sobre los techos, mientras el atardecer doraba su perfil amargo pegado a mi cara, sudado en mi cara, baboseando mi mejilla, mientras hablaba, mientras decía que creyó en la revolución cuando aún él tenía futuro, cuando era militante de las juventudes que seguían al Che y su «querida presencia, comandante». Pero después, el encierro en el sidario, la fuga de allí, el acoso de sus propios camaradas y amigos diciéndole: chico, tienes que entregarte, tienes que someterte al reglamento de salud pública, debes volver al hospital y dejar que la revolución se haga cargo de tu vida. No debes dejar que el individualismo te lleve por caminos reaccionarios. La medicina cubana ya encontrará el remedio. No te desesperes, no dejes que la pasión arrebate el progresismo de tu alma.

Todo esto me sonaba al oído con el bambolear tibio de sus palabras. Me sonaba mezclado con la música que venía de la plaza donde los participantes de la Sexta Bienal de Arte se preparaban para seguir la farra en La Cecilia, una playa cercana donde sería la fiesta inaugural. Yo te dejo hasta aquí, me dijo, porque eso es solo para turistas o cubanos con dólares. Pero aún no son las doce, y todavía no se cumple el plazo que hicimos del amor como apuesta, le contesté llenándole su vaso de ron e invitándolo a subir a un taxi modelo Impala de los años cincuenta, que más parecía el Batimóvil que la carroza de Cenicienta. No digo que estaba ebrio, o tal vez sí lo estaba. Por eso recuerdo nítida la sombra de las palmeras y la luna tremenda lagrimeando las olas en el tobogán del malecón. Digo lo recuerdo porque en la evocación el arrullo de su boca mojada me amordaza. Digo lo recuerdo porque nunca un sueño fue tan cinematográficamente real y tiernamente palpable. Íbamos de una isla a otra por el puente de besos que arqueaba sus cejas. Sus cejas negras, terciopelas, fragantes y olvidadas en mi regazo.

Ya llegamos, dijo el chofer del taxi despertándonos del letargo. Entre la foresta se escuchaba la música, y las luces iluminaban tenues a las parejas zangoloteando la rumba. Era un resort, una especie de balneario pituco que me recordó Arica. El primer trago era gratis y el segundo había que pagarlo. ¿Y con qué, si el viaje en taxi se había llevado mis últimos dólares? No importa, amor, me dijo él mirándome con sus ojos pungas. De alguna manera nos arreglamos, repitió arrastrándome a la barra donde los mozos servían mojitos y cubalibres a destajo. Cuando ellos estén muy ocupados, cuando no nos vean, tú recibes las botellas que yo te paso por abajo. Mientras tanto abrázame, finge que somos una pareja gay de vacaciones en Cuba. Y no me costó mucho hacerme la orquídea

enamorada y recibir las botellas de ron, del mejor, que el chico me pasaba bajo el mesón clandestinamente. No me costó hacer ese tráfico y darle que tomar a todos mis amigos, artistas pobres invitados a la bienal. Y así, ebria como una cinta de raso empapada, no tuve problemas para salir a bailar con él, cuando poetizaron la noche los sones de *Lágrimas negras*. No me pude negar, no pude dejarlo con sus manos estiradas, excusándome por el agudo dolor que me causaban los tacoaltos. Pero bailar en esas latitudes del metafórico meneo era complicado, sobre todo porque ellos manejan el cuerpo sin culpa, sin predicciones de pecado. Y ahí estaba yo dando la hora, moviéndome como podía en la altura de los tacos y en la embriaguez del alcohol. Ahí estaba bailando pero sin la gracia que tienen los cubanos, sin esa política de las caderas que libera el cuerpo. Ahí estaba yo tratando de moverme como chileno asopado y cuidadoso, solamente con la intención del dancing. El resto lo ponía el ángel habanero y también el ron y la noche bacará que dibujaba su boca dulcemente enrojecida por un beso.

Una noche de fiesta frente al ronronear felino del mar Caribe supone algo de ensueño, algo de película coloreada seguramente por la fantasía gris que tenemos los chilenos de paso por esas ardientes tierras del trópico. Tal vez solo fue eso, porque mientras pasa el tiempo desde aquella noche se van diluyendo lentamente las palabras de amor y los besos de aquel mancebo habanero se me escapan como pájaros mientras escribo esta crónica. Y es imposible retroceder hasta aquella amanecida, en esa playa, donde la luz del día me arrebató la sombra de su caricia, cuando desperté en la arena y todos se habían ido, y ya no había música ni luces ni ron ni sus pestañudos ojos gritándome un SOS desde las fauces del sida. Se había esfumado antes de que el sol quemara la declaración de amor que firmamos con desespero. Ahí mismo, en la rodada de ternura y sexo de dos cuerpos que juegan con la muerte por un te quiero. Pero fue él, en el último momento, quien detuvo la mano cadavérica de la epidemia antes de cruzar la zona de riesgo sin preservativo. Fue él quien dijo: no, espera, no tenemos que compartirlo todo, amor, porque no estamos en igualdad de condiciones. Yo tengo sida, y tú no eres portador, y el sexo puede ser una gota amarga que nos una y nos separe para siempre, cariño. Mejor soñar que lo hacemos, princesa, mejor acurrúcate en mi pecho y duerme y sueña y déjate llevar por el tumbar de mi corazón que te pertenece, que me ganaste en la apuesta de enamorarnos esta noche.

No supe en qué momento el chico se marchó, dejándome dormido en el recuerdo ausente de sus brazos. Y creo que fue el mejor adiós que cerró la

poética de esta crónica. Lo demás era imposible, era inútil haber imaginado cualquier destino juntos, era romper el mágico desafío amoroso que inició este encuentro. No volví a saber de él en los pocos días que me quedaban en La Habana. Recorrí mil veces las mismas calles, la plaza de la catedral y todos los sitios alegres donde estuvimos, y que ahora parecían solos y deprimentes sin su presencia.

Traté de encontrarlo preguntándole a otros pintores si lo conocían, si sabían de él, porque no creo que en Cuba haya muchos pintores que se fuguen de un sidario. Y La Habana cultural es como una familia donde todo el mundo se conoce, igual que en Santiago. Cómo nadie podía ubicar a un personaje tan divino, a un ser casi legendario por su historia, y por esa sensación de cielo vacío, de mundo vacío y ajeno que me dejó al partir.

Así, el paisaje habanero ya tiene un rostro que lo hará infinitamente recordable para mí, porque quizá todo paisaje lo evoca la sonrisa de un ser amado. Así también la Cuba sentimental que conocí a través del chico del sidario nunca más será la misma, nunca más torearé al amor y la muerte con tanto desafío, en aquella plaza, en esa florida noche, cuando él me cantó al oído la rabia dulce de su furioso corazón.

A FLOR DE BOCA

El abismo iletrado de unos sonidos

Cerca de Trujillo, en Perú, se encuentran las ruinas de Chan Chan, una ciudad preincásica que duerme en sus vestigios erosionados por la brisa marina. Son construcciones de barro que, a pesar de su precariedad material, atestiguan un cierto esplendor café rojizo que colorea el adobe con el mismo tono de la piel indígena. Al centro de esta urbe barroca se encuentra la plaza principal; un enorme rectángulo en cuyos bordes se levanta un muro decorado por relieves de peces nadando en dirección opuesta. En un punto de esta guarda, los cardúmenes se cruzan alternadamente. Este punto coincide con la corriente de Humboldt, que frente a Trujillo cruza las aguas del norte con el frío mar del sur.

Sobre este muro de arcilla, los turistas y parejas de enamorados han escrito nombres, fechas, garabatos y panfletos políticos, imponiendo la escritura castellana sobre este alfabeto zoomorfo, que en su mínima representación describe una cartografía del ancho horizonte salado, en el chapoteo de los peces y el rumor ronco del Pacífico.

Pero más allá de las teorías que hacen coincidir la ciencia con la magia de estos jeroglíficos, estos signos hablan otro lenguaje difícil de transferir a la lógica de la escritura. Quizá más que conceptos organizados por un pensamiento unidireccional, estos dibujos contengan ruidos, voces apesadas en el barro, descripciones guturales de una geografía precolombina que deslumbró al hombre blanco, con la música colorida de su intemperie. Así también, estas formas se podrían traducir como representaciones de un silabario sonoro o partituras de un temblor vital en el territorio mesoamericano. El habla y la risa en el rumoroso tumbar del corazón andino. La oralidad y el llanto en el entrecocar de la sangre por los acantilados arteriales. La voz mimetizada con el entorno, como un pájaro ventrílocuo que caligrafía su arrullo entre la foresta. Después vino la letra y con ella el alfabeto español que amordazó su canto.

Entonces, los códigos orales se hicieron gritos de alerta para prevenir a las tribus de la invasión extranjera. Fueron sonidos de olas en las cumbres

altiplánicas, a través de los pututos o caracoles marinos, especies de trompetas moluscas que transmitían la voz de alarma por todo el Tiawantinsuyo. Así fueran gritos de aves cuando la bota del cazador aplasta la maleza. O murmullos entre dientes que cuchichean hoy las indias en las aduanas de las fronteras. Silabeos imprecisos que ponen nervioso al policía de guardia que las deja pasar con su contrabando parlanchín. Como loras parloteando en esa media lengua, en ese tonito del puis, intraducible en la página, en la letra impresa, tan fundante, tan organizada, tan universalista, tan pensante nuestra afiebrada cabeza occidental. Nuestro logo egocéntrico que cree almacenar su memoria en bibliotecas mudas, donde lo único que resuena es la palabra silencio escrita en un cartelito.

Pero ese chsss no es silencio; para la lengua indígena quizás ese chsss tiene que ver con un dolor de muelas y la «ese» es el abanico que enfría la carie ardiente. A lo mejor, también ese chsss es la lluvia siseando sobre los techos de paja o el silbido de la serpiente cuando la pisan en celo. Cómo saberlo, cómo traducir en letras para nuestro orgulloso entendimiento la multiplicidad de significantes que acarrea un sonido.

Ciertamente, estamos apresados por la lógica del alfabeto. La instrucción nos lleva de la mano por la senda iluminada del abecé en el conocimiento. Pero más allá del margen hay un abismo iletrado. Una selva llena de ruidos, como feria clandestina de sabores y olores y raras palabras que siempre están mutando de significado. Palabras que se pigmentan solo en el corazón de quien las recibe. Sonidos que se camuflan en el pliegue del labio para no ser detectados por la escritura vigilante.

Más allá del margen de la hoja que se lee bulle una Babel pagana en voces deslenguadas, ilegibles, constantemente prófugas del sentido que las ficha para la literatura.

Aparentemente, la página contiene la voz y su deseo expresivo. Pero esta premisa se funda con la introducción de la escritura castiza y católica en América. Entre letra y letra hay un confesionario; entre palabra y palabra, un mandamiento. Lo que se lee nos lee con el ojo de Dios; las sagradas escrituras tienen su firma. Esto el inca Atahualpa no lo sabía, por eso confundió la Biblia con un caracol marino, y lo puso en su oreja para escuchar la letra parlante del creador. Y ese caracol cuadrado y negro no tenía ecos de mar ni susurros de montaña para hablarle a Atahualpa, por eso lo tiró al suelo y dio pretexto a fray Vicente de Valverde para justificar el genocidio de la Conquista. Tampoco el

inca sabía que, años más tarde, el rey católico Carlos II iba a prohibir por decreto el uso de las lenguas nativas. Atahualpa había muerto antes de aprender a leer y, analfabeto, siguió escuchando bajo la tierra el sonido de las mareas como idioma interminable.

Quizás el mecanismo de la escritura es irreversible y la memoria alfabetizada es el triunfo de la cultura escrita representada por Pizarro, sobre la cultura oral de Atahualpa. Pero eso nos demuestra que leer y escribir son instrumentos de poder más que de conocimiento. Es posible que la cicatriz de la letra impresa en la memoria pueda abrirse en una boca escrita para revertir la mordaza impuesta. Así lo demuestra el testimonio, *Si me permiten hablar de Domitila*, editado en 1977, y *Las crónicas de Felipe Huamán Poma de Ayala*, publicadas en 1615. Estos y otros textos ejemplifican cómo la oralidad hace uso de la escritura doblando su dominio y apropiándose al mismo tiempo de ella.

Muchos son los silencios impuestos por la cultura grafóloga a las etnias orales colonizadas, pero aprender a leer esos silencios es reaprender a hablar. Usar lo que omiten, niegan o fabrican las palabras, para saber qué de nosotros se oculta, no se sabe o no se dice. Ese silencio es nuestro, pero no es silencio; habla como una memoria que exorciza las huellas coloniales y reconstruye nuestra dignidad oral destrozada por el alfabeto.

La momia del cerro El Plomo

Ocurría entonces que la América y los países que hoy la conforman no se llamaban así, porque aún la bota española no había impuesto su huella de barro y sangre en estos confines de mundo. En su reemplazo, el Imperio inca expandía sus dominios hacia los cuatro puntos cardinales: cuatro senderos que partían desde el Cuzco hasta las regiones colonizadas. El reino del Tiawantinsuyo se extendía por el norte hasta el Ecuador, por el este hasta la Amazonia, por el oeste hasta las costas del océano Pacífico y por el sur hasta el inexplorado territorio que defendía fiero el pueblo mapuche, y tal vez por esto esa mañana era gris para la expedición que se alistaba a partir hacia Chile en la Plaza Mayor del Cuzco. Ocurría que regresaban muy pocos desde aquellas tierras sin ley y los sacerdotes del sol decían que la conquista cultural que pretendía el imperio con estos enviados no daba resultado con esos bárbaros del sur del Maule. Varias caravanas anteriores no lograron civilizar esos poblados que se resistían a aprender los avances de la cultura inca en agricultura, cerámica, tejidos y religión. A cambio les llovían piedras y flechas que lanzaban esos malagradecidos. Pero aun así, la comitiva de chasquis, amautas, mujeres y guerreros estaba lista y ninguno de ellos podía arrepentirse. Y esa mañana se despedían de sus familias y cargaban animales con ropas, comida, armas y toda clase de equipajes. En el tumulto de ponchos, lanas y alpacas coloridas, un pequeño jugaba feliz saltando sobre los adoquines del suelo empedrado, mientras su joven madre guardaba sus muñecos en la montura de la llama donde luego subió al niño, esperando que la expedición emprendiera el largo viaje. Y cuando el amauta jefe dio el grito de partida, la mujer experimentó un sobresalto abrazando a su hijo sobre el lomo del animal, y por un instante se arrepintió de llevarlo, pero ya era demasiado tarde, porque la cabalgata había emprendido la marcha, alejándose de los altos muros de la ciudad imperial. Ese presentimiento acompañó a la mujer durante todos esos largos meses en que la comitiva atravesó sierras, selvas, playas y desiertos bajo la lluvia torrencial o el abrazo ardiente del calor. Era un pálpito que le arañaba el vientre como un guijarro afilado que hería sus pies en el áspero camino. Era un desvelo que no la dejaba dormir cuando acampaban cansados bajo el cielo de tinta en la noche austral.

Ahí, ella apretaba a su niño contra el pecho, como tejiéndole una manta protectora contra los peligros que gruñían en la sombra prehispánica. Estaban tan lejos del Cuzco que los vio nacer, tan solos en esa tierra extraña, tan seca, sin alma, ni dios.

Fueron cerca de dos años que tardó la caravana en llegar al valle central de lo que hoy es Santiago de Chile. Habían tomado la ruta de la cordillera para evitar encuentros violentos con los habitantes del lugar. Y ese día invernal, a mediados de junio de quién sabe qué año, los encontró en la falda del cerro hoy llamado El Plomo, que en esa época era un glaciar azul coronado de nieves eternas. En esa fecha el calendario inca señala el solsticio de invierno, la fiesta del Inti Raymi, el homenaje al dios sol que cada año se celebra para agradecer la cosecha habida y venidera. La expedición acampó a mitad del cerro para iniciar los preparativos de su fiesta anual; se sacaron los estandartes y emblemas sagrados que pintaron el paisaje de plumas y mantas ceremoniales. Los hombres afinaban los instrumentos musicales y las mujeres delineaban el lugar de los bailes y alabanzas; otros preparaban la chicha de maíz que ofrecerían a la Pacha Mama. Las hogueras desprendían penachos de humo azulado que amarataban la acuarela rosa del amanecer. Todo estaba dispuesto para iniciar el ritual antes que apareciera el astro rey sobre la cordillera. En realidad, faltaba casi todo, el animal que debería ofrecerse en sacrificio, porque en la larga travesía habían muerto todas las llamas, huemules y alpacas a causa del extenso viaje. No se podía realizar el Inti Raymi sin ofrecer un sacrificio, pensó el sacerdote mayor, preocupado. Sería ofender al dios sol si celebramos esta fiesta sin una ofrenda, dijo mirando al niño que entretenido jugaba con las trompetas de caracoles marinos. Porque debe ser un ser puro, inocente, repitió en voz alta para que escuchara la madre del pequeño que se acercó al grupo de sacerdotes y amautas que discutían el problema. Hay que ser generoso con el padre de la luz que nos dio la vida, le dijo a la mujer que lo miraba sin comprender. Te estamos pidiendo a tu niño para ofrecerlo a dios, le murmuró el sacerdote sobresaltado por el aullido de la madre que corrió donde el niño huyendo con él en sus brazos. Pero no llegó muy lejos porque dos guerreros la alcanzaron y le arrancaron al chico de su pecho. Él no sentirá nada, no sufrirá, la calmó el anciano al tiempo que ordenaba cavar una fosa de un metro de profundidad, con grandes piedras y trozos de madera en sus paredes para proteger al infante por si se desmoronaba. La criatura será puesta en este socavón, después de embriagarla con chicha de maíz, y pasará del sueño etílico al gran sueño de la muerte sin dolor. Tú misma le darás de beber la chicha hasta que se duerma, ordenó el amauta. Y la mujer, temblorosa, cogió la vasija con el brebaje donde caían sus gruesas lágrimas

quebrando la superficie líquida donde se reflejaba el cielo inmutable de aquella separación.

Y así, los siglos acunaron al niño inca en su cunita de tierra, el frío cordillerano lo dejó intacto, como recién dormido, apretando su tosco muñeco entre los dedos acalambrados por el hielo glacial. También se lo encuentra hoy como un bello durmiente en la vitrina refrigerada del Museo de Historia Natural, en Santiago de Chile. Sus largas pestañas siguieron creciendo más allá del vuelo entumido de la muerte apenas empezando a vivir. Sus pestañas siguen creciendo hoy como una mortaja de pelo que la maternidad inca bordó para su niño en el enorme abismo de los tiempos, que allá entonces selló para siempre el letargo de su inútil despertar.

(Este texto es una versión libre de los hechos reales).

Canción para un niño boliviano que nunca vio la mar

Y cómo te lo digo y con qué humedad de letras te lo cuento, chiquito llocalla, pelusita paceño que nunca estuvo frente al estruendo salado de la planicie oceánica. Cómo hacértelo ver, niñita imilla, en estas letras, si nunca fuiste testigo de esa música y sus olas crespas chasconeando el concierto de la bella mar. Cómo te lo digo, niño boliviano, cómo alargo la palabra m-a-r, y que ahorita zumbe en tus oídos como mil abejas moluscas, como millones de susurros que salpican tu carita aimara, con su aliento materno-mar-tierno-mari-maternal. Esta es una carta dirigida a tus ojitos oblicuos que de mil maneras intentan imaginar ese gran charco azul que no es como te lo cuenta la profesora en el colegio describiendo la parte más extensa del Titicaca, esa zona donde el cielo se recuesta sobre las aguas verde musgo, donde no hay cerros y el horizonte desaparece en esa lama esmeralda, que de alguna manera, también semeja un ojo de mar. Tampoco es similar a esa caricatura Disney que te muestran en la escuela boliviana, con peces de colores saltando por todos lados, con bañistas y quitasoles eternamente en vacaciones de verano, con arenas doradas y olas turquesas en un exceso de pedagógica idealización.

Cómo te lo explico, chiquito llocalla, mejor te cuento mi experiencia de niño cuando por primera vez me encontré con el milagro marino. Vivía con mi familia en Santiago, y como niño pobre, tuve la experiencia recién a los cinco años. En mi población se organizaban paseos a la playa por el día en enero o febrero, íbamos en micros que contrataba la junta de vecinos o el club deportivo y cada familia se preparaba días antes para el acontecimiento. Recuerdo que la noche anterior los niños no dormíamos, excitados por las expectativas del paseo. Mi madre en la cocina preparaba un pollo, hervía huevos duros y zurcía los trajes de baño, pasados de moda, desteñidos, con los elásticos sueltos por el uso familiar. Salíamos de madrugada en la micro vieja que siempre quedaba en pana en mitad del viaje. Y allí en la carretera, eran horas que debíamos esperar al chofer que solucionara el desperfecto. Casi al mediodía recién cruzábamos la cordillera de la Costa, y entonces, antes de verlo, el mar nos llegaba en la brisa fresca y en ese olor a yodo que anunciaba la salada presencia. Y en un recodo, al doblar una

curva, el dios de las aguas nos anegaba los ojos con su azulada inmensidad. Era tan fuerte la impresión, que no podía compararse con mil lagos, ni con mil ríos, ni siquiera con las cataratas de la inundación invernal. Hasta ese momento, nunca antes experimenté esa conmoción de inquieta eternidad, solamente la visión del cielo podía asemejarse a ese momento. Era como tener el cielo derramado a mis infantiles pies. Era como ver el cielo al revés, un cielo vivo, bramando, aullando ecos de bestias submarinas. Un cielo líquido, que se extendía como una sábana espumosa más allá, infinitamente lejos, hasta donde mis ojillos de niño pobre no podían llegar. El resto del día playero transcurría como una película vertiginosa; todo era correr, jugar, hacer castillos que desmoronaba la marea, mojarse el poto en el agua como témpano, comer pollo masticando arena, quemarse como jaibas para demostrar que fuimos a la costa. Todo era así, rápido como película de Chaplin, y luego, cansados de tanto güeviar, regresábamos en la misma micro escuchando los quejidos de insolación que emitían los curados dormidos a pleno sol. En realidad, ese paseo poblacional era una tortura, un día agitado de maratónica playa. Aun así, pequeño niño boliviano, te puedo contar cómo conocí la gigante mar, y daría todo para que esta experiencia no te fuera ajena. Incluso, te regalo el metro marino que quizás me pertenece de esta larga culebra oceánica. Tanta costa para que unos pocos y ociosos ricos se abaniquen con la propiedad de las aguas. Por eso, al escuchar el verso neopatriótico de algunos chilenos me da vergüenza, sobre todo cuando hablan del mar ganado por las armas. Sobre todo al oír la soberbia presidencial descalificando el sueño playero de un niño. Pero los presidentes pasan como las olas del mar, y el dios de las aguas seguirá esperando en su eternidad tu mirada de llocalla triste para iluminarla un día con su relámpago azul.

CHALACO AMOR
(Sinopsis de novela)

Hilando babas en el deambular santiaguino del dos mil cuatro, vitrineando nenes a la deriva del sol friéndose allá tan lejos, a punto de cruzar la calle cuando cambia el semáforo a rojo y un brazo macizo me toma, me sujeta, me detiene, me salva de un atropello seguro. Entonces miro a mi musculoso salvador exclamando: Te debo la vida, ¿qué puedo hacer por ti? Y él con un acentito compungido contesta: Mire, yo necesito... ¿Tú eres peruano?, lo interrumpo, reconociendo al toque el susurro cantado de ese vecino hablar. No es así, me contradice con firmeza, soy de Ecuador, pe. (Allí entiendo que algunos peruanos no se reconocen, por la chilena segregación). Bueno, está bien, ¿qué quieres que haga por ti? Necesito un certificado de trabajo para renovar mi visa, explica mirando con ojos de achinada urgencia. Ahí veremos, digo, dándome tiempo para agregar: pero ahora podríamos tomarnos una chela, yo te invito, vivo aquí cerca. Si no es molestia, pe, dice empujándome a cruzar la calle con su musculatura de cobre.

Y así nos fuimos, del puente al conventillo, charlando del difícil tránsito de la inmigración por estos rieles del confín sudamericano. Yo conozco tu tierra, le digo ya en casa llenando su copa. ¿Fue a Ecuador, pe?, insiste en mentir. Te hablo de Perú, yo tengo un cariño especial por tu país, y no tienes para qué seguirte negando conmigo. Además, se te nota en el pe. Solo ahí lo veo desplegar su marfil sonriente, con más relajo. Así es, no lo puedo engañar pe, soy de Arequipa, la segunda ciudad de Perú, se confiesa. ¿La conoce? ¿Ha estado por allá? Varias veces, contesto. Es una novia del altiplano esa bella ciudad blanca donde campanean las iglesias. Qué manera de haber iglesias y tomar cerveza arequipeña, digo levantando la copa. Es hermoso tu país, agrego melancólico cerrando los ojos al evocar en la distancia ese mochilero peregrinar. Hace veinte años que no voy por allá. De jovenzuela recorría aquel tránsito carretero de Chile a Perú. Iba de andariega por el Pacífico, y los veranos corrían al borde corazonero de mi errante aventurar. ¿Así conoció Arequipa? Mira, siempre pasaba por allí camino a Cuzco, tú sabes, es la misma ruta de viajeros, hippies y turistas que regresan a Machu Picchu cada año. Pero en el último viaje, cerca del año '80 puede ser, luego de cruzar la frontera saliendo de Chile, llegué a Tacna, esa ciudad de paso, solo para cambiar dólares y seguir rumbo a Arequipa. Pero ese día algo pasaba, porque no había cambistas en la plaza. Y estando sentado en un banco, esperando que aparecieran, conozco a un chico limeño del Callao que me invita a tomar un cervézón. Ese era el Roger, de largo

pelo rizado, con veintidós años auestas y, bueno, yo lo llevaba en algunos pero no se notaba tanto con mi pinta hipposa. Era bien chévere el pata, simpaticón, coqueto, y con unos ojillos dorados que bailaban marinera en sus mejillas tostadas. Y qué haces aquí en Tacna, interrogué al Roger a través del cristal de la cerveza. Mira, la verdad es que vengo de Iquique, donde ustedes tienen puerto libre. Allí compro bluyines Levis como este, chaquetas de colores bien chévere, estéreos y zunguitas Calvin Klein como esta que tengo aquí. Y se bajó el jeans para enseñarme el elástico estampado de su bikini ondero. Estas cosas yo comercio y otras más que en Lima no hay, pues patá, siguió hablando con ese mecer de «eses». Con esa caricia de lengua el Roger me hizo perder el bus a Arequipa arrastrándome a la noche cervecera. Y para qué vas a irte por donde van todos los gringos, ándate conmigo a Ilo, que es un puerto rebonito y de allí tomamos el bus a Arequipa. Yo no puedo ir de Tacna a Arequipa, porque hay control de aduana, me quitan todo el contrabando. Anda, di que bueno, pata. ¿No querías ver el mar? Ya, di que sí, pata. Vamos juntos y lo pasamos de rey. Mientras iba convenciéndome, su abrazo comprimía mis hombros caminando juntitos en la calle tierrosa de Tacna. Como siempre, la cerveza y un par de ojos amables me ablandan, y sin pensarlo mucho me quedé chicheando en ese pueblo de frontera, creyendo tomar el rumbo a Arequipa la mañana siguiente, pero pasó la noche y llegó el otro día y ni la Virgen María me podía apartar del Roger, recorriendo juntos cantinas oscuras y mercados cevicheros, riéndonos a pata suelta con los parroquianos relatándonos su anecdotario gitano de burreros y movidas de contrabando. Éramos dos amigos de improviso, secretamente atraídos por el destino incierto de esa mágica conexión. Entonces yo no tomaba tanto, con dos chelas quedaba raja. Por lo mismo, no me ponía excesivamente cariñoso. Y para el resto de los peruanos, solo en el mirar horizontal de nuestros ojos podía recostarse el oleaje callado del prohibido amar. ¿Sabes por qué me gusta Perú, Roger? No sé, pata, dijo poniendo cara de yo no fui. Porque aquí no siento que es un pecado tener los ojos pequeños. Tengo un algo de por aquí, canturrié sonámbulo, mientras salíamos del bar encaminándonos a la parada del bus que partía anocheciendo al puerto de Ilo. Era un furioso y contenido amor lo que me llevaba colgado de su hombro como una ebria mochila. Un encandilado deseo de oír sus historias fronterizas, de poner mi atención aspirando el vaho de su pimpollo eructo cervecero. El Roger estaba allí, para ser consolado, a esa edad, cuando uno cree que toda carretera humana conduce al paraíso. Y al llegar el bus seguimos riendo, subiendo las mochilas entre canastos y bultos de chamantos que iban acumulando las mamitas encima nuestro. Al final quedamos enterrados en una montaña de olores coloridos cuando el motor bramó su rugido de marcha. El desierto inmenso y areno encintó de bronce el zarandeo gelatinado

del viaje. Nada más que tierra y cielo por horizonte. Lomas lilas y cerros malvas... y en el estómago el cosquilleo extraño que produce la ternura de una pendeja ilusión. En la radio del bus sonaba Silvio Rodríguez, alguna canción que no recuerdo. El casete se lo pasó el Roger al ayudante del chofer que lo puso sin hacer problemas. Y allí, dando vueltas y vueltas por la escarcha atardecida del dorado arenal, el Roger me hablaba a saltos del bus en mi mojada oreja. Al recordarlo, te digo que casi era feliz, sintonizando mi oreja solo por atesorar el olor perfume de esos andinos parajes. Ya era noche profunda, los pasajeros roncaban en silencio el rumor de su fatigado acezar. Pasaban las lomas cobrizas, azulmente resplandecidas, las lomas, por la gasa fosfórica del sideral anochecer. Todo era tan bello, tan plateada la penumbra en el ronco tranquear de la micro, que alguna mano equivocó su destino de saludo y rozó en el entusiasmo la montaña mágica y semiarguida del jeans. El Roger no se inmutó, hizo como que nada, y en el vaivén quebrado de las curvas camineras quedamos tan cerca, tan cerquita, que su boca chola parlotando me salpicaba una garúa de besos. Pero allí el micro rechinando se detuvo, en pleno desierto, en plena noche, en pleno romance: Que baje el chileno, gritó un milico en la pisadera. Y el único chileno era yo, así que como pude bajé del bus enfrentándome a la cara hosca del soldado. Baje sus cosas, ordenó sin mirarme. Pero yo ando de paseo, aquí está mi pasaporte y mi visa de turista, dije relajado, pensando que era un control más de los muchos que efectúa la policía peruana a los extranjeros en esos caminos. Baje sus cosas, repitió automática, sin escucharme. ¿Qué pasa, Pedro? Por una ventana se asomó el Roger, preocupado. Con un gesto lo hice callar y procedí a bajar mi mochila interrogando al militar acerca de por qué, qué hice, soy turista, no tienen derecho a detenerme, mientras el bus se perdía en una hoguera de polvo. El milico era una estatua inca que sin abrir más la boca me indicó que entrara a una caseta, que era lo único visible en kilómetros. El desierto, el pendejo impávido sujeto en el fusil, la noche altiplana, el silencio y yo exigiendo una explicación. Por más que traté de sacarle palabra, no conseguí nada... y el tiempo pasaba lento, arrastrándose por el callado salar. Nunca me había ocurrido algo así en los viajes a Perú, más allá del continuo bajar y subir de buses para ser controlado por la PIP (policía peruana), pero eso lo tenía asumido y me bancaba la diligencia. Sin embargo, esto era otra cosa, porque pasaban las horas y no tenía ninguna respuesta. Creo que en un instante, víctima del nerviosismo o el cansancio, cerré los ojos un momento y caí en el océano del sueño. Solo un potente grito me hizo saltar aterrado. Identifíquese, me decía un milico cuarentón escoltado de otros cinco apuntándome con bayonetas. ¿Qué hace por acá? Conociendo, visitando Ilo que me dijeron es un puerto muy lindo. ¿Cómo supo de Ilo, quién le dijo cómo era? Un amigo. ¿Qué amigo? Un amigo de Chile.

Parecía un interrogatorio nazi. Y yo ahí, en medio de esa soledad, tartamudeando un rosario de explicaciones absurdas, tratando de no mencionar al Roger, sintiéndome encañonado, acusado de no sé qué, y nadie me decía nada, solo después de registrar mi equipaje minuciosamente incluso escuchando hasta mis casetes y leer mi diario de viaje, luego de una hora me ordenaron subir a un jeep con mi mochila y el vehículo enfiló por el camino al puerto de Ilo.

Al llegar por la única calle que bordea la costa, el jeep se detuvo frente al cuartel y otra vez las preguntas, nuevamente el interrogatorio incansable, y solo después de eso el milico jefe me dijo con aire paternal: Usted está metido en un gran problema. ¿No se ha enterado de lo que ocurrió hoy día? Claro que no, dije perplejo. Se ha declarado la guerra con Ecuador. Y en este puerto está la Armada del Perú. Usted como chileno se encuentra en un lugar estratégico para nosotros. ¿Qué hace acá, fuera del itinerario turístico?, gritó golpeando la mesa. Ahí caí en la cuenta de que en ese lugar yo podía ser Mata Hari. Y con todas las broncas que hay entre las tres naciones, pensé aterrado, y sentándome lacio en una silla repetí desfalleciente: lo entiendo, señor... recién lo entiendo. Parece que el milico jefe intuyó mi inocencia, pero con igual sospecha y viendo mi agotamiento ordenó: Usted ahora se va a alojar en el hotel de Ilo, y no podrá salir ni hacer abandono de este, pues estará con vigilancia permanente. Y le repito que se encuentra en calidad de extranjero detenido en estado de guerra. Y mirándome con ojos de pólvora agregó: mañana en el primer bus que salga usted se marcha de aquí. Bueno, después de eso, arrastrando los pies, cansada como yegua, llegué al único hotel custodiada por dos milicos que se apostaron en la puerta. Luego de anotarme, mientras un soldado le explicaba todo, el nochero me llevó por un pasillo lúgubre y abrió una habitación con dos camas. Y sin decir palabra me dio una mirada de recelo y se retiró dando un portazo. Uf, qué día, pensé. Y todo empezó con el Roger, con ese nombre del grupo Menudo. Recién me acordaba del pendejo de mierda que al cambiarme el itinerario me había metido en ese lío. Entonces, alguien cuidadosamente golpeó la puerta. Toc-toc-toc. ¿Quién es?, interrogué estrujando la aterrada serenidad. Soy yo, Pedro, ábreme. Alguna arteria de mi corazón vibró en una música ligera. Pasa, pasa, lo invité en un murmullo. Y cuando cerré la puerta... nos anudamos en un frenético abrazo. Y al borde del sollozo dije: ¿Qué haces aquí? Estoy alojado en la habitación vecina. ¿Cómo te han tratado estos perros, mi pata?, susurró apenado en mi oído. Allí me despegué de sus brazos y fui a la ventana (era una escena de película). Me humillaron por ser forastero (un film de Greta Garbo en la legión extranjera)... Hablé bajo, mirando la insondable negrura del mar ronroneando a lo lejos. Gracias por no nombrarme, dijo el Roger con emoción.

Nunca fui delator... nunca... menos contigo, aunque te conozco tan poco... apenas dos días (ahora la escena se teñía de lacre pasión). Él vino por atrás y me estrechó fuerte apegando su carne tensa en mi espalda. Me siento tan culpable por todo esto, no sé qué decirte, patita. Hubiera congelado la pose, solo por oler eternamente la fragancia hombruna de su apoyo. Pero, casi serena, giré sobre mi eje en el lazo tibio de sus bíceps e inyectándole el pardo musgo de mis ojos exclamé: No hay culpa, querido, aún estamos vivos, ¿no? Entonces vamos a celebrar, dijo él con repentino entusiasmo. ¿Y cómo?, si no puedo salir, me arriesgo a que me maten. Tú eres valiente y atrevido, pata, vamos a tomar un pisco por ahí, yo sé dónde hay. Ven aquí, dijo estirándome su mano, salgamos por la ventana. Y otra vez me vi empujado por los vaivenes del corazón. Como una chicuela inconsciente escapé con el Roger esquivando a los guardias, y nos perdimos en la felpura nochera arrebatada por el ritmo pánico del adolescente ardor. Caminamos varias cuadras escondiéndonos en los rincones cuando sentíamos un motor, y así llegamos a una puerta que se abrió tras los golpes en clave que hizo el Roger. Y una mano pálida estiró una botella y luego agarró los billetes. Salud, mi pata Pedro, brindó el chico pasándome el llameante alcohol. Sentí un volcán eyaculando su lava en mi garganta, y exclamé: Bueno, ya estoy aquí, por lo menos me encuentro en buenas manos. Y el Roger apretó mi diestra y tuvo la intención de humedecer mi boca con su aliento, pero no lo hizo, y el gesto se congeló por un ruido de sobresalto que rechinó en alguna esquina. Vámonos al hotel, susurré preocupada, los milicos pueden venir por aquí. Y de sombra en sombra, y de sorbo en sorbo, volvimos al hotelucho otra vez encaramados por la ventana. Estás más tranquilo ahora, Pedrito, me relajó el Roger con infante candor. Un poco, contesté simulando temblar. Recuéstate, debes estar cansado, mi pata, dijo abriéndome una de las dos camas. Aún me queda otra sorpresa, murmuró metiendo su mano en el bolsillo. Era un simple pito de mariguana que hizo girar en sus dedos. Pero en esos momentos aquel huiro de yerba era un verdadero milagro. Lo miré con toda la ternura que endulzaba mis ojos miopes. Eres un mago, canté. Y ya no pensaba en mi condición de prisionero de guerra, ni siquiera los acorazados de la bahía me daban miedo cuando el Roger encendió el fumo, lo puso delicadamente en mis labios y suspirando se tendió largo en la otra cama. Parecemos dos barcos a la deriva, recité conteniendo el humo verde. ¿Dos barcos de guerra?, preguntó aspirando el cuete compartido. Como los de la Guerra del Pacífico, dije divertida. Entonces yo sería el acorazado peruano *Huáscar* espoloneando a la corbeta chilena *Esmeralda*. No, Roger, esta noche bélica prefiero creer que somos dos navíos en remanso, arrastrados por la marea, musité soltando una aureola de vapor canabis. Dos barcos que en el adormecido acunar de las olas

casi se tocan, casi se juntan, casi... ya no son dos barcos... Son dos camas que quieren ser un solo barco, dijo leve completando mi soñar. Un silencio de burbuja flotaba esperando que uno de los dos tomara la iniciativa y se pasara al lecho vecino. Ni siquiera nos atrevíamos a respirar... cualquier suspiro podía trizar esa cúpula. Pasó un segundo, diez, pasó un minuto, y en el momento de la decisión, la puerta que estalla a patadas, la puerta que se abre en un batallón de milicos entrando, gritando, ordenándole al Roger. Levántate. ¿Qué haces aquí? ¿Quién eres tú, pendejo? ¿Cómo se conocen? ¿Dónde está tu equipaje? ¿Son novios? Y eran tantas preguntas y tan rápidas las respuestas tartamudas que no recuerdo bien qué contestamos, qué dijimos aterrados, encañonados por las metracas, titubeando, sudando el hielo vertebral del miedo. Solo recuerdo que a mí me sacaron con mi mochila a empujones del hotel, trotando hasta la parada del bus, y subí escuchando las órdenes de no vuelva más por aquí, ¿escuchó? Y recién al sentarme en un asiento, observado con curiosidad por los pasajeros, pude mirar a través del polvoriento cristal, y esa fue la única visión que tuve de Ilo al amanecer, con sus casitas pintadas, en contraste con el azul galáctico del mar lamiendo la playa de espumoso tul. Al partir el bus divisé por la calle al grupo de milicos que traían al Roger cogido de los brazos como un forajido. Después y mucho después, cuando la fumarola del viento evaporó el garabato tornasol del puerto, seguí viendo la cara del Roger y la seguí viendo por mucho rato. Como si fuera un color más del paisaje terracota que circundaba la aridez horizontal. Y usted pe, ¿volvió a encontrarse con Roger? Casi después de un mes, pero entremedio pasaron muchas cosas, mucha gente. ¿Quieres otra cerveza?

Iba a ser la medianoche en la azotea de mi casa, en Santiago, y con el peruano del semáforo habíamos bajado varias chelas y yo recordando, dele rememorando veinte años atrás con menos edad y más pelo en esas andanzas por el altiplano de los ochenta. Por entonces ustedes no emigraban hacia Chile, afirmé llenándole el vaso. No mucho pe, era otra la situación económica en mi país, contestó sediento, coronando sus labios de espuma cervecera. ¿Y cuándo volvió a ver a Roger?, insistió, acomodándose para oír el resto de la aventura. Después de que me echaron de Ilo llegué a Arequipa buscando alojamiento, bastante escaso, porque los turistas repletan aquellos hostales baratos donde duermen hasta veinte mochileros en piezas comunes. Y allí, en medio de la plaza, averiguando lo mismo, conozco a Juan Carlos Undurraga, un chileno flaco como garza enlutada, pero con diecinueve años de melancólico añorar. Me gustó el chico al instante por feo y cuico. No sé, pero la contradicción de su apellido pije y su morena humanidad en la ruta de los progres que salían de Chile. Los izquierdillas que

huían de este país arrasado por las botas, chicos buscando una utopía americanista, leyendo a Neruda, a Benedetti, entonando el canto nuevo... *Qué lejos está mi tierra y sin embargo tan cerca. Si te quiero es porque sos mi amor, mi cómplice y todo.* Jóvenes que estudiaban antropología, arte, literatura o sociología, como el caso de Juanca, como lo traté recién conocido, y él con una mirada sospechosa interrogó: ¿Y en qué parte está ese hotel donde encontraste pieza? Aquí nomás, frente a la plaza. Peor quedarme en la calle, pensó él para sus adentros, y así tuve un nuevo partner de viaje, con el cual alojamos y recorrimos Arequipa encandilados por el oro sacramental de sus altares, sus iglesias de piedra nevada y el convento de Santa Catalina, una joya de la humanidad, una pequeña villa donde las monjas de la Colonia clausuraban su vida terrena entre barrotes y celdas de castigo. Qué contradicción, dijo Juanca mientras escribía una carta postal, sentado en las escalinatas del convento. Mira, Pedro, nosotros arrancando de la dictadura y venir a meternos en este católico y tétrico encierro. Yo no le contesté, pero alcé la cabeza del dibujo que trazaba en mi cuaderno, y una extraña ebullición de ternura sentí fluir en sus palabras. Era un niño triste, un Undurraga de clase pero amargado por el drama que vivíamos los pobres en el Chile milico. En los tres días que paramos en Arequipa a veces nos separábamos para recorrer los laberínticos pasajes de los mercados, yo me quedaba horas dibujando esas manos morochas hundidas en la acuarela de sabores picantes y condimentos cevicheros. Qué beijho dibujo, comentó alguien sobre mí. Y al levantar la cabeza, enmarcada por el violento azul del cielo, vi a aquella virgen llamada Simonne que, sin esperar respuesta, se instaló a mi lado hablando en su portuñol carioca como si nos conociéramos toda la vida. Y por ese día no nos separamos mais, riendo, saboreando esas papayas, sandías y mangos lechosos que chorreaba su boca sambera. Nunca conocí a una mujer igual que, por esa tarde, me hizo olvidar el puerto de Ilo y su detención de guerra, al Roger y su contrabando de marcas, al Juanca y su filosofar depresor, a la dictadura chilena y todo el penar que arrastraban mis pendejos años. Con Simonne, amigajos del instante, íbamos abrazados por el empedrado de las calles chuecas, nada nos importaba un carajo. ¿Nunca estuviste con una muller?, me sorprendió ella con una dorada mirada gatuna. Nunca, jamás, afirmé con desplante coliza. Pedro, tú me gustas muito... tanto... que... podría enseñarte. No supe qué responder, porque Simonne no ejercía ese chantaje reformador que algunas mujeres me habían propuesto en la vida, tratando de virilizar mi primitiva homosexualidad. Simonne lo proyectaba casi como un juego, como un rito en expansión de la siempre cambiante erótica de los cuerpos. Si voce quiere, no mais... murmuró dejando caer una sutil interrogante. No contesté, tampoco hice ningún comentario, y con esa posible o imposible duda nos separamos,

jurando encontrarnos otra vez a lo largo de ese patiperrero viaje. ¿Y Juan Carlos?, el chileno, pe, insistió el peruano del semáforo. Con Juanca viajamos esa noche a Puno, Juliaca, y luego a Cuzco, como estaciones del peregrinaje místico a la ciudad de los cóndores, ese nido de piedra llamado Machu Picchu. En Cuzco nos juntamos en el hostel con otra gente, y nos emborrachamos con chilenos, gringos, argentinos y brasileños. Un día amaneció nublado y nadie del grupo quiso acompañar a Juanca a recorrer las ruinas cercanas. Como a tres kilómetros de Cuzco estaba Kenco, una construcción muy enigmática que él quería conocer. Pero hay que caminar tanto, está muy lejos, dije haciéndome la muñeca. Vamos nomás, Pedro, anímate que te va a gustar. Y como siempre partí, caminando junto al Juanca kilómetros y kilómetros subiendo y bajando, encaramándome en esos andamios de piedra como cabra de cerro. Todo por el lindo, el feo lindo, que mientras caminábamos alejándonos de la ciudad imperial me hablaba de sus amores, de su novia que en Santiago lo extrañaba como el verano a la lluvia, porque era verano, pleno febrero. Y después visitamos el piedral solitario de la ruina, que en verdad era bellamente misterioso, una caverna subterránea donde la luz zigzagueaba a través de ventanales trapezoides. En la época inca, el sol se reflejaba en discos de oro y así, espejeado, conducían el fulgor solar hasta el fondo de la cueva, me enseñaba el Juanca como si alfabetizara a un niño. Yo también tengo una cuevita, pensé chistosa. ¿De qué te ríes?, me preguntó mientras salíamos al campo esmeralda de puro verdor. De contento, puede ser, es bonito viajar contigo, aprendo tanto, agregué mirando el cielo gris que en segundos se desrajó en un violento aguacero. Llovía a cántaros, el cielo se derramó con violencia, y nosotros a pleno campo, corriendo, buscando un techito, un arbolito para guarecernos. A lo lejos, la nebulosa de un gran árbol nos hizo correr empapados hasta llegar a ese paraguas benefactor. Estás entumido, dijo el Juanca, por primera vez hablando de mí. La espesa cortina de agua hacía ver el lomaje intensamente verdeazul. Nadie en kilómetros, Santiago estaba tan lejos, su novia estaba tan lejos, el mundo había desaparecido y nosotros muy cerca bajo el tupido follaje. Este árbol es tan grande y solitario como un bao-ba, dije tiritando. Te acordaste del Principito, exclamó Juanca y volvió a preguntar: ¿Y quién sería el zorro? Tú pareces un espigado zorro urbano, contesté recorriendo su hilachenta nervadura morocha. «Entre los hombres también se está solo», me escuché agregar, citando el único verso que recordaba de ese libro tan nombrado por los siúuticos de una época. Somos dos, habló Juanca, mirando con desilusión la perpetua lluvia que no dejaba de caer. Hubiera querido, en ese instante, abrazarlo, estrecharlo para cobijar así su infante y existencial decepción. Ser como otro árbol para brindarle la sombra fresca de mi tibio amor. Tú te enamoras de todos, pe, me interrumpió irónico el peruano

del semáforo. Lo miré sin escucharlo, llené su vaso de cerveza y seguí evocando como si estuviera sola. La lluvia en Cuzco dejó de caer hacia el final de la tarde y, justo antes, el sol miró para atrás, asomando su ojo de bronce entre las nubes. Y allá, por ese largo camino de oro, íbamos con Juanca de regreso a la ciudad en un silencio extraño y casi religioso, se podía escuchar el sonido de las tardías gotas que resbalaban en la maleza. El grito de un pájaro quebró la tarde con su zampoña estridente. Nunca voy a olvidar este día, suspiró Juanca a modo de epitafio. Será nuestro secreto, mentí, sabiendo que en algún futuro lo iba a escribir. ¿Y lo escribiste, Pedro?, preguntó el peruano del semáforo con avidez. Quizá, volví a mentir (y ahora que lo escribo es la tercera vez, y escucho a lo lejos el canto del gallo que decora estas letras en la caracola de los tiempos). A la mañana siguiente, Juanca se despidió del grupo y partió sin rumbo dejando atrás lo dicho y lo no dicho. No sabía que el destino nos había preparado una última sorpresa. ¿Se volvieron a encontrar, pe?, interrogó el peruano, un poco aburrido de tanto empalagoso sentimiento. Sí, lo volví a ver en Lima, nos encontramos en la Universidad de San Marcos, semanas más tarde, en un festival de cine sobre Chile prohibido por la dictadura. También encontré a Simonne, ¿te acuerdas de ella? Claro pe, la brasilera que estaba enamorada de usted, dijo el peruano del semáforo bostezando. Al encontrarnos en Lima, los tres nos abrazamos y juntos vimos la película *Missing*, de Costa Gavras, y salimos llorando. Simonne entró a ver *Llueve sobre Santiago*, que nosotros ya habíamos visto, y los dos con Juanca, contentos de volvernos a encontrar, recorrimos los edificios rayados, coloridos, grafiteados de consignas antiimperialistas, y reímos imaginando lo imposible que era eso en las controladas universidades chilenas. Ella es preciosa, comentó Juanca, pensando en Simonne. Muy linda, le reafirmé cambiando rápidamente de tema. ¿Y dónde estás alojando? Para variar, dijo preocupado, no pude encontrar hotel, está todo lleno. O sea, estás en la calle. Sí, guardé mi mochila en el terminal. Y tú, ¿dónde estás? Yo encontré un hotel piojento de unos chinos cerca del palacio presidencial. ¿Y tendrán alguna cama?, solo por esta noche, porque mañana parto a Ecuador. Yo creo que igual está lleno, pero consultemos si quieres; en todo caso, si no hay lugar podemos compartir mi pieza... solo que hay una sola cama. Peor es quedarme en la calle, murmuró resignado. Y partimos hacia el centro de Lima, hasta el hotel donde un chino viejo movió la cabeza negando toda posibilidad de hospedaje. ¿Y si le pagamos, él puede quedarse en mi habitación?, le pregunté sacando unos dólares arrugados. El chino se encogió de hombros, agarró los dólares y dijo entre dientes: ahí ustedes se las aleglan. En la calle colgaba un destartalado cartel donde se leía Hostal Shangay. El edificio era sombrío y mugriento, con muchos cuartos donde los gringos mochileros estiraban sus huesos, haciéndose los andrajosos después de

recorrer la cordillera andina. Era el último lugar barato, la última posada antes de volver a su limpia Europa. Juanca se tapó las narices al pasar por los baños comunes. Y bueno, es lo que hay, dije abriendo el pedazo de puerta amarrada con alambre. Solo una cama estrecha y una silla bordada de telarañas se divisaban en el lúgubre interior. Abre la ventana para que entre luz, dijo con la voz ahogada. No hay ventana ni ampolleta, solo tenemos esta vela para alumbrarnos. ¿Tienes fuego? La frágil llama de la vela le dio un aire espectral a los altos muros donde crecían nuestras sombras. Juanca se sentó en la silla mirando la delgada cama que íbamos a compartir, luego me observó con una pregunta temerosa. Yo bajé los ojos, sumisa, temblando, entregada al futuro tacto de su cuerpo febril en el lecho. ¿Vamos a comprar un pisco?, exhaló angustiada para darse valor. Mientras caminábamos a la botillería, Juanca no dijo nada, algo de él intuía que de esa situación no había escapatoria, más bien algo de él pudiendo hacerlo no quería escapar. Y deseaba que el alcohol lo ayudara a entregarse al cachero acontecer. Luego, al regresar, a mí también el largo sorbo de pisco me calmó un poco la tembladera. Estás tiritando, Pedro, qué te pasa, tómate otro trago. Me dio un poco de frío, me voy a acostar, ¿puedo apagar la vela un momento?, le contesté desvestiéndome rápido para cobijarme en las sucias mantas. Pero ¿cómo tienes frío, si hace tanto calor?, dijo más seguro dilatando el momento. Luego se paró de la silla y caminó por la pieza empujándose la botella. ¿Te vas a quedar en pie toda la noche?, tengo sueño, cuidadosamente deslicé la invitación. Espérate, me tomo lo que queda y me acuesto. Tenía ganas de hablar, de preguntarme, pero no lo hizo. Al zigzagueo flameante de la vela nuevamente encendida se soltó el cinturón y dejó caer sus bluyines al suelo, luego deshojó uno a uno cada botón de su camisa y también la dejó caer, quedando en calzoncillos blancos que lo hacían ver más cholo, más flacucho y peludo, como un zancudo de acequia. Estoy flaco, ¿ah?, preguntó semiebrio eructando el pisco. Ni tanto, le mentí, acurrucado como oruga en el extremo de la cama. ¿Quieres fumar?, estiró el paquete mientras deslizaba bajo las mantas sus velludas piernas rozando las mías. No me moví, una eléctrica tensión me tenía momificada, sintiendo a ratos sus costillas de galgo reposadas en mi brazo. Los pelos conectados entre las piernas se erizaban en levísimos chasquidos de erótica combustión. Cada temblor, cada roce, cada movimiento podía incitar al desenlace. ¿Te acuerdas, Pedro, del bao-ba en Cuzco?, dijo soltando un humo azul que culebreó en la grieta de luz filtrada desde el techo. Era un hilo de luz sucia cayendo justo en mitad de su desnudo torso. Esa geométrica claridad alumbró fosfórica la penumbra. En la línea de luz, su perfil aguilucho hablando y fumando mordía el cercano recuerdo. El guión de luz, desde su pecho, bajó palpitante hasta su elástico vientre, llegó a latir afranelado

en su tenso montículo genital. Sí, me acuerdo del árbol del Cuzco, contesté después de un rato. Pero tú también tienes un bao-ba. ¿En el corazón?, musitó romántico. No, entre las piernas, me atreví a comentar con lujuria. Juanca no dijo nada, como si no hubiera entendido, pero su respiración tan cerca agitó el ritmo, y una ola de calor nos movió a acomodarnos doblando las rodillas, estirando una pierna, girando la cadera, buscando la mejor postura para amoldar la transpirada proximidad. Y en esos embates lo presenté erecto. No hacía falta tocar ni que yo soltara la tarántula investigadora para saber que en su repentina mudez se debatía acalorado un animal entre rejas. Lo miré de perfil y Juanca había cerrado los ojos. En su frente, una gota de sudor perlaba la ebullición calentona que venía a rebasar su embriagado vaso. Tuve la idea de acelerar el proceso y estirar la mano, pero en el momento de mover un dedo, la voz del chino en la puerta nos sobresaltó gritando: Afuela hay una señolita que quiere hablal con usted. Parecía una pesadilla, pensé vistiéndome furioso para salir afuera y putear a quien me cagaba la onda a esa hora. Y allí estaba la maldita Simonne, que se tiró en mis brazos llorando, suplicando que por favor la dejáramos dormir allí porque estaba tirada en la calle con frío miedo. Y detrás mío salió Juanca, descalzo, y al ver a la Simonne le bajó una misericordiosa alegría. No podemos dejarla en la calle, Pedro. Hablemos con el viejo. Bueno, será mi destino, rezongué mordiendo el amanecer, donde se acuestan dos, pueden dormir tres. Y Juanca tenía razón: el chino, por unos dólares más, aceptó que Simonne se quedara. ¿Y se quedaron los tres juntos, pe?, saltó el peruano del semáforo, más despierto. Era una situación triangular rarísima, imagínate: yo enamorado de Juanca, él de la Simonne, y ella de mí. ¿Y se acostaron los tres juntos, pe?, insistió el peruano con burda malicia. Eso no te lo voy a contar, dejémoslo en el misterio de aquella noche tumultuosa. A la mañana siguiente se fueron ambos en distintas direcciones. Juanca a Ecuador, y Simonne regresó a Brasil. Para mí casi fue cómodo volver a mi vagabundeo solitario. Pero ya no me quedaba mucho tiempo de visa en Perú y menos dinero, casi nada, lo justo para el taxi al aeropuerto. Lo único que tenía asegurado era mi pasaje aéreo Lima-Santiago. Después de viajar distancias y fronteras, cansado como guanaco de carga por esas geografías del mochileo patiperro, siempre me aseguraba el cómodo regreso a casa. Un pasaje en AeroPerú, que luego pagaba a crédito. Cómo ansiaba volver al hogar después de tanta errancia pulguienta. Así, ese día partí del hostel Shangay rumbo al aeropuerto, que está bastante lejos de Lima. Había calculado diez dólares para el taxi, los últimos dólares que había guardado en mi pasaporte, pero al revisar el documento... al mirar hoja por hoja, nada de nada. O sea, estaba en el centro de Lima, a kilómetros del aeropuerto, y en una hora partía mi avión. La angustia en esos casos opera con ingenio de salvataje.

Rápidamente saqué de la mochila jeans, walkman, libros, cualquier cosa que rematar entre los transeúntes de Jirón de la Unión hasta conseguir algún dinero que ofrecí a varios taxistas por el traslado. A regañadientes, un gordo aceptó y, ya en el asiento, suspiré profundo calculando que tenía el tiempo suficiente para tomar el vuelo. Allí en ese relajado amé el paisaje limeño siempre gris nuboso, siempre deslavado en su bella arquitectura cicatrizada por los embates de la historia. El taxi cruzó La Colmena, rodeó la plaza San Martín y pasó frente al hotel Bolívar. Me recordó el Carrera de Santiago, con su esplendor neoclásico, sus bronce, vitrales, mármoles y sus porteros con esos uniformes aparatosos. En fin, ya podía respirar, Lima la vieja, la dama de la lisura quedaba atrás. Siempre cuando volvía a Santiago, en esa época, me embargaba una melancolía sobrecogedora al despegar el avión. Una alegría navideña de ver a mi mami, de dormir en mi cama, la casa, los amigos... en fin... era tan feliz en el regreso. Por eso, ni supe cómo bajé del taxi corriendo al mesón de AeroPerú, y al preguntar a la aeromoza por mi vuelo, ella, displicente, me informa: Su vuelo, señor, viene completo, por lo que no podrá viajar. Y bueno, sin un mango, sudado como caballo de circo, me senté en el suelo y le dije a la mujer: Yo de aquí no me muevo, no tengo ni siquiera cómo volver a Lima. No se preocupe, señor, AeroPerú se encarga de su estadía y traslados, como pasajero en tránsito. Afuera lo está esperando un avant para llevarlo a su hotel. Lo único que no está contemplado es el consumo de alcohol. Y entonces, de regreso a Lima, con otros viajeros reclamando por el abuso que hacían estas líneas al vender pasajes de más. Y en realidad yo no tenía ánimos para reclamar, estaba tan agotado de tanto vaivén en la madrugada del hostel Shangay, donde no pegué pestaña, que ahora solo quería descansar. Y apoyado en la mochila, dormitando, vi pasar de nuevo las calles atestadas de comercio ambulante de la ciudad virreinal, la avenida La Colmena y su movimiento vehicular de amplia calzada. Las plazas circulares con sus balconcitos y molduras de un tiempo más próspero. Sin duda aquí hubo mucho dinero, pensé, lo atestiguaba ese barroco esplendor de revenido diseño urbano. El avant se detuvo frente a la plaza San Martín, el lugar donde yiraban los taxi boys del comercio carnal. Yo pensaba que, por las molestias, nos alojarían en Miraflores, dijo enrabiada una chilena teñida de platino. Imagínese que el centro es lo más sucio y peligroso que hay. Pero el hotel Bolívar tiene más tradición, dijo la azafata, invitándonos a entrar. Allí recién supe que alojaría en el Bolívar. Y me bajé del avant para contemplar su imponente estatura, sus salones y terracitas donde tomar pisco sour con vista al traqueteo moreno limeño. Alguna vez fui a Miraflores; pero en Santiago, Providencia era lo mismo, con sus casonas de ricos venidos a menos convertidas en esos centros culturales donde babean las pitucas escuchando a Vargas Llosa. Toda esa alcurnia

decadente que siempre avalaron el fascismo y las dictaduras. Qué asco, pensé en voz alta. ¿Me hablaba?, dijo la cuica chilena arreglándose el pelo. Es el mejor lugar donde nos podían traer, dije con aplomo. Creo que aquí estuvo Fidel Castro, agregué con sorna ante la mueca de espanto que puso la mujer, seguramente pinochetista. ¿Y era verdad, pe, que Fidel estuvo en el Bolívar?, preguntó dudoso el peruano del semáforo. No lo sé, era solo por molestarla. Por dentro el Bolívar es cinematográfico. ¿Cómo así?, ¿es muy caro? Yo soy peruano y no lo conozco pe, dijo el chico con tristeza. Te digo de película, antiguo, con cortinajes, alfombras y esas cosas. No sé si en ese tiempo era caro, yo estaba ahí sin ningún peso. Además, con una pinta de hippie carretero que apestaba. Pero me trataron de reina, me dieron una suite con balcón a La Colmena y un baño privado de emperatriz colonial. Tomé por costumbre invitar a bañarse a todos los mochileros que encontraba en la calle. Y allí, solo ahí, me acuerdo de que el Roger me había dejado su teléfono de Lima. Te acuerdas de Roger, ¿no? El peruano contrabandista de Ilo, el de la guerra con Ecuador. ¿Y en todo ese tiempo no supiste qué paso con la guerra, pe?, comentó dudando de mi larga historia. Mira, debe haber durado poco, en Cuzco vi algunos desfiles milicos, algunas marchas con banderas y letreros que hablaban de los monos, así les dicen ustedes a los ecuatorianos. Pero nada más, tampoco yo andaba buscando manifestaciones patriotas. Con Pinochet en Chile ya teníamos bastante. ¿Y llamaste al Roger? Por supuesto, y le dije que estaba en el Bolívar. Y él no lo podía creer. Y vino altirito, y otra vez nos abrazamos y nos quedamos así juntitos un siglo. Y en el vestíbulo nos miraban, porque casi llegamos a las lágrimas, y sin soltarnos de la cintura subimos la escalera roja hasta el ascensor, emocionadísimos, y luego, reteencariñados, llegamos a mi habitación, donde se tiró en la cama y luchamos y jugamos recordando el hotel mugriento de Ilo. El Roger estaba recontento, de comérselo te digo, con esos rulitos, con esa pinta newyorker de chaqueta plateada y ese paquetón casi reventando el bluyín. Vine en mi moto, pata, dijo chasconeándose los rizos. Para que vayamos a tomar y fumar de la buena por ahí, pe. Y una vez más me vi arrastrado por el dulce horror de la pasión, volando en moto apretado a su cinturita rumbo a su lindo y sencillo barrio en el Callao. En una esquina me presentó a todos sus patas, contando una y otra vez (mientras piteaba) nuestra aventura en Ilo. Después, de bar en bar, de chela en chela, recorrimos el malecón chalaco flotando en la pericia de su motero conducir. Y luego y pronto y después, embriagada y mariguaneada como Perla Joplin, me llevó de regreso al Bolívar, donde subimos a mi suite a fumarnos el último cuete. Mañana hay vuelo a Chile y me tengo que ir, dije conteniendo la respiración. El Roger envolvía la yerba en un papelillo con sus dedos de seda morena. Levantó la cabeza para mirarme. Yo fui hasta la

ventana y descorrí el cortinaje. Más allá de la plaza San Martín, en la oscura distancia, temblaban amarillentas las bujías pobres del Rimac. Salí al balcón y apoyé mi cintura en los ribetes florales que alhajaban la baranda. Un leve brillo lagrimero espejeó solidario en las chispas castigadas del mugral. Lo sentí venir a mi espalda, como en el hotel de Ilo. Creí que, como esa vez, me iba a quebrar el talle coleóptero en la tenaza de su abrazo. Por qué no, si estábamos solos, tan tranquilos y seguros en esa escenografía para un elegante amor. Nos vamos a escribir, tú ya tienes mi dirección, exclamó a mi lado soltando el humo en anillos nupciales que desbarató alguna brisa. Nos queda toda esta noche, me declaré tigresca mirando el elegante lecho matrimonial. ¿Qué hora es?, respondió ojeando su reloj. Una cascada de frío escarchó las palabras. Puedes quedarte, no hay problemas, sugerí con cuidadoso recato. Pero ya las cartas de mi mala fortuna estaban echadas. No puedo, se disculpó simulando tristeza. Tengo que trabajar, completó la frase recogiendo su campera plateada. ¿Ahora trabajas?, ¿ya no te dedicas al contrabando?, dije ácida mordiendo cada sílaba. Sí, ahora trabajo porque quiero tener dinero para alojarme con mi novia en este hotel, me contestó con saña, aplastando el pito en la alfombra persa. No creo que te escriba, dije picada caminando hacia la puerta. Como quieras, agregó antes de salir empujado por el violento portazo que le di y que por mucho rato siguió retumbando en los vitrales imperiales del majestuoso Bolívar. ¿Y ahí terminó tu romance con el Roger, pe?, bostezó el peruano del semáforo mirando el amanecer. Así es, eso fue todo. ¿Nunca le escribiste ni supiste de él, pe? ¿Y para qué?, después lo entendí y supe que el Roger tenía razón al huir esa noche del Bolívar, porque aquello que pudo ocurrir en la emergencia de la guerra, en la tranquilidad ociosa de la paz era imposible. ¿Qué hora es?, preguntó el chico, con cansancio. Ya casi aclara, le respondí. Y también se fue, ribeteando el malva violáceo de un nuevo día al campanear los cristales del alba mi roto acontecer.

BÉSAME OTRA VEZ, FORASTERO

4/2/81

Tacna Música
Francia

Trago Foto Roger

Chileno

I 10

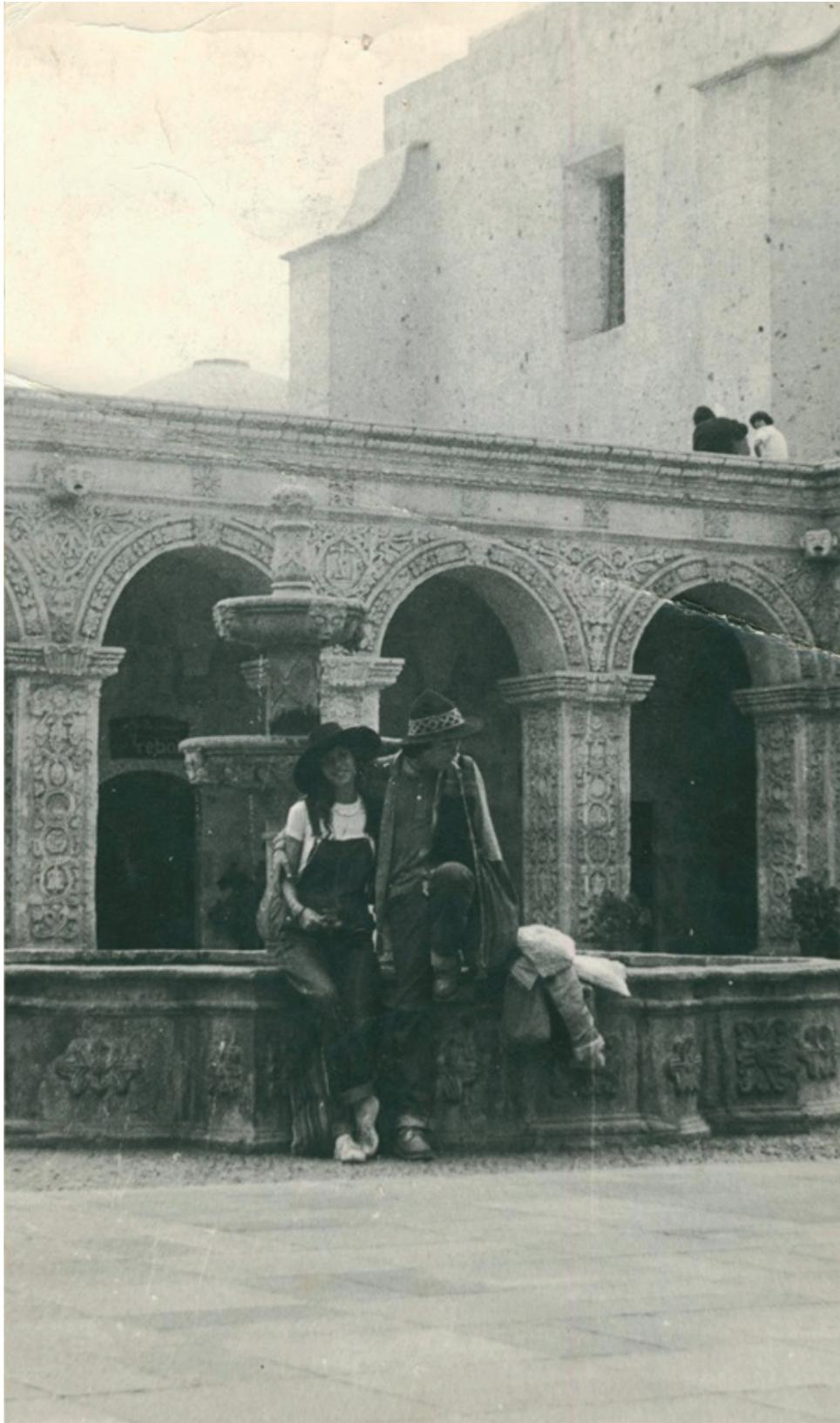
Peruano
Potos

Peruano

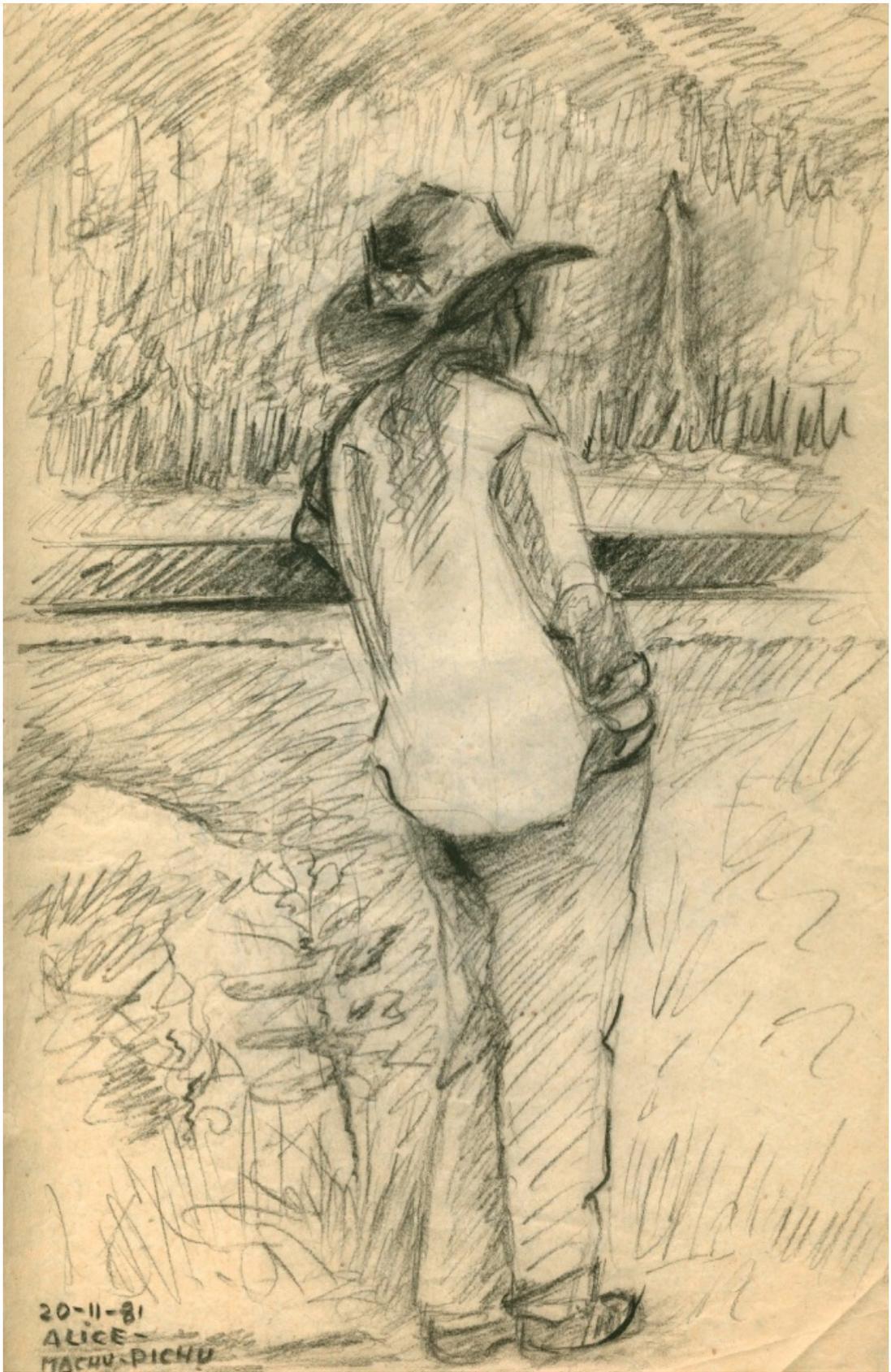
Peruano

Peruano
Potos

Peruano



Con Simonne en Arequipa, Perú. (Fotografía archivo del autor).



20-11-81
ALICE -
MACHU-PICCHU



18-11-81
AGUAS CALIENTES



303 - DRICA
ENERO - 81.



TREN DREUVIAX -
ENERO -81 -







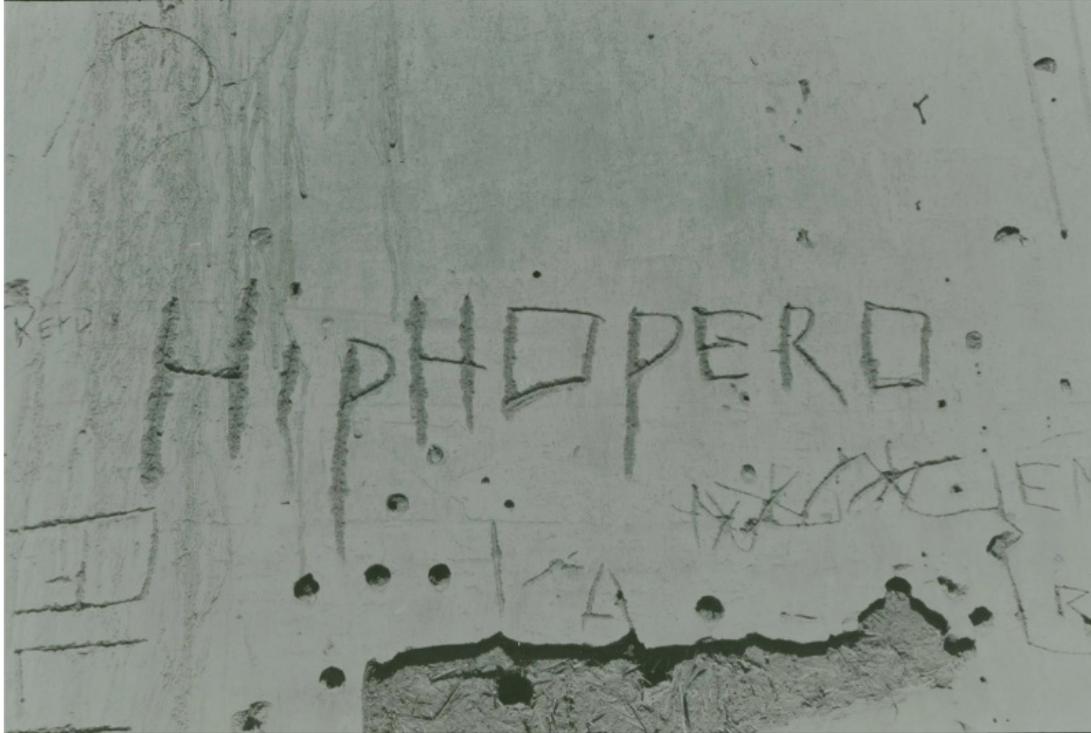
Con mi amigo Andrés Pavez, en su ausencia. (Fotografía de Álvaro Hoppe).



Junto a Coco Fusco en La Habana, Cuba. (Fotografía archivo del autor).



Petroglifo valle de Cuz Cuz. (Fotografía Cristiane Geroud).



Fotografía de Paz Errázuriz



Melancolía rapera. (Fotografía de Verónica Quense).



Desde Laguna Verde no se ve Valparaíso (Fotografía de Lorena Bonillo).



Canción para un niño boliviano, lago Titicaca (Fotografía Constanza Farías).

Carta I

Santiago sur, 10 de marzo de 1991, 3 p.m.

Mi niño rockero:

Mientras el verano agoniza, recuerdo que alguna vez fui feliz bailando contigo una canción picante, de esas que a ti no te gustan, pero que en la amanecida trizan el corazón con sus puñales baratos. Recuerdo muchas cosas que se evaporan en el sudor de ese febrero. Quizás el sabor tibio de tus lágrimas desbordando la noche whiskera, cuando el mundo te dejó solo, tan triste anidado en las ramas de mis brazos. Tal vez recuerde una tarde con Yura y Pancho, donde mirabas el horizonte «como un ciego frente al mar». Y yo no pude decirte nada. Por eso prefiero escribirte, para rozar las eléctricas rosas de tu pecho rockero, tu corazón rockero que late mientras lees esta carta. Prefiero estar ausente mientras recorres estas líneas imaginando que te pienso desnudo, desmadejado en tu cama revuelta. Quizá dándole con ese King Crimson inagotable. Y mientras escribo, las letras bailan en el aire de tu pieza. Son notas musicales que retumban en la batería al lado de tu cama. Y es como si yo estuviera ahí, hubiera permanecido para siempre empollado en las cajas de huevos que amortiguan el solitario concert... Y luego, cuando el cansancio te vence y caes al precipicio del sueño, me sigues escuchando, me gritas que no deje de hablar, que te acompañe por los túneles mojados de tu eyaculación nocturna. Para que pueda ver ese chorro de luces que expulsas con tu pene estrangulado entre las manos. Como una lluvia de fuegos artificiales que estallan en tu semen inflamable. Entonces ese resplandor ilumina la pieza con su perfume lechoso. Esa electricidad te recorre entero con sus espasmos... Después, un océano se va secando entre las sábanas, solo queda ese olor y un deseo pegado entre los dedos. Solo queda mi voz en estas letras, mi voz que ya no puede alcanzarte durmiendo para siempre en el secreto. Solo queda tu olor a cama dulce girando en el caracol negro que me circunda mientras escribo. No sé si esta carta volará hacia tu destino. Por el momento, estoy colgando de ti a punto de caer al sueño. El televisor zumba como una avispa y la noche va

enguantando lo que no te pude decir.

Carta II

Santiago sur, 15 de mayo de 1993, 12 p.m.

Ángel:

A través de las gotas de luz por las que resbala tu sueño, en caída libre al abismo que te sostiene, asomo mi pupila de náufrago para soplar en tu alma de pájaro. Acaso este grito en la noche agite las plumas de tus ojos y despiertes soñando que no te encuentras. Acaso tus manos se fugaron de ti en busca del crimen perfecto. Tus manos agotadas del estruje cotidiano, del saludo obligado, del sudor hipócrita y el gesto complaciente. Acaso tus manos, atadas al cuerpo, jamás encontraron sus pares y fueron víctimas de la fatiga sujetando libros demasiado pesados para su frágil contextura de alas enguantadas. Tus manos esclavas en el roce deseoso palpando ciegas la piel extraña. Tus manos timbrando los muslos con desesperación por rearmar siempre un cuerpo que se escapa. Acaso tus manos, ahora libres de ti, puedan flotar ociosas con las palmas al sol, en el resplandor oscuro del sueño. Acaso mientras duermes manco ellas juegan a perseguirse en la geometría imaginaria de este espacio. Acaso ahora trepan por la escalera gráfica de esta página y escriben un te quiero abrazadas a mis manos. Acaso bailan apretadas en el teclado de la máquina. Mis manos enguantadas en las tuyas se escriben solas, como pareja de arañas huérfanas de diez patas. De veinte caminos que se cruzan y tocan en una suma de uñas y cartílagos. Acaso es una pura mano que se abraza solitaria, como un corazón de cinco dedos que late la hora del encuentro. Un índice que apunta y se lanza al torrente sanguíneo que baña sus muñecas rotas. Un puño que se despide en la proa humeante del naufragio y retorna al reflejo domesticado que lo ata. Quizás, Ángel, aún no despiertas y otras partes de tu cuerpo se suman a la anarquía de tus manos. Tal vez tus ojos cansados de tanto cielo pornográfico prefieran dormir en mis cuencas esta noche. Acaso pueda asomarme a tu infancia y matar con un guiño a la bruja y al gigante. Acaso te mire inocente desde el espejo del baño, manipulando tu sexo quinceañero para morir contigo en la fatiga del clímax. Acaso tu ojo derecho pueda mirar la

injusticia por el izquierdo, así tu mirada oceánica arrastre los perros muertos de mi calle plebeya. Puede florecer la basura y retumbar el sol en esta geografía si inventamos otro azul para el cielo proscrito de esta lengua. Acaso, Ángel, ya tu boca se despegó de tu cara y me susurra al oído un hilo bordado de besos. Tal vez, al leer esta carta, en esta noche prófuga, solo una huella dactilar firme la evidencia en el cristal húmedo de tu corazón.

Carta III

Santiago sur, marzo de 1994, 12 p.m.

Amado:

Por primera vez escribo esta palabra para dirigirme a usted. Lo hice sin pensar, como quien saca un casete al azar y encuentra la música precisa para esta hora de la noche, cuando los perros han dejado de aullar y la ciudad es una campana silenciosa.

Me pregunto cuál fue el impulso que me hizo llamarlo de esta manera, tan cursi y sentimental. Usted comprenderá que hay palabras que no se pueden decir, porque son peligrosas. Palabras que nos traicionan cuando uno tiene que decir otras: ¿cómo estás? Hace frío. Mucho gusto, y esas chorradas que inventaron para comunicarnos.

Sé que esta palabra lo puede incomodar, pensando si es verdad o solo una gentileza que vuela por correo hasta su corazón. No importa, la verdad es un chispazo. Pensemos que en ese momento, solo en ese momento, cuando yo escribía esa palabra, usted era el más amado del mundo, la única estrella negra en el cielo de las luces. Imaginemos que en esa ráfaga de tiempo puse mi vida a sus pies y usted no lo supo hasta leer esta carta. Y ese instante le servirá el resto de su vida para decir que alguien lo amó intensamente solo un instante, un segundo en que usted se asoma en la baranda del forastero amor, sin conocerlo. Quizás estoy delirando al comunicarle estas impresiones, pero no puedo evitarlo, soy incorregible y no puedo cambiar. A usted lo llevaré donde vaya mientras dure su recuerdo, como una sombra pegada a mi sombra. Después, tal vez lo olvide, cuando mi corazón vagabundo anide en otra mirada tibia. Pero a usted quién lo llamará amado con la boca llena de plumas vivas. Quién lo pensará de esta forma demente, leyendo esta carta en el acuario de su pieza. Dígame, quién podría zambullirse en su pecho tan dulcemente al son de un ritmo fatal.

Carta IV

Santiago sur, 3 de abril de 1997, 2 p.m.

Ángel:

No sé qué impulso repentino me impulsa a escribirte esta carta. Tal vez me quedó sonando alguna poética tuya dispersa en el viento de esa última tarde que estuvimos conversando. No sé qué porfiada imagen insiste en recuperar ese diálogo, ese humo vegetal de los pitos que me llevaste de regalo y que no te agradecí a tiempo. No sé, pero me quedó la sensación vacía de un bello diálogo inconcluso en el patio de Playa Ancha, con esa boca nublada de la bahía acechando, cuando tú hiciste la inversión del cielo por el mar. Cuando te hablé del fogonazo azul que tuve de niño al conocer por vez primera la planicie marina, arrugada de olas o nubes crespas enredadas en el corazón de un niño pobre que no conocía el mar... ni el amor.

Bueno, solo conocí el mar, la otra parte son aguas más profundas que te seducen en un vértigo de miradas o palabras de un joven poeta, de un hermoso y triste poeta que nació entre el resplandor amarillo y blanco de dos ciudades: Valparaíso y Viña. Y parece que su vida entera transitara en el borde de esa brumosa inmensidad. Como quien nace pez y pájaro al mismo tiempo, como quien escribe y habla metáforas a la vez, para no morir de presente en el espanto del momento. Como quien descubre que «el mar y el cielo son igual de azules y en la distancia parece que se unen». Y la distancia es otro mar de carreteras donde vuela esta carta, tal vez equivocada, quizá confusa, como un ave que se hunde en un cielo líquido, como una pluma que deja en el aire la escritura imaginaria de su caer. Como una boca que se arrepiente a tiempo, y deja entreabierto la posibilidad de un beso. Ya ves, querido Ángel, no todo se borra con un después, no todo sucumbe en el teatro formal de una despedida. No siempre uno se queda mirando la otra mitad del mundo que compra pasaje, sube a un bus y evita mirar atrás para que no lo traicione el paisaje desolado de la partida.

Quizá yo sea el único que recupere momentos como una forma de encontrar la azulosa precisión que divide los mundos. Me lo pregunto, y sigo escribiendo sin darle importancia trascendental a este espacio, a este privado espacio que privilegia la sensación de la página en blanco. Y en ese vértigo te escribo, en ese vértigo imagino tus ojos recorriéndome en la escritura. Y, tal vez, ese momento, donde lectura y letra, ojo y corazón, voz y silencio, agua y aire, recuperen el horizonte impreciso de aquella tarde porteña, frente al gran anfiteatro de Valparaíso, donde tuve un sueño de embriagado trapequista, sin red... porque tú eras el mar.

ADIÓS, MARIQUITA LINDA
(Resumidero)

Noche quiltra

La tiniebla del amanecer sabatino me acompaña de regreso al hogar. Vivo fuera del centro y mi carrete en Bellavista se alargó en copas y fumadas piteras de eufórico trasnoche. Pero es tarde, la vidriada mirada del alcohol estalla las luces en el parabrisas del colectivo; trato de no sucumbir a la modorra del sueño y no pasarme del paradero doce y despertar en San Bernardo, como tantas veces me pasó y terminé cagado de frío en un peladero esperando la primera micro de regreso a Santiago. Por suerte el chofer me conoce y con un grito avisa que llegué a mi destino. La periferia poblacional ilumina de azul marchito el sueño de la plebe; de seguro que a esta hora todos duermen en el habitar de los bloques, todos menos los chicos carreteros que, acomodados en las escaleras, siguen brindando con su caja de vino por la pequeña alegría de su anónimo penar. Un poco temeroso, saludo a la rápida y trato de pasar piola directo al tercer piso. Pero un duende despeinado me ataja diciendo: hola, Pedro, ¿quierís un copete? Y la verdad pienso que necesitaba ese último sorbo para ver con cariño la joven cesantía patria tirada a pata suelta en los peldaños orinados del bloque. Y de allí la conversa, y luego un pito y más temprano que tarde aparece un pisco sin marca que me quema la garganta en la ansiedad de borrarme, de terminar raja y revolcado con el último chico que casi siempre se queda hasta el final. Ese infaltable compañero de la copa del olvido, cuando todo da lo mismo, cuando la felpa erótica de mi mano trepa el muslo y despliega su desesperado tantear. Siempre es igual, la noche boca abajo y los ojos del péndex turbios de alcohol en la cabalgata eyaculante que me aplasta en el cemento frío de la pobla. Casi siempre todo es igual en la complicidad tirilluda de mis nupcias pobres. En ese momento el alcohol todo lo empantana, todo lo exagera, y el pozo etílico del sexo malandra estrangula el corazón como un beso ciego. Por eso escribo de mi pueblo con este desenfado, porque conozco y bebo gota a gota la emoción pelleja de su sexo roto. Y a esa hora, con el hielo del alba nevando el óxido de los techos, en un minuto no supe más, se me apagó la tele y tratando de despertar, tirado en la escalera, me di cuenta de que todos los chicos se habían ido; en realidad, casi todos, pensé con los ojos cerrados sintiendo un bulto tibio enroscado en mi pierna. Casi todos, dije, tanteando la muda sombra que

entumida se apegaba a mi costado. Y era tan suave el pelaje arisco de su quiltro piel, y era tan velludo ese cuero canino que dormía a mi lado, que no parecía humano ese acezar animal que lamía mis dedos en el estruje de la caricia. Y en realidad no era humano ese perro Cholo que en busca de calor buscaba mi compañía. Era más que humana la orfandad negra de sus llorados ojos. Y estaba tan solo, tan infinitamente triste como yo esa noche perruna, que me sentí generoso en la repartija de mi mano multiplicando fiebres. Me sentí San Francisco de Asís lujuriosamente enamorado de su lobo. Y dejé correr su cochambre arestiniento por mis yemas, por su estómago desnutrido de perro guata de pan, perro trasnochado, perro cunetero, perro sin amo y sin amor. Por eso archivé la moral ecológica en el estante de Greenpeace, y le brindé a mi Cholo una paja gloriosa que nunca una caricia humana le había concedido. Y así se fue meneándome la cola caninamente agradecido, y yo también le dije adiós con la mano espumosa de su semen, cuando en el cielo una costra de zoofílica humanidad amenazaba clarear.

Noche payasa

Según me lo contó Andrés Pavez, mi amiga recién fallecida, esto le ocurrió a una loca patinadora incansable en su búsqueda de cumbia cachera, a quien no le importaba el terrorífico toque de queda en algún septiembre de la patria ochentera. Esos septiembreres de dictadura con tantas fechas y conmemoraciones y barricadas y el resplandor de la protesta en el cielo tenso de la represión. Pero a la loca nunca la intimidaron estas turbulencias políticas. Menos ese día en que juntando sus ahorros salió a comprarse su par de soñadas zapatillas de marca que le costaron un ojo de la cara. Pero ese lujo se lo podía dar caminando bien cuica por Estación Central abajo, al borde de la hora del toque de queda. Una hora precisa para atrapar a un macho errante con quien tener un refregón en algún sitio eriazo. Y anduvo elástica en sus Adidas nuevitas, mientras la gente corría tomando la última micro que con cueva agarraban para irse al hogar. Ella andaba fresca en sus aladas Adidas, mientras la gente neurótica pasaba deprisa mirando la hora. Santiago se ponía duro cuando las calles quedaban desiertas y lo único que zumbaba en la noche era el aullido policial alterando el pulso cardíaco de la urbe. En ese tiempo, algunas mariquinas hambrientas de culeo express peinaban la ciudad crispada del toque de queda en busca de semen fresco. Y ese era el desafío, agarrar algo justo al borde del peligroso callejeo. Entonces la loca en sus flamantes Adidas flotaba por Alameda poniente viendo que no pasaba nada, ni un alma se distinguía en el peludo silencio nocturno. Solo a lo lejos, cerca de General Velásquez, se veían brillar las guirnaldas de ampolletas que anunciaban la presencia de los grandes circos, que siempre en esas fechas levantan sus carpas en el baldío de esa concurrida esquina. Y hacia allá se dirigió la loca, atraída por el fulgor de los carteles. Y nada más encontró la infinita soledad cuando solo faltaban cinco minutos para el toque. ¿Tiene un cigarro?, la sobresaltó la voz gruesa de un cuidador del circo que vigilaba las carpas. Ufff, por fin algo, suspiró la loca con alivio. Y luego a la luz del fósforo vio el destello lujurioso en la mirada del macho man, que sin mediar conversa la hizo pasar a la pequeña cabina de lona donde dormía en un catre de campaña. Allí no había nada más que esa cama plegable, y para qué más, pensó la loca desatando sus preciosas Adidas que las dejó con delicadeza en el suelo. Luego se entregó a los

fragores orangutanes del cuidador que se la comió viva ensartándola una y otra vez en su mástil cirquero. Aquella agitada contorsión sexual dejó agotado al potente hombre que al instante se quedó dormido a raja suelta roncando el relajo de la evacuación. Eso sería todo, se dijo la loca, bajándose silenciosamente del catre para buscar en la oscuridad sus flamantes zapatillas. Y buscó y buscó a tientas bajo la cama sin encontrar ni rastros del calzado. Entonces se dio cuenta que la carpa quedaba corta y no llegaba al suelo, y desde afuera alguien las vio y solo tuvo que estirar la mano para cogerlas, mientras ellos estaban en la combustión sodomita. Sin duda, era una tragedia haber perdido sus incomparables Adidas, pero era más terrible tener que irse en plena madrugada a pata pelá, caminando por el toque de queda. Algo habrá por aquí, pensó hurgueteando bajo la cama, algo que ponerme aunque sean chancletas viejas, entonces palpó algo parecido a unos zapatos, pero tan grandes... Y al sacarlos se encontró con un par de enormes zapatos de payaso. Bueno, y qué voy a hacer, se dijo calzándose las puntudas lanchas en sus patitas de reina. Con mucho cuidado salió de allí y arrastrando los pies llegó hasta la entrada del circo, donde se escondió unos minutos detrás de un cartel al escuchar el motor de una patrulla. Cuando hubo retornado el silencio corrió atravesando la Alameda, provocando estampidos con sus gualetazos de tony. Ahí se detuvo detrás de un árbol esperando que se callaran los ecos de su carrera. Y así se fue la loca en la noche payasa, de árbol en árbol, corriendo y zapateando, escondiéndose y temblando, mientras cruzaba la ciudad sitiada con el corazón en la mano y el poto sucio goteando las calles fúnebres de la dictadura.

Noche coyote

De cruzar el centro de Santiago rumbo al periódico semanal donde estampo mi crónica, reconozco al pasar una mirada buitre que me asalta, pero sigo caminando por el paseo Ahumada, más bien huyendo del recuerdo terrorífico de esos ojos, de ese rostro con veinte años más, pero que aún conserva el rictus criminal de aquella madrugada ochentera, cuando regresando a casa, enfundada en negros pantalones de cuero, la comezón anal me llevó por callejones humeantes en busca de sexo alcohólico, drogas verdes y metalero rock and roll. La calle dictadura espejeaba una llovizna sangrante, el miedo aullando en la negrura de pasajes y conventillos cerca de avenida Matta, creo recordar. Me parece que fue por ahí cerca por donde me detuvieron los dos chicos ofreciéndome unos tragos y una fumada de pitos. Y no los podía rechazar, porque estaban tan próximos sobajeándose el paquetón con su pendeja garra hambrienta. Ni siquiera intenté emprender la carrera y me quedé inmovilizado, confundido entre el terror y esa fiebre de perra en celo aceptando amable el primer trago, el segundo, los terceros, hablando mil cosas para llenar el peligro del silencio. Pero la caja de vino se acabó pronto y, sacando monedas, hicimos la colecta para comprar otra. Vamos los tres, dijo el más sediento. Mejor anda tú solo y nosotros te esperamos aquí, le contestó el otro empujándome a la sombra espesa del conventillo. Y el amigo casi no alcanzó a doblar la esquina cuando el péndex se desenvaina la tremenda dureza y tomándome la nuca violentamente me dobla haciéndome tragar el morado cabezón. Puede-venirtu-amigo, gorgoreaba yo tratando de zafarme de esa asfixia carnal. Pero el chico no me daba tregua, no me escuchaba moviendo las caderas, tiritándole las pantorrillas en la epilepsia del eyaculante vaivén. Y en tal fragor ni siquiera me di cuenta, ni por decir me avisó, cuando vino el aluvión de semen a reventar mi boca. Ahí, con las dos manos me apretó la cabeza contra su pelvis inyectándome hasta la garganta el néctar palpitante de su combustión. Entonces, un glup glup de asco me hizo vomitar hasta las tripas. No podía parar, eran cascadas de leche vinagre lo que expulsaba mi bilis amarga. No te gustaba tanto, maricón, escuché que murmuraba entre dientes. Así que ahora te da asco, maricón, escupía con rabia. Yo apenas lo escuchaba de lejos entre los espasmos de las arcadas. No es eso. No

es por ti, traté de contestar incorporándome con dificultad. Y ahí vi brillar el filo navaja de su uña en alto. Ahí se me congeló el aliento cuando saltó sobre mí a navajazos con el aire. Qué te pasa, loco, alcancé a gritar esquivando como gato su punta ciega. Ahora te da asco, maricón, repetía nublado tratando de ensartar la danza macabra de mi carne lince. Izquierda, derecha, arriba y abajo, flectándome y curvándome felina evitaba el destello del metal zumbante. Vi venir la daga directo al riñón, y levanté la pierna coreográfica en el espanto. Sentí un alfiletazo en el muslo y luego otro y pronto me vi volando calle arriba, corriendo, cojeando, suplicando: dame alas, Mercurio, para llegar vivo a la Alameda. Fueron dos, tres, cuatro, cinco, no sé cuántas esquinas pasaron perseguido, casi alcanzado en la espalda por el rasguño rasante de su daga. Sentía el desmayo ablandar la calle, pero no paraba, mis zapatillas volaban solas en la maratón de la noche desierta. Por suerte no vine con tacoaltos, pensé acezando en el apuro. Y quizá si hubiera llegado el otro, el amigo, no estaría contando el cuento. Pero a lo mejor a ese no le hubiera dado rabia y por lo menos habría mamado mellizos, me atreví a suponer en la demencia del desespero. Por suerte las luces de la Alameda ya estaban cerca y mi perseguidor desistió en el camino. Respirando hondo me sujeté de un farol sintiendo un gran peso en mi pierna acuchillada; ya no sentía dolor, pero me pesaba como la pata de un elefante. Con el último ánimo hice parar un colectivo y subí para llegar a mi casa lejana. ¿Qué le pasa? Está pálido, dijo el chofer asustado. No es para tanto, trataron de asaltarme, dije haciéndolo nada. Pero la pierna latía y a medida que me acomodaba en el auto, un relajo de sopor me cerró los ojos. Llegamos, fue el grito del chofer, que me volvió a la vida. Como pude bajé del taxi y subí al tercer piso del block como gata herida. Entré en puntillas al departamento y fui directo al baño para no despertar a nadie. El pantalón de cuero pesaba un océano de sangre que se expandió en la tina con agua. Con el pañuelo me hice un torniquete en el muslo y pude contener la hemorragia. Luego me fui a dormir pensando que nunca más volvería a usar pantalones de cuero.

Al encontrarme hoy nuevamente con los ojos de aquella noche coyote reviví en un instante la acelerada taquicardia de la fuga, experimenté el mismo pavor al encontrar de frente la cara asesina. Habían pasado veinte años y el hombre volvió a ensartarme el aguijón del miedo. Mientras pensaba esto giré la cabeza y lo vi venir como una flecha esquivando a la gente. Traté de acelerar el paso, empecé a correr, confundiéndome en la multitud del paseo Ahumada. Y sin volver la cabeza doblé la esquina directo al diario donde tenía que entregar este texto. Apenas faltaban veinte pasos hasta alcanzar la puerta de entrada, y sentí el peso plomo de una mano sobre mi hombro. ¿Qué te pasa, Pedro?, ¿te persigue el

diablo?, me atajó el editor que venía entrando. Algo así, le contesté entrecortado mirando hacia atrás, buscando a mi perseguidor. Parece que mi imaginación a veces se desborda, le dije. ¿Delirio de persecución?, me interrogó irónico. Mucha mariguana, concluyó moviendo la cabeza. Puede ser... puede ser..., fue lo único que pude contestar temblando. Bueno, relájate, ya estamos en el diario. Cuéntame, ¿de qué se trata la crónica de esta semana?

El gay town de Santiago

De recordar la pobla y el rezumo a sobaco y ropa con olor a detergente, de saber que ya no vivo en ese paisaje del Santiago sur, donde aún los bloques de tres pisos siguen siendo la estantería habitacional de los pobres, el amontonamiento de ilusorios progresos encajonados en esos pocos metros de convivencia. Qué digo, si la llamada convivencia allí es una jaula de llantos, peleas y gritos que atraviesan las frágiles murallas, los tabiques de cartón de mi viejo barrio que nunca me quiso, nunca me soportó, y menos pudo imaginar que el maricón del tercer piso le daría una estrella de gloria a la descolorida pobla. Porque ahora, a veces, al regresar, casi todo el mundo me saluda, me reconoce, me felicita, y nadie se atreve a gritarme la vida como entonces, cuando tan chico, apenas un niño, debía dar un rodeo de tres cuadras para no pasar frente al grupito de la esquina, la patota del club deportivo siempre con la talla a flor de labios, siempre con la burla cruel que hería mis oídos, que me hacía odiarlos a muerte e imaginar que yo podía transformarme en Superman y con una mirada de rayo láser cortarles las cabezas. Por eso hoy recuerdo esa infancia con algo de ternura y rencor, con sangre amarga que tragué después de alguna golpiza, con ese gusto opaco del semen proletario en el tufo del amanecer, esa primera vez (puede ser) que un macho pendejo y excitado me hundió la cabeza en la selva hormonal de su entrepierna.

Al partir mi madre cerré ese capítulo, ya no había nada que me atara a esas cajas de cemento y a los tierraes sin alma de la zona sur. Ella se llevó de un plumazo funerario mi biografía rasguñada en esos escampados. Y así de simple, como quien se cambia una camisa manchada con rubor, me mudé de territorio, descubrí una casita flaca y sin bulla en un pasaje de Bellavista, cerca del río, a los pies del cerro San Cristóbal, en la calle Loreto, columna vertebral del gay town santiaguino. Pareciera pecar de esnob (qué vieja palabra) al bautizar así al barrio coliza de la capital, pero no exagero y tampoco quiero develar tanto el sobrio territorio marica que, poco a poco, fue instalándose en las riberas del Parque Forestal y principalmente en José Miguel de la Barra, la calle más amplia de la urbe, que tiene cierto encanto neoyorquino, como diría una siútica. Desde

allí, bajando el cerro Santa Lucía por atrás, donde la municipalidad instaló una fontana de agua con Adán y Eva estilo florentino (very Europe), se puede comenzar el tour gay que ya ha dejado atrás la parisina calle Rosal, como también los sex shops al final de la calle Huérfanos y la esquina del levante erótico donde los taxi boys ofrecen su pelvis remunerada simulando que esperan un colectivo. De caminar distraídamente por allí hacia el parque resaltan algunos cafetines en la vereda, con las típicas parejas gay mirándose a los ojos en el vapor del café cortado (¡zas!). Pero nadie podría calificarlos de homosexuales con sus atuendos de moda varonil con marca a la vista. Nadie podría suponer que esos hombres de mediana edad viven juntos en algún departamento de calle Mosquito, la corta callejuela sombreada de árboles que, hace diez o quince años, fue acogiendo la necesidad proscrita de las nupcias maricuecas. La calle de los fletos, le dice la homofobia a Mosquito, el primer condominio gay de Santiago centro, que me hace recordar la situación de la calle Castro en San Francisco, un territorio poblado de minorías chicanas en los años sesenta, y que luego de ser ocupado por la explosión gay subió su avalúo, transformándose en el barrio fashion de la maricada gringa. Por lo cual los mexicanos, cubanos, negros y dominicanos tuvieron que abandonar el lugar por el alto precio al que se elevaron sus rentas. A veces ocurre que la sofisticación del mundo gay opera de manera segregadora con otras minorías, de seguro por «el buen gusto marucho» en la decoración, afirmando su hábitat más allá de los límites convivientes. Ojalá no ocurra algo similar con el gay town santiaguino que atardece plácido en la calzada otoñal que se hace parque. Por ahí, pisando el metal óxido de las hojas, una loca cetácea de gorda lleva de paseo una rata de perro chihuahua como si llevara un monedero. Más allá, otra loca enana y regia con su teñido pelo de coipo al cloro arrastra un gran danés que insiste en mear en todos los árboles que verdean el sendero. A la distancia viene una pareja del coliseo canino, observando con emoción a su dálmata que le olfatea la cola a un quiltro plebeyo. ¿Qué fantasía perruna acompaña este deambular gay por la foresta del parque? ¿Qué orfandad de barrio los hizo ubicarse en este rincón del centro, que no es el barrio alto, pero tiene estilo, tiene ese no sé qué nostálgico, me dijo un gay hediondo a Paco Rabanne, mientras acariciaba las zungas de cebra en una tienda de lencería para hombres en José Miguel de la Barra, al lado de la librería Metales Pesados. Pero el gay town del otro lado del río no tiene la misma categoría, agregó la loca con una mueca de desprecio. ¿Y por qué es otra la categoría del barrio, si todos los maricones que se ven por aquí son casi iguales?, le dije a punto de abofetearla por clasista. Lo que pasa es que este lado es residencial y el otro lado es más de jarana, carrete, cómo te explico, es más Chimba, ¿me entiendes? Nunca podría entenderla, pero en algo tenía razón,

porque cruzando el puente Loreto se despliega un chorizo de boliches lésbicos y discos gay que llegan hasta las faldas del San Cristóbal. Pero justo al doblar Bellavista, el sauna sodoma recibe de madrugada la resaca copetera del dancing. Casi en la esquina de La Chimba marica, en el bar El Toro, se junta la manga televisiva y la tolerancia artística. También aquí se puede encontrar en sus noches de tamboreo farandulesco al ramillete de locas cuicas con su bronceado cochayuyo paltón. De Loreto al fondo, la noche se envicia Madonna con el zapateo disco de sus locales. Hay de todo lo imaginable en este rubro, espectaculares shows de drag queen, vedetos desnutridos agitando la diuca por cinco pesos, cafés con piernas peludas y elegantes restaurantes de comida española para azafatos de Lan Rosa. En fin, por último le dedico unas líneas a la esquina de mi casa. Saltando la calle, el almacén de Marcelo siempre está lleno de gente, enfiestado por su eterna sonrisa. Al lado, la botillería donde rezonga el tango su enamorada traición. A la vuelta, las chicas del salón de belleza, todas rubias, cada quince días me rasuran las cuatro mechas de mi cráneo mariposón. El quiosco del diario, en la punta, me ofrece cada mañana los titulares noticiosos de las portadas. Y allí me quedo un rato, pensando que este barrio no lo elegí por gay o taquillero. Algo de su trasnochado ardor se me impuso. Algo de su generosa complicidad me da licencia para vivir como quiero, sin los terrores periféricos que me hacían temblar. Me quedo un momento mirando la frivolidad noticiosa de los diarios, justo cuando el señor del quiosco amablemente me pregunta: ¿No va a llevar su periódico, don Pedro?

Ojeras de trasnochado mirar

Y desde siempre me lo contaron, lo supe o intuí que la plaza era la hoguera de los putitos, que por cinco, diez o quince mil pesos te daban vueltas el orto a cachas, susurrándote en la oreja la biblia pagana de su tarifado enamorar. Digo que lo supe, hace años, cuando el centro de Santiago era el panal de moscardones proletas que, aún púberes, de catorce, quince o dieciséis abriles, emigraban de sus poblaciones atraídos por el relámpago de las vitrinas que exhibían los jeans de marca, las zapatillas de marca, la polerita de marca y toda la seducción trapera del deseo pendejo. En este sentido, el encandilamiento de los chicos pobres con el mercado de la moda siempre ha funcionado como la excusa que justifica sus caminatas prostibulares a la caza de alguna marica que por un culeo rápido les cumpla su sueño Lee, Adidas o Soviet. Por años fui testigo de sus poses de apolos morochos agarrándose el racimo cuando, por casualidad al pasar, uno los tasaba con la mirada en el vitrineo urbano. Por años los vi al aguaito, esperando sonámbulos que apareciera un cliente, una vieja loca jubilada que reservaba unas monedas de su mísera pensión para cancelarle al cafiche una mamada sin dientes. Si tenían quince, catorce o veinte daba lo mismo, la calle putinga y sus ojeras de trasnochado mirar los habían hecho hombres a la fuerza, los habían sexualizado antes de llegar a la plaza, tal vez en sus carretes drogados aspirando pegamento, en las caletas del vagabundeo pelusón, donde los mayores montaban a los menores desesperados por el delirio químico del tolueno. Y después esos mismos repetían el rito empalador sobre otros débiles allegados. Así, el mismo anillo fecal amortigua el estigma proletario de la violación atorrante. Los chicos de la plaza las saben todas, las conocen todas, las vivieron todas, subiendo y bajando de departamentos donde el dejarse penetrar vale una chaqueta de mezclilla Levis. Total, ya pasó la época en que el activo montador valía oro, cobraba en oro, se hacía pagar muy bien sus atributos erectos. Ahora, el cambalache neoliberal de los cuerpos prostitutos relativizó el valor del fallo diamante por la plusvalía del orto masculino. Es más fácil, más cómodo para el cafiche prender un cigarro y dejarse encular por un viejo platudo que intentar erectarse con sus nalgas canosas. Ya no duele tanto el desgarramiento de la amapola anal, ni el orgullo del tabernáculo macho

desflorado. Son otros tiempos, son otras las costumbres del mapa carnal que se vende en la vitrina del puterío ciudadano. Los péndex de la plaza ya no son niños ofreciendo su desnutrido desarrollo a los pederastas de turno, ellos saben que ser violados no es tan terrible cuando se nace violentado por la crudeza social. Ellos saben poner cara de ángeles a la hora de conquistar una paga generosa. Y son los mismos ojos inocentes los que usan para la entrevista de la TV, donde declaran: el viejo homosexual me llevó engañado. Pero a pesar de que hay casos repugnantes de engatusamiento pedófilo con niños de la calle, para los que conocemos por años la iniciación cafiola de la plaza, los péndex del maraqueo santiaguino no pasan por niños cuando te piden un cigarro con su caliente vozarrón. En Chile se llaman cafiches, taxi boys en Argentina, michés en Brasil, hustles en Nueva York, chaperos en España, y toda una gama de apodosos que clasifican la prostitución adolescente masculina en su errático laburo del negocio cachero sin boleta. Y es la plaza, la esquina, la media cuadra, el paseo nervioso, manos en bolsillos endureciendo el arpón a la pesca de clientes. Sexos púberes, expuestos y dispuestos a las maromas del catálogo remunerado, donde lo social popular remata sus vestigios. Son apolos callampas, ninfos de La Palmilla, adonis lunfardos, sexos de barro acaramelados por el manoseo del bulto que ofrecen los péndex pobla como postrera oferta del fracaso laboral. Son cuerpos a la deriva, derivantes en el yirar de la cesantía, pequeños nómades excluidos de la educación, gitanos callejeros que estacionan momentáneamente su homoerótica en la penumbra de una ciudad triunfal, iluminada por el mercado caníbal de la oferta y la demanda.

Un poquito de pintura para Bosé

Si a las ocho de la mañana grita el teléfono y uno está retozando en los brazos de Morfeo. Y si Morfeo es un guapo morocho con su tula divina endureciendo la mañanera erección. Pero el teléfono dele que suena con su campanilla hostigosa, y uno tiene que soltar ese nervio y agarrar el fono y preguntar malhumorado: ¿quién jode tanto a esta hora? ¿Quién se atreve a cortar el futuro de un coito espumante? Y si al otro lado te contesta la voz ahogada de la Malala diciendo: Pedro, levántate urgente. Tienes una hora para producirte porque Miguel Bosé en el Sheraton nos está esperando. Y qué chucha me importa Miguel Bosé a mí, le contesto a la relacionadora pública de Editorial Planeta que, casi llorando, me suplica: Pedrito, pídemelo lo que quieras, cualquier cosa, pero no me niegues la oportunidad de conocer a Miguel. Es mi sueño desde chica. Pero, niña, le contesto, me cae bien este tipo, lo encuentro buena onda, y aunque nunca me gustaron sus canciones, creo que no es tan insoportable. Pero de allí a levantarme y salir corriendo como una colegiala porque al maricón se le ocurre conocerme, nadie puede, linda. Mira, Pedro, dice la Malala, más calmada, tratando de convencerme, piensa que cualquiera se moriría por conocer a Bosé. Es el príncipe de tantas mujeres, de tantos gays, que no podemos perdernos la ocasión. Me da lo mismo, digo bostezando, mientras reanudo el masaje a la pirula del chico desinflándose. Además, es loca, agrego con sarcasmo. No me importa, más rico lo encuentro. Por favor, Pedrito, insiste infantil la Malala, qué te cuesta cumplir mi mayor deseo. Entonces suelto la cuncuna del niño y pienso: en realidad hay tantos mancebos sueltos como este al alcance de la mano por la city. Pero un sueño de fans como el de la Malala es difícil hacerlo realidad, medito evocando mis chascones abriles beatlemaníacos. ¿Qué me cuesta despedir al péndex, darme una ducha, ponerme los tacos, producir a la vieja Lemebel y salir rumbo al Sheraton para complacer a una amiga. Eso haría cualquier feminista, reflexiono antes de decirle a la Malala que bueno, que ya, que me convenció, que en una hora estoy lista.

Y parece que una hora fue demasiado, porque luego del baño me puse a pintar como cuadro impresionista. Que un poquito de rubor damasco para la mañana

por aquí, que un pelo de línea para agrandar el ojo trasnochado por acá, que una base translúcida para rejuvenecer el caracho a los veinte y a pata pelá. Que mejor no, porque el enyesado se quiebra si me río y no voy a estar tiesa cual momia etrusca todo el rato. Mejor, sombra de pantano espeso en los párpados, harto colorete en las mejillas como la abuela Taylor, y asumir la derrota de los años con toda dignidad. Total, la gente sabe que no soy una niña. Y qué fue, me digo enrabiada, derramándome con ira la acuarela en la cara. Y parece que el brochazo fue mucho, porque el chofer del radiotaxi quedó perplejo al verme y tuvo que toser cuando preguntó atorado: ¿Don Pedro? Se te pasó la mano con la pintura, niña, dijo la Malala a mi lado, mientras el auto subía por la asoleada costanera. Yo, mirando el paisaje con desgano, hice como que no escuchaba. ¿No dijiste que no te gustaba Miguel Bosé?, y te pusiste un maquillaje cabaretero de medianoche, insistió ella con su boquita de cerezo corazón. Y dele que va a llover, le respondí furiosa. Es mi máscara de guerra para recibir al conquistador.

En un día de sol se ve hasta siempre, decía una película de esas románticonas que se te vienen al mate cuando vas apotingado en un taxi azul eléctrico a encontrarte en el Sheraton con Miguel Bosé. Pero aquella mañana dorada no era un film para mí que, rezongando y pintarrajeado como papagayo, acepté esa cita por mi amiga Malala sentada a mi lado retocándose su maquillaje casual. Pórtate bien, me sugirió ella como una nodriza rumbo a palacio. Con una mirada despectiva contesté su consejo, mientras el auto llegaba al hotel donde el portero me miró la cara y nos cerró el paso creyendo que éramos maraquillas errantes de esas que recorren los alrededores del Sheraton a la pesca de algún gringo con hambre de poto latino. Nos espera Miguel Bosé, se adelantó a decir Malala con hidalguía, y el hombre con todos sus galones dorados no tuvo otra opción que dejarnos pasar al gran hall donde nos recibieron secretarios, productores, asesoras de imagen, y una nube de niñas regias que corrían nerviosas de un salón a otro tomando apuntes y hablando por celular, todo al mismo tiempo, mientras se amasaban los visos tornasol de sus flotantes cabelleras. Tienen que esperar un poco, porque Miguel está ocupado haciendo fotos, nos dijo un chico de ojos amables. ¿Quieren tomar algo? Un juguito, dijo Malala con pudor. Y tú, Pedro, ¿qué quieres beber? Un whisky, pues niño, estamos en el Sheraton, no voy a tomar vino en caja. Y se demoraba tanto Miguelín, posando para las cámaras y el enjambre de cuicas que iban y venían fumando, riendo y llorando por celular, repitiendo: Sí galla, te lo juro, te prometo que Miguel me va a autografiar el calzón. Sí galla, te digo que está aquí cerquita, en la sala de prensa, escucha cómo me late el pecho. Claro galla, cuando esté con él te lo pongo al celular.

Muérete tres veces, María Ignacia. Y era tanta la demora y era tan insoportable el parloteo de las pitucas cacareando por el celu, que al tercer whisky (¿o cuarto?) me empecé a latear (y cuando me aburro es peligroso). Putas que se demora la loca, murmuré bostezando, y la Malala me dio una mirada de cuchillo, como si hubiera dicho una herejía. Pero si todos saben que Miguel es... Cállate, sentenció la Malala con el ceño fruncido. Bueno, pues niña, contesté altanero, que él trabaje el doble estándar, el andrógino, el para allá y para acá, el Peter Pan mariqui, es una estrategia de mercado. Pero, como sea, a las mujeres nos encanta, escupió ella con desdén. Pero a él no le gustan ustedes, pues niña. ¿Y cómo sabes tú? A mí no me consta, pero en España hasta los niños lo saben. Además ese cuento de la bisexualidad de los famosos siempre me ha sonado a negocio, dije acabando el whisky. Bueno, ahora vamos a salir del empacho, dijo ella mirando al chico productor que de lejos nos hacía señas, llamándonos, porque era nuestro turno de conocer a Bosé.

Después de recorrer los pasillos alfombrados donde se hundían mis tacoagujas, al abrirse la puerta, Miguelín rodeado de niñas modelos terminaba la sesión fotográfica. Adelante, pasen, nos dijo el chico de los ojos amables. Miguel, él es Pedro Lemebel, el escritor. Verte a ti es más difícil que ver al Papa, dije chistosa y a regañadientes. Todos rieron, menos Miguel que, alzando la cabeza, me miró alérgico y contestó con sobreactuada virilidad: puez eztamos trabajando, tú vez. Eso del trabajo y el trabajo es un mandamiento impuesto por los conquistadores para que los indios no pensemos, arremetí picada estirándole la mano que él estrechó fríamente al ver con susto esta versión mañanera de *La condesa sangrienta*. Luego, sin mirar de nuevo mi máscara derretida por el whisky y el calor, Miguel, dirigiéndose a Malala, habló de libros, hizo algún comentario al pasar y trató gravemente de relajar el encuentro. Pero ya era tarde, de soslayo pude retratar su figura algo panzuda y encorvada bajo el chaleco color ratón corriendo, también su rostro de muchacho viejo se veía cansado de tanto vender la película viril. Su mejilla sin afeitar florecía de vello cano, así fuera un trasnochado viejo pascual. El tiempo transcurre, y los ojos de las estrellas en vivo y en directo no tienen esa chispa de eterno reflector. Este es el bello Miguel de antaño, Don Diablo en la malla roja del Festival de Viña, pensé con ternura, y tuve la intención fugaz de amigarme con él, de sellar ese único encuentro con una frase recordable. No debe ser fácil ser Miguel Bosé en todo momento, menos frente a una vieja vampira derretida por el sol del mediodía, me dije mirando un espejo del salón que nos enmarcaba en ese instante como una foto que nunca fue.

La despedida fue breve y sin aparataje, solamente un roce de manos y la promesa educada de leer mi libro que Malala llevó de regalo. O si quieres lo tiras desde el avión, le susurré despectiva para no perder el orgullo. Ahí esbozó una mezquina sonrisa y fue lo último que vimos de Bosé antes de cruzar la puerta. Y luego en el viaje de regreso, mientras el taxi bajaba por la florecida ladera del cerro San Cristóbal, Malala a mi lado viajaba complacida y acunada por el silencio. Parece que tu Bosé se asustó al verme, le dije como al descuido. Un poquito, Pedro. Un poquito, se dijo a sí misma, enrollándose gatuna en el asiento para preservar su quinceañera emoción.

El asalto a los chinos gay

(A Paz Fernández de Castro, Q.E.P.D.)

Pasaron los meses y recién me burbujea el escalofrío de la noche crispada en que corrían apuradas las últimas horas del dos mil tres. Y quizás ese pasado treinta de diciembre, recién pagado en el periódico, yo no tenía prisa caminando a mi casa por el vaivén maritecno del gay town, donde alguna loca viene, otra va y uno cruza rápido entre las colizas modelos que posan y reposan, se paran y se sientan en el bar El Toro. Y fue ahí mismo donde encontré a la Jovana (mi agente literaria) y a la Pacita Fernández de Castro, pos oye. Allí estaban las dos muy endiabladas copeteándose el happy hour de las siete. Y de tanto pasar y pasar por El Toro, a veces me siento y me lo tomo todo, hablo de todo, me río de todo, y casi siempre se me apaga la tele y despierto en mi cama sin saber cómo llegué. Pero esa noche era diferente: yo andaba en zona seca, absolutamente casto en mi recuperación ética. Solo quiero un vaso de agua, le dije al mozo que siempre comprende mis días de regla. ¿No estás tomando nada?, me preguntó la Jovana con los ojos de vitrina donde se reflejaba el parque. Nada de nada, querida. Estoy aprendiendo a ser feliz sin tomar, para que no me pelen. Pero eso no quiere decir que ustedes no tomen, agregué empinándome el vaso de mineral diet con hipócrita frescura. Comamos algo, que a esta hora se me retuerce el estómago, exclamó la Pacita girando los anillos de platino en sus filudos dedos. Pero yo comería en los chinos, alegué con serena oblicuidad. Vamos a los chinos gay entonces, dijo la Jovana con esa inconfundible soltura de pelo. ¿Y dónde es eso?, carraspeó la Pacita con su ronquera real. Cruzando el puente, niña. Aquí cerca. Además, es ¡súper, súper, súper tranquilo!, cantamos a coro con la Jovana. Y partimos las tres, tanguendo el mareo de la tibia tarde. Calzamos el puente, enriemos por el parque, y en un dos por tres estábamos coloreadas por el resplandor fucsia del neón oriental. Entramos altiro en ese restaurante que siempre es tan pacífico y se puede fumar y nadie grita tanto y las chicas que atienden parecen capullos de loto flotando en la suave música de Luis Miguel. Aquí uno se encuentra con un público discretamente gay, una clientela maricursi que musita educadamente las vocales de su conversa. Aquí se puede conversar, brindar y pololear en rosa sin que nadie se espante. Tampoco es enteramente gay ni doradamente selecto, porque se mezclan maricas clase

media, artistas del beso negro e intelectuales de parrandera tolerancia con amigas de las amigas mascando un wantán con discreta simpatía. Y era así de calmada esa noche que entramos la Jovana, la Pacita y yo al salón de fumadores. El público olía a camelia marucha, varias parejas charlaban mirándose a los ojos, y en una larga mesa un grupo de locas y mujeres de edad otoñal festejaban el fin de año. Sentémonos en esa mesa del medio, sentenció la Pacita con el eco pituco que la precede. Entonces me fijé en los dos chicos vestidos de mezclilla sentados en una mesa lateral. Y ellos también me vieron, bajando la mirada al plato de chapsui con sencilla virilidad. Son lo más cercano a un hombre en toda la sala, pensé echándoles el ojo, mientras a mi lado pasaban las niñas con ánforas vaporosas, hirviendo de carne picante. Voy al baño a hacer pipí, gorgoreó la Jovana, perdiéndose en el pasillo del fondo con la vejiga en la mano. ¿Y qué vamos a pedir?, dice la Pacita moviendo sus dedos alhajados con sutil grandilocuencia. ¿Te gusta el chapsui de algas con bambú, Pedro?, repiquetea ella poniendo su mano con brillantes en el cartón del menú. Qué lindo nombre, le contesto. Si yo fuera travesti me llamaría Bambú Lemebel. En eso regresa Jovana del baño con la cara refrescada por un chapuzón y se sienta con el pucho en la mano. Mire las cosas que dice Pedro, Jovana, alcanza a decir la Pacita cuando un estruendo de copas y platos se quiebra por el suelo y los dos hombres de mezclilla pateando la mesa y empuñando pistolas gritan: ¡Esto es un asalto y es en serio. No se muevan! Para mí fue una especie de campana, timbre de incendio o terremoto, porque sin mirar las armas en sus manos di un salto a lo Nureyev hasta la puerta. Un gran paso de langosta por el aire. Y en el mismo aire uno de los chicos me atajó con la mano en el hombro (empujándome suave pero con firmeza), diciendo: ¡Tírate al suelo con las manos en la nuca! Y allí caí, balanceada en el zigzag pendular de una hoja que bota el otoño. Las manos en la nuca y el estómago apretado al piso. Todos así, con los ojos a ras del parqué, viendo las zapatillas que iban y venían quebrando lozas. ¡No te movái, conchetumadre!, sentí que entraron dos hombres más y de reojo vi sus narigudos pasamontañas. ¡Pégale un tunazo al primero que se mueva!, gritaron estos con asesina violencia. No volaba una mosca, la tensión era extrema, el terror era un calambre visceral en ese ejercicio inmóvil de pavor colectivo. De fondo, suavemente, Luis Miguel cantaba *No existe un momento del día*. Arriba, en el segundo piso, caían cataratas de platos, los gritos de una china y los wantanes volando por el aire. No mires, no levantes la cabeza, susurré en un hilo de voz a la Jovana, que había caído sobre mi espalda en una pose obscena. Apenas alcanzaba a ver su perfil con una mano en la nuca y en la otra con el cigarro ardiendo. Pensé que ni siquiera la brutalidad del asalto la había privado de su vicio. Y allí estaba mi representante literaria encima mío, como una muñeca

fumona a la que se le habían cortado las pilas. ¿Y dónde está la Pacita?, le pregunté sin mover los labios, inquieto por los enjoyados años de nuestra amiga. No sé, intentó decir la Jovana con un amordazado gesto de hombros. ¡No se muevan y no les va a pasar nada, quédense quietitos!, dijo uno de los chicos de mezclilla cuando los brutales encapuchados salieron de la pieza. ¡Nosotros no somos psicópatas, no somos asesinos! (hablaba tembloroso como pidiendo disculpas). Si se quedan tranquilos no les vamos a hacer nada (estaba muy nervioso, le temblaba la voz). Nosotros somos pobres y no tenemos plata para venir a comer aquí, por eso robamos. Al chico casi se le quebraba la voz, se paseaba neurótico con la pistola empuñada. Parecía que el arma le quedaba grande, le pesaba mucho y le quemaba las manos. Era un niño con arma, pero un niño bueno a pesar de todo. Sus entrecortadas palabras a todos nos dieron algo de tranquilidad. Es el ladrón bueno, le murmuré a la Jovana, enroscada a mi costado. Quizá por eso ella se atrevió a preguntar con estrangulada timidez: mi mamita. ¿Dónde está mi mamita? Está bien la mamita, no se preocupe, le contestó el ladrón bueno. Y pensé que Jovana había atinado en decir mamita como dicen en la cárcel. Mamita era lenguaje arrabalero, canero, de la cana. No era la mamá, o mi vieja, como dicen los pitucos. Por eso supimos que la Pacita Fernández de Castro estaba bien segura, metida bajo una mesa, con los ojos espantados y la cara hinchada de asfixia a punto de reventar en el infarto cardíaco pero no podíamos hacer nada, ni siquiera mirarla, porque había pasado una hora desde que estábamos inmóviles escuchando a Luis Miguel, pegados al suelo, esperando lo peor, sobre todo cuando entraban los encapuchados gritando: junten los celulares, las carteras, los relojes y los anillos. No levantís la cabeza, conchetumadre. ¡Saca todo afuera!, ¡estái escondiendo la billetera, maricón culiao!, ¡te tengo bien cachao! Y vamos pateando locas, vamos arrancando gargantillas, pulseras y medallas a las colas y mujeres que, tiritando, no se desmayaban, permanecían tiasas con los ojos desorbitados esperando un macabro final.

Nunca había sentido tanto terror en mi vida con la guata pegada al piso tiritando en ese restaurante, con mis dos amigas tiasas y despaturradas entre el desastre de carteras, vasos y botellas quebradas por todas partes. Hacía mucho rato que estábamos así, por eso el horror iba en aumento, sentía temblar a la Jovana en mi espalda y rogaba que los asaltantes no vieran mi billetera gorda con el sueldo mensual sobresaliendo del bolsillo trasero. Tan expuesta, tan fácil como agacharse y tomarla, sobre todo al escuchar a los enmascarados narigudos vociferando: suelta todo, maricón, sácate el reloj y las tarjetas de crédito. No levantís la cabeza, conchetumadre, o te pego un tiro. A ratos, cuando el ladrón

bueno vestido de mezclilla quedaba vigilándonos, la calma era tan intensa bolereada por Luis Miguel cantando *No hay bella melodía en que no surjas tú*. En tal desquicio, casi me daban ganas de sacarlo a bailar para relajar la tensión. Pero al instante entraban los encapuchados histéricos, amenazando, pateando, ordenando que a todos los vamos a meter al subterráneo, los vamos a llamar de a uno. Y pobre del culiao que no obedezca. A lo lejos, con la nariz en el parqué, divisé a la Pacita Fernández de Castro contorsionándose en una arcada de angustia. Estaba casi azul por la falta de oxígeno. Aunque a ella no le guste, los años pesan, me dije al tiempo que volvían los enmascarados corriendo, gruñendo: párate, güeón. Camina por el pasillo al subterráneo. ¡Dije de a uno, chuchetumadre! Y la patada en la espalda a la pobre loca la mandó de hocico rodando por la escalera. Ahora te toca a vos, párate, maricón. A casi todos los gays que llamaban al subterráneo les daban su cachuchazo. Con la Jovana esperábamos aterrados nuestro turno, viendo las zapatillas hundirse en los estómagos. Entonces ella, incorporándose y apuntando a la Pacita, se atrevió a pedir: cuidado con mi mamita que está enferma, por favor. Y el ladrón bueno les dijo a los otros: oye, tengan cuidado con la mamita que está mal. Solo allí vi pararse con dificultad a la Pacita ayudada por un asaltante que la llevó patuleca hasta el hoyo de la escala. Después siguieron las mujeres y entre ellas la Jovana. Y luego vi las zapatillas frente a mi nariz: te toca, dijeron cortante. Y no esperé que lo repitieran, parándome como un gato manos en la nuca para dirigirme a la entrada del sótano donde me esperaba el chico de mezclilla a cara descubierta. Y fue imposible no levantar la vista cuando lo tuve enfrente. Fue difícil negarme a tal osadía. Y a pesar del miedo al golpe, arremangando los párpados lo miré insolente. Pase nomás, me dijo bajando los ojos casi con respeto. No sé por qué me dejaron al final, tampoco me explicaba el trato deferente que teníamos yo y mis amigas. Una hora y algo era demasiado tiempo. Un reloj menopáusico que caía gota a gota en el lento sudor de mi espalda. Lo peor sería que en este momento lleguen los pacos (supuse con angustia antes de llegar abajo), justo en ese instante, cuando parecía que por fin nos dejaban encerrados pero tranquilos. En cualquier momento podía estallar la balacera, como en tantas películas: *Tarde de perros*, *Plata quemada*, etc. Nos tomarían de rehenes, pidiendo rescate. Se preguntarían cuánto podía pagar la izquierda pobre, la editorial, radio Tierra o el movimiento gay por mi liberación. Y luego mandarían una oreja, un dedo, una foto barbudo en la penumbra de ese sótano. Miles de pesadillas se proyectaban en mi mente, mientras los chinos y las chicas del servicio en fila india bajaban a mi lado. Luego sentí el golpe de la puerta cerrarse a mis espaldas y seguí descendiendo con un nudo en el estómago. Arriba seguían los golpes, las carreras, los estallidos de bandejas quebrándose en el silencio de la noche.

Cuando llegué abajo todo era llanto y neurosis; una de las niñas meseras se había desmayado y otras le abanicaban el rostro para que volviera en sí. Los gays corrían de una muralla a otra rezando: Diosito santo, Virgencita piadosa, que se vayan estos hombres, que no nos pase nada. Los chinos buscaban entre las cajas de soja un celular guardado, y una loca se me vino encima bañándome con sus lágrimas. Pedro, dijo moqueándome la cara, tú nunca me caíste bien, te encontraba tan creído, tan pesado... pero ahora, snif... No te preocupes, lo traté de calmar, esto va a pasar, ya... ya, tranquilo. En un rincón, sentada en unos cajones, estaba la Pacita Fernández de Castro con el globo rojo de su cara a punto de estallar, al borde del paro cardíaco, pensé. Y a su lado, arrodillada en el piso, la Jovana se apretaba la guata conteniendo la risa. Güevona cruel de mierda, la reprendí con rabia. Mira cómo está la Pacita y tú burlándote de ella. No, Pedro, no es eso, dijo mi representante con los ojos vidriados por la contenida carcajada. Lo que pasa es que la Pacita tiene todas las joyas en la boca. Teng... tengo mi... millones en la boca, gorgoreó la Pacita con los labios apretados.

Ya iban a ser dos horas que estábamos viviendo esa pesadilla, ahora encerrados en el sótano, apenas iluminados por una ampolleta cagada de moscas, tiritando cuando escuchábamos algún golpe en el primer piso. Y de pronto, en el silencio espeso de la incertidumbre, tratando de no respirar, intentando acallar el corazón acelerado que se nos escapaba por la boca. No metan ruido, no hagan nada, que todavía están arriba, intentaba ordenar la Jovana como en esas películas de catástrofe donde siempre el protagonista lleva la batuta y conduce a los sobrevivientes a la liberación. Pero nadie la escuchaba, nadie le hacía caso murmurando, rezando, caminando en círculos, buscando una puerta de escape, desesperados anudándose las manos sudorosas; virgen santísima que esto termine pronto, rogábamos a media voz, a medio hablar intentábamos encontrar la cordura para no hundirnos en el caos y poder salir vivos.

Nos van a violar, exclamó la Pacita displicente, sacándose las joyas de la boca. Allí, todos la miramos entre el pavor y el asombro. Ojalá, niña, le contesté con rudeza, mientras veíamos a los chinos acarrear una mesa para alcanzar una minúscula ventana que daba a la calle. No hagan eso, los increpamos todos, pensando que los asaltantes aún no se habían ido. Entonces escuchamos atentos, y en la planta alta no volaba una mosca, solamente y muy a lo lejos seguía Luis Miguel arrullando la tragedia con su «Luna que se quiebra sobre las tinieblas de mi soledad». Parece que se fueron, dijo una loca fashion arreglándose el copete teñido. Por si acaso esperemos un poco, alertó la Jovana con un dedo en alto.

Pero los chinos, más intrépidos en las artes de la acrobacia, ya habían trepado a la ventana pidiendo auxilio. Y de improviso nos vimos abofeteados por una intermitente luz roja que anunciaba la presencia policial.

Allí soltamos todos un suspiro de alivio. Uf... por fin se acaba esto, mamita linda, exhalé, al tiempo que bajaban los pacos y nos trasladaban al primer piso, donde nos esperaba un basural de vidrios, carteras abiertas, cosméticos regados por el piso, billeteras vacías y un montón de documentos y papeles por todos lados. Mi chequera del Bank Express, gritó alegre la Pacita. Y mi carné del Metro. Estos hombres viajarán solo en micro, agregó recogiendo el rouge para pintarse los labios. Solamente me falta el prendedor que tenía en la solapa. No valía nada esa bagatela, pero era un lindo recuerdo que me trajo Jorge Edwards de París, fíjese usted, Pedro. Les habrá gustado esa fantasía, musitó la Pacita Fernández de Castro con tristeza. Pero agradece que no te robaron nada más, pues niña. ¿Y qué le falta a usted, Pedro? Nada, nada, repetí para callado, tocándome la billetera y revisando mi bolso abierto encima de una mesa. Hasta me dejaron el pan amasado que había comprado para el desayuno. Entonces a usted lo conocían, Pedro. Estoy segura de que lo conocían, habló en voz alta la Pacita, y los pacos, ocupados en tomar notas, levantaron la vista con atención. Cállate, niña. Nada que ver, aclaré con firmeza, para desviar la sospecha que se había instalado en los atentos carabineros. ¿Habrán dejado algo de tomar estos tipos?, mire que con el susto tengo la garganta tan seca, pidió la Pacita mojándose los labios. Que nadie mueva ninguna cosa, dejen todo tal como estaba, interrumpió la Brigada Especial de Investigaciones, que llegó al más puro estilo yanqui, sacando fotos, empolvando los vasos para tomar huellas, revisando milímetro a milímetro el lugar del suceso.

Era una patrulla estilo *Calles de San Francisco* la que se hizo presente al mando de un gentil comisario, quien se acercó sonriente diciéndome: gusto de conocerlo, don Pedro, fíjese que recién ayer incautamos una partida de su último libro pirateado. Y es bien divertido, lo estuve leyendo y me reí harto con... Ya era mucho hablar de libros en esa circunstancia, así que dándole las gracias busqué a Jovana, que recogía sus pertenencias en medio de la batahola. Vámonos Jiovi, le supliqué agotado. No pueden irse, porque faltan los retratos hablados, me respondió un agente. Yo estaba de espaldas, sentado en esa mesa, por eso no vi a ninguno, suspiré con cansancio. ¿Y usted? (le preguntaron a la loca fashion). ¿Pudo ver a alguno? Mmm... Sí, yo vi al más joven. ¿Cómo era? Mmm... Ni alto ni bajo. ¿Delgado? Mmm... Ni gordo ni flaco. Mmm... ¿Moreno o rubio? Castaño miel, con ese tostado natural... cómo le dijera... Dile

que te gustó, niña, le grité a coro con la Pacita que interrumpía diciendo: yo pude ver algo, mire. Cuéntenos su primera impresión de las caras de los sujetos, señora. ¿Usted ha ido a un partido del Colo Colo?, preguntó la Pacita al agente, que afirmó mirándola sorprendido. Todos se parecen, exclamó ella con un dejo de tolerancia. Pero con eso no nos dice nada, la increpó el agente con su voz policial. ¿Algún detalle importante que recuerde? Mire, joven, los enmascarados que llegaron después usaban unos pasamontañas tejidos con lana melange, como jaspeadita, muy linda y escasa, fíjese. Eran de un punto maíz o arroz muy difícil de hacer. Yo sé de puntos, ¿no ve que yo tejo?

Así, la Pacita Fernández de Castro describió a los asaltantes por la superficialidad de sus atuendos. En realidad, todos los retratos hablados parecían evitar la nitidez facial de los jóvenes delincuentes.

Luego, cansadas como yeguas, casi a las cinco de la mañana, nos fuimos del brazo la Jovana, la Pacita y yo, rumbeando el amanecer. Bajo el azul espeso de ese firmamento, en el titilar agónico de las últimas estrellas, pude recordar los ojos pungas del chico que no quise delatar. Tal vez algún día averigüe mi teléfono y me llame, pensé, mientras la garúa del alba me cubría los hombros con su fría gasa maternal.

Dónde vamos a encontrar otra Pavez

Ay Andrés, cómo lo hago para escribir tu epitafio, prima querida, si tanto hablamos de esto en esas caminatas por el gay town, el Parque Forestal y el frontis del museo donde cada domingo reunías a la galucha paseante que se apretaba la guata riendo con tu función de teatro callejero en las escaleras del Bellas Artes. Cómo lo hago, amiga, para despejar el nudo que no me permite escribir, en este ahogo que deja tu partida. Si no puedo creer, no me cabe en la cabeza que nunca más voy a encontrar tu figura altiva de condesa cunetera alegrando el arbol de la tarde. Esta maraca ciudad no te merece y ha perdido un color al dejarte ir por el gris destemplado del anonimato. Pero todos te conocían, desde antes, desde los rasguñados días en la dictadura, cuando gritabas con tu voz ronca: vamos al teatro. Y era así, por el paseo Ahumada de entonces, por La Vega, por Bellavista, en Horcones, en Quintero, el verano del '84, llegaste a la playa con cuatro palos y unos trapos multicolores, y en un dos por tres la magia del teatro pobre inundaba de risas las caritas quemadas de los niños, los ojos tristes de las mujeres pobladoras los hacías soñar. Y para todos hilvanabas un verso, un chiste, una flor de papel arrugado en tu boca deslenguada, mi amiga de tantas noches, de tantas fiestas y carnavales pulgientos que inventaba tu mágica cabeza. Cómo vamos a seguir sin ti, pájaro de raído andar y plumaje violento. Tanto que decir, tanto que recordar en esta hora y, sin embargo, la memoria se atropella, la página se humedece y las letras mojadas bailan solas en el descampado de esta lluvia final. Tantas veces nos reímos al elegir las palabras de este sidoso adiós. Para qué hacerse el examen macabro si, al saberlo, nos morimos de impresión, decíamos, pero tú no te moriste al contármelo, y seguimos riendo en el humo mariguano que inundaba las farras de los noventa. Seguimos jodiendo con el bicho, el chiste, el premio, la polla gol, y tantos nombres sarcásticos que le pusimos al sida para espantar el olor de la tragedia. Incluso, en una de tus tantas recaídas, una loca te escribió un homenaje mortuorio en la revista *Lamda*, y yo al leerlo casi me morí de impresión al pensar que te habías ido sin enterarme. Entonces, entre sollozos, tomé el teléfono y llamé a tu casa para saber dónde te estaban velando. Y casi me muero por segunda vez al escuchar tu voz aclarándome que todo había sido

un malentendido. Pero no te dio rabia con la loca desubicada; al contrario, te reíste e incluso encontraste bonito el homenaje póstumo. Y ahora resulta cierto, querida prima. Tan cierto que el mismo teléfono se quedó mudo, como si la señora muerte no hubiera pagado la cuenta. Te fuiste y ya no hay nada que hacer. No resultó el tratamiento de ayahuasca que otra prima te hizo tomar para mejorarte. Tampoco el humor negro para subir las defensas, ni los arrullos cariñosos de las amigas del Circo Teatro que te cuidaron hasta el final. Nada pudo evitar el desenlace, y partiste teatrera y vagabunda como la vida hizo de ti una quimera. Estoy tan triste que ando solo buscándote en las sombras que se mecen en el agua verde del parque. Nada me podrá devolver a mi niña torcida, mi paloma torcaza, mi Pavez, la Paulina Show, la reina del Zapatito de Oro, la bruja linda del parque. Como ves, la primavera nuevamente entibia el Santiago verdejo, pero tú no estás para inventarle alas de mimbre al pájaro del teatro. Qué haremos, prima, con tu equipaje de máscaras y coliflores de seda que bordabas con tanta paciencia y delirio. Dónde irán ahora tus amores de percala, tus amantes pungas a pasar su madrugada descalza. Algunas flores pisoteadas quedaron frente a la pérgola luego de que tu carnaval pasó gimiendo malabares de luto. Las mujeres floristas, tus amigas, alfombraron de nomeolvides el tranco del adiós, como tú querías. El cortejo alegre recorrió Pío Nono, hizo un alto en el parque y allí se detuvo un rato para que tus cercanos hicieran los ritos de la actuación. Y algo pasó que el vehículo quedó en pana, como si tú no quisieras irte nunca de ese escenario a la intemperie. Las locas comadres tuvieron que empujar la carroza de la diva sacando músculos de macho coligüe. Parecía que te ibas riendo o teatralizando hasta el final la comedia delirante de tu muerte. ¡Ay, querida prima!, peleaste brava por el retorno a la democracia, y la democracia nunca te devolvió la mano, jamás te dio la migaja limosnera del Fondart, de sus becas teatreras solo para actorcillos de teleserie, figurines estirados, mariquillas gritones haciendo de galanes en la pantalla de la Concertación. Ni siquiera cuando apareciste en el noticiario de la TV sangrando frente a los tribunales, herido por los pinochetistas. Nunca hubo reconocimiento para la escena callejera que en los ochenta animaba la protesta. Ese teatro de propinas que no tenía camarín y se maquillaba frente a los niños tosiendo por las bombas lacrimógenas. Es como si nunca hubiera existido ese panfleteado clamor. Salvo excepciones, no soporto el teatro, yo te decía, y tú, con displicencia de Sara Bernhardt, me contestabas: es que usted, tía, no lo entiende. Y tenías razón, el teatro no se entiende, se vive sobre las tablas zangoloteadas de la sobrevivencia, es calle viva, tumulto manoseado, vereda contaminada y aglomeración. El otro «es puro teatro», como dice la cantante.

Y se nos murió la Pavez, parece letra de cueca, pero la verdad de tu extinción no le lleva música, apenas unos zancos, algunos tambores acompañando el féretro en la carpa de la Negra Ester, salió cierto eso de que Andrés Pérez te iba a venir a buscar, chatita. Corrió la lista, decías tú cuando alguna prima se iba de lo mismo, y todas nos aterrábamos cuando agregabas: que pase la que sigue. Pero ahora te tocó el turno a ti, y ya no es chiste. La humorada queda colgando en la comisura de una risa rota. Hoy, una vez más cruzo el parque, Santiago se eleva sobre las nubes con su arquitectura de cartón, los acróbatas en las esquinas hacen sus maromas a la rápida estirando la mano a los automovilistas, y todo parece igual, como si nada. Solamente al atravesar el puente Loreto, un rasmillón de sol broncea las escamas del río Mapocho. A lo lejos, sus vapores semejan una piragua en llamas, un cortejo enfiestado que los restos de la tarde lo navegan al encuentro de su caricia pleamar.

Hotel Boquitas Pintadas

Y fue en plena crisis argentina cuando a la Editorial Lom se le ocurrió invitarme a presentar mi libro *De perlas y cicatrices* en el gran Buenos Aires. Por primera vez en mi vida volé como las estrellas en primera clase, en esos asientos de dos plazas donde es posible estirarse y pearse con entero relax. Junto a Paulo Slachevsky y Silvia Aguilera, jefes de Lom, llegamos a la capital transandina en momentos en que estallaban los saqueos, por todas partes había gente durmiendo en las aceras y la potencia demandante de las marchas hacía estremecer la pomposa avenida de Mayo. Aquí sigue intacta la fuerza sindical, dijo Silvia emocionada mientras el taxi recorría las calles tratando de esquivar la manifestación. Puños en alto, bombos retumbantes y una acalorada fragancia popular nos daban la bienvenida a esa ciudad donde yo había estado quince años atrás vendiendo matute oriental al pie del Obelisco. Mire lo que es la vida, le dije al taxista, recién llegada la democracia con Alfonsín, yo era un vagabundo artesanal que movía cosas aquí mismo en plena Nueve de Julio. ¿Y ahora qué hace?, me respondió el hombre preocupado de no atropellar a los manifestantes. Vengo de escritor, le contesté mostrándole el diario *Página 12*, donde se anunciaba mi presentación. ¿Usted conoce el hotel Boquitas Pintadas?, preguntó Silvia desde el asiento trasero. ¿Ahí se quiere alojar el escritor?, dijo el taxista con una chispa de burla en su bigote italiano. Claro, lo recomendó un artista argentino, respondió Silvia un poco molesta. Nos dijo que era muy bonito y original. ¿Le parece inadecuado?, pregunté frunciendo la voz. ¿Es peligroso? Todo aquí puede ser peligroso. En cualquier parte entran unos pibes armados, te raptan y piden rescate. Nos dijeron que está cerca de San Telmo, intervino Paulo para detener los terrores del tachero. Sí, es por acá cerca, concluyó el hombre, preguntando: Y si Chile está tan bien, ¿por qué alojan a su escritor en un hotel parejero? Silvia lo miró sobre los lentes agregando seria: No nos dijeron nada de eso, pero ¿a ti te importa, Pedro? Por el contrario, pues niña, en una de esas encuentro un marido cesante bajo la cama. Te pedimos la mejor habitación, la suite imperio, con cama gigante, con jacuzzi de mármol antiguo y muebles de época, como los describe Puig en su libro *Boquitas pintadas*. El hotel entero está inspirado en la estética del escritor. Aquí es, resolvió el taxista deteniendo el auto

en una esquina flaca de cinco pisos con un bar de mala muerte en la planta baja. En ninguna parte se leía Boquitas Pintadas, pero al preguntar por la reservación una mujer que limpiaba las mesas de plástico floreado afirmó amablemente que me estaban esperando. Pero en este momento, señor, tómese un café, ya que estamos aseando la suite imperio. ¿Y cuántas habitaciones tiene el hotel?, pregunté mirando tras el cristal fucsia del bar, un viejo ascensor belle époque que aguardaba pasajeros rumbo al paraíso. Solamente ocho, contestó una loquilla gay detrás del mesón. Lo estábamos esperando, agregó con lánguido aire existencial. La dueña les da la bienvenida, concluyó presentando a una valquiria alemana de ondulante mirar. Ella, sonriendo, vino a saludarnos con acogedora frialdad. Pero solo Pedro va a alojar aquí, aclaró Paulo. Nosotros estamos en avenida de Mayo. Y se puso de pie, justo cuando baja del ascensor una pareja de pelo mojado oliendo a reciente revolcón. En un momento estará lista la suite, dijo la loca. ¿No quiere tomar algo más? No, gracias, es muy temprano. Aquí el bar está abierto día y noche, y hay preservativos si necesita, me ofreció cómplice, trapeando el ventanal de un acuario que ocupaba toda la muralla. ¿Y los peces que no se ven?, pregunté acercándome al vidrio. No son peces, son axolotes, y están abajo escondidos en la oscuridad, se ponen bravos cuando tienen hambre. Usted debe conocer el cuento de Cortázar. Ahí recordé el texto y pensé que nunca había visto ese pescado reptil mexicano con cara de bebé satánico, que miraba como en un espejo al protagonista del cuento. Ahí hay uno, dijo la loca mostrándome una negrísima mancha volante que emergía desde la profundidad. Son bonitos y siniestros, comenté viendo aparecer una a una esas criaturas prehistóricas, con manitos de lagartija, largas agallas inquietas y ojos saltones boqueando tras el cristal.

La suite imperio era ordinaria y hermosa, algún aire de mejores tiempos pestañeaba en las lámparas chuecas. Una mancha ocre revenía algún crimen en las flores del papel mural, justo frente a la tibia cama recién ocupada a la que le faltaba una pata de león, pero la habían reemplazado por un montón de libros. En el enorme baño de azulejos trizados me esperaba el jacuzzi romano. Como buen pobre, me desvestí para experimentar ese placer acuático del que hablan los ricos. Abrí una llave... y nada. Abrí otra... y nada. Las abrí todas y se abrieron todos los chorros, inundando el baño como regadera loca en pocos segundos. Trataba de controlar el agua, pero de otra parte saltaban más chorros inmanejables. Por suerte, antes de llamar a los bomberos, tocaron la puerta, y era la camarera que cortó el agua y con toallas se hizo cargo del diluvio. Abajo lo está esperando Luana Berkin, me dijo, dice que usted la conoce. Qué alegría volver a ver a mi amiga activista travesti, pensé mientras bajaba el ascensor

hasta el bar donde la regia Luana me esperaba morenaza y divina como solo ella sabe ser. Recién llegado a Buenos Aires, ya me encontraba con mi amiga Luana, brindando whisky a whisky en el bar del hotel, haciendo hora para la entrevista radial con Fernando Peña en la radio Rock and Pop argentina. Salud, reina, le dije a Luana, recortada por los crisantemos lacres que inundaban el hall. Mi madre decía que las flores naturales evitan las peleas, las broncas, como dicen acá. Es posible, Pedro, argumentó Luana con mestizado pudor, porque aquí siempre hay joda, pero en buena. Además es el lugar donde puedes encontrar a los famosillos del rock en fiesta halera todas las noches. ¿Aunque estén en crisis? Aun así, contestó ella con la vista fija en los fúnebres axolotes que nadaban inquietos en la pecera. Son siniestros. ¿No? Diabólicos, diría yo. Contrastan con la transparencia de la lluvia, remató Luana señalando el ventanal. Ahí está el taxi que nos manda la Peña, exclamó tomando la cartera. Vamos entonces, la cuenta la paga mi Editorial Lom.

Siempre llueve en Buenos Aires cuando voy en taxi rumbo a algún mambo laboral. Y es esa lluvia fina, como programada en alguna película añeja de psicoanálisis y urbano esplendor. ¿Está invitado a lo de Peña?, me sorprendió el taxista con la pregunta. Claro que sí, acentuó Luana, remarcando el vaivén Ypacaraí en el lujo porteño de su pronunciar. Es el escritor chileno que cierra el ciclo de Peña. ¿Es el último programa, che?, interrogó el taxista limpiando el parabrisas con su pañuelo. Mire que todo Buenos Aires se banca la crisis escuchando a Fernando Peña. Al bajar nos recibió un aparatoso productor que nos llevó al estudio. Todavía falta media hora, en tanto, ¿qué quieren tomar, che?, preguntó con ondero desplante. Whisky, con hielo, agregué dándole una ojeada al lugar. Pedro, soy Fernando Peña, dijo un gay calvo que apareció con auriculares estirándome la mano sin mirar a Luana. ¿No la conoces?, le disparé señalando a mi amiga. Quién no la conoce, dijo mascando las palabras. Es mi invitada, ¿te incomoda? Bueno, ya está acá, rezongó amurrado. Van a tener que esperar un poco, dijo molesto desapareciendo en el locutorio. Parece que no le gustó verme, comentó Luana en un susurro. No se preocupe, hija, le contesté con toda la serenidad del mundo. Pero no fue un rato, pasaba y pasaba el tiempo y nosotras ahí sentadas como estúpidas. Nos vamos, le dije al productor poniéndome de pie. Ahora van a entrar, pasen por aquí, murmuró nervioso. Mientras me presentaba a la ligera, Peña indicó unas sillas frente al micrófono. Veo que Lemebel viene acompañado por una militante travesti, comentó irónico con acento concheto. Tú y yo fuimos vecinos del mismo barrio, le cantó Luana con morocho desplante. ¿Y con esa voz eres travesti?, ladró Peña frunciendo su jeta gay. Y hasta allí soporté su clasista desdén. Qué te pasa, maricón de mierda,

con mi amiga, lo enfrenté lanzándole un escupo al micrófono de su mugre radial. Mirá que la Lemebel se enojó, gritaba haciendo maromas teatrales. Ni siquiera eres buen actor, maricón hediondo, concluí furiosa sacando a Luana del estudio entre los grititos de burla con que la loca trataba de minimizar el bochorno. De allí al taxi, donde el chofer comentó: qué entrevista más corta, ¿no? Nadie le hace esto a Peña. ¿Y era su último programa? ¿Adónde los llevo? A tomar algo, musité con la boca seca. Vamos a Angels, a buscar chicos, para olvidar el mal rato, dijo Luana con bolichera experiencia. Urgente, niña, acepté, recordando que Silvia de Lom me había dado cien dólares para satisfacer mi lujuria porteña. Te alcanza para cinco ángeles, sumó Luana al bajar del taxi. Pero no fue ni uno, porque de tanto bailongo, abrazo y agarre en la disco Angels, no agarré nada, y al registrarme caí en cuenta de que esas manos cafiolas me habían pelado la guita, mientras yo juraba que eran caricias de buena intención.

Esta no es mi noche, suspiré al bajar del auto con Luana en el Boquitas Pintadas; con esta lluvia mejor me quedaba en cama, nena. Ahora mejor descansas, querida, mañana te vengo a buscar para tu presentación. Y me dormí en la suite imperio acunado por la lluvia, tratando de recordar cuál de los cafiches me había robado los dólares. Eran tan bellos... tan atentos... tan lindos... Y yo tan huevona.

A media mañana desperté con un toque en la puerta. Lo busca su amiga, dijo la camarera, agregando: el desayuno es hasta las once. Y bajé de mal humor hasta el bar donde Luana me recibía con un ramo de flores. El bar estaba vacío de sus habituales clientes y, en cambio, las mesas floreadas estaban llenas de una veintena de niños villeros sentaditos muy compuestos esperando. ¿Y qué esperan?, pregunté curiosa a un pequeño de ojos africanos que colgaba lacio de una silla. Aquí nos dan comida, me contestó desde su hilachenta corporeidad. ¿Y qué edad tienes, bambino?, lo interrogué calculando menos de siete años. Tengo doce, habló bajito mirando el suelo. ¿Y tú, mi amor?, debes tener nueve, le dijo Luana a otro flacucho ojeroso que miraba en el acuario la siniestra danza de los axolotes. Tengo catorce, dijo con ronca vergüenza. Es la desnutrición, me susurró Luana con pena. Mire, nos interrumpió el niño más pequeño indicando el vidrio donde los oscuros axolotes movían sus bracitos reptiles como fetos de terror. Ellos comen carne, exclamó el chico con el dedo en el cristal. Con Luana nos quedamos heladas, y yo quise salir afuera, respirar el aliento vegetal de la lluvia que en el Buenos Aires de entonces prometía clarear. ¿Sabes por qué el Boquitas Pintadas cobra tan caro?, le dije a Luana que caminaba bordeando un azulado charco. Porque vienen los famosos, respondió ella con triste ironía. No

es solo eso, agregué. Yo creo que en este hotel donde la noche hierve risueña con sus estrellas pop, en el día el comedor popular de los niños villeros cancela el vértigo de su bohemia ilusión.

El regreso de la finada

Y quizá pudo ocurrir el día de mi cumpleaños, en mi casa, después de tomarme veinte copas a la salud de mis perdidos veinte años, de brindis en brindis con las maricas amigas; porque estaban casi todas: la Moliendo Café, la Gaucha Geisha, la África Sound, la Liquid Paper, la Lucía Sombra, la Pato Engaña, la Puré de Mojón, las infaltables termitas del pico y otras coladas que no recuerdo. Cuando entre tantas locas que me festejaban con falso cariño, cruzando por una puerta, me encuentro a la Pavez más joven y reina que nunca, un año después de morir a causa del sida, por aquí cerca en el barrio Lastarria. Y parecía que en la fiesta a nadie sorprendía tanto, porque las colizas pechadoras se hacían las tontas comiendo y tomando como si nada, como si el mundo se fuera a acabar, cantó ella con su vozarrón de arrabal. ¿Y vos qué hacís aquí, niña?, ¿si estái en el cementerio? Es la sorpresa que le teníamos preparada, señora Lemebel, dijeron todas a coro, ya que no hay torta, le trajimos a su amiga tortillera. Y ahí me quebré, allí no pude más, y la miraba y miraba de lejos girando con su vestido rojo travesti, a ella, la Pavcita paseándose y tocándose las tetas ofreciendo: ¿no se sirven un canapcito? No hay ninguna duda, me decía. Es la Pavez en persona; la misma loca gigantona con sus manos también grandes, que las disimulaba tan bien con pequeños gestos, la misma voz ronca con ese afelpado de lengua diciéndome: ¿Y qué mirái tanto, niña?, ¿nunca hai visto a un maricón? Resucitado, nunca, le alegué con la copa en la mano. Lo que pasa, dijo dando un paso adelante como si estuviera en el escenario, es que madam Lemebel se embriagó y les tengo que decir, más bien déjenme contarles... recitaba teatrera con una mano en el pecho, igual que esa noche cuando nos amanecimos payaseando con Mario Bellatín, el escritor mexicano. Era ella, sin ninguna duda, como en sus mejores tiempos, dicharachera y fumona aspirando su gran pito que fabricaba pegando tres papeles al hilo. Me quedó de la canasta familiar de la Unidad Popular, pues linda, agregaba mojando el triple cuetazo que luego echaba a correr, para que no se note pobreza, chiquillas, para que los momios no sigan pelando a Allende, gritaba espantando a los gatos con su vitrola parlotera. Era la misma Pavez de regreso, pero no podía ser, yo la vi embalsamada bajo el vidrio del ataúd en la carpa del Gran Circo Teatro. Es decir,

casi ni se distinguía su cara, porque el vidrio se había empañado con el vapor de las matas de marihuana que las locas funerarias le echaron dentro. Y no crean que voy a venir siempre, maricones feos, nos gritó sulfurosa con una mano en la cadera. Esto es una excepción, un cariño para esta vieja zorra en su sextuagésimo natalicio, para ella la escritora, la Leme, la Lamebién, dicen los chiquillos de la plaza. Y se reía con esa risa de cristal que erotizaba al barrio La Vega. Entonces me puse a llorar como un niño y ella se me acercó tierna, enjugando mi llanto con su pollera colorada. Tenís el mismo olor a poto salvaje, le dije entre lágrimas, y me abrazó, y nos reímos llorando. Es que en el infierno el agua es muy cara, hija, lleve un bidón cuando le llegue el pasaje, me contestó antes de evaporarse en los albores del sueño. Al despertar en mi cama, llovía torrencialmente y los truenos relampagueaban en la ventana los sargazos de este último verano. Era ella, pensé, escuchando somnolienta los metales oxidados de su inolvidable reír.

(Una madrugada de marzo del 2005)

Glosario del autor

Afirulamiento (*irónico*): refinamiento.

Alaraquear: exagerar una emoción.

Amapolado (*de amapola*): hacer florecer.

Apotingado: sentado relajadamente, con comodidad.

Beat-Box: acompañamiento musical realizado por los raperos, que consiste en marcar el ritmo con la boca en el micrófono.

Bolereada: de bolero y poética musical.

Brígido: que produce mucho temor.

Broder (*chicanismo*): hermano.

Bi-boy (*chicanismo*): modo de nombrar cariñosamente a un amigo de juerga urbana.

Cacha: coito.

Cachero (*de cachar*): quien efectúa el coito.

Cachuchazo: golpe, puñetazo.

Cafiola (*lunfardismo*): taxi boy.

Cagazo: error con consecuencias nefastas. Caracho: sinónimo de rostro gastado por la vejez o que expresa enojo.

Chalaco: perteneciente al puerto peruano del Callao.

Chela: cerveza.

Chiloca: contracción de los términos «chilena» y «loca». Relativo al vagabundeo juvenil urbano.

Chinoco (*chicanismo*): de cierta estética social barriobajera.

Coliza: homosexual. Derivado de un tipo de pan.

Copete: alcohol.

Cunetero (*de cuneta*): vagabundeo urbano.

Curagüilla: folclorismo para señalar al sujeto ebrio.

Engrupir: engañar con encanto.

Fletín (*despectivo*): homosexual evidente.

Fleto (*de uso homofóbico*): homosexual.

Fru-fru: ironía sobre la pronunciación del idioma francés.

Huasteco: modo o acento rústico.

Imilla (*bolivianismo*): niña.

Jota: Juventud Comunista.

Llocalla (*bolivianismo*): niño.

Longi (*lunfardismo*): gil, sujeto inepto.

Luca: dinero.

Macumbear: de macumba. Joda fiestera nocturna. Malandra (*lunfardismo*): modo romántico de nombrar a un delincuente.

Mamao: felatio cantante.

Mamao beat-box: acompañamiento musical realizado por los raperos donde el micrófono es reemplazado por el falo.

Mamoncito: trato cariñoso para nombrar a quien efectúa la felatio.

Maraquear: putear, hacer la calle.

Maricueca: homosexual, sinónimo que alude al baile nacional chileno, la cueca.

Maricursi: contracción de los términos «homosexual» y «refinado».

Mariloba: zoomorfismo sexual, relativo al lobo hembra.

Mariposón: homosexual, relativo al lepidóptero nocturno.

Mariqui: término afectuoso para referirse a un homosexual.

Mariquilla (*folclorismo*): modo de referirse con ternura a un homosexual.

Mariquilla patín: travesti que ejerce la prostitución. Maritecno: contracción de «homosexual» y la «música tecno».

Marucho: homosexual.

Paltón: pituco, de clase social alta.

Pata (*peruanismo*): amigo.

Patiperrear: vagabundear sin destino.

Patuleco: de andar disparejo.

Pelusón: joven vagabundo urbano.

Péndex: adolescente, joven.

Pingón: joven vergón.

Pitos: marihuana.

Punga: modo romántico de nombrar a un delincuente desde la homosexualidad.

«Se me apagó la tele» (*expresión popular*): exceso alcohólico que lleva a la

inconsciencia.

Taquilla: exageración farandulesca.

Taxi boy: joven que ejerce la prostitución masculina en la calle con homosexuales.

Tunazo: balazo.

A modo de reparto

Este libro viene de un recorrido periodístico divulgado en quioscos de diarios, cunetas y envolturas de pescado en la feria barrial donde todavía asquea el plástico. Algunas de estas crónicas fueron publicadas en el periódico *The Clinic*, un descatado lugar de la prensa chilena que nace a la luz pública parodiando la detención de Pinochet en la Clínica de Londres (London Clinic). En ese entonces, el editor me invitó a colaborar sin ningún tipo de restricciones. Agradezco esta acogida y creo haber cumplido en parte sus expectativas donde desarrollé en letra y carne mis encuentros con bambinos en el marasmo arribista de estos confines de mundo. También hago extensivo este reconocimiento a Jovana Skármeta, mi agente literaria, amiga y compañera de copas. A Sergio Parra, compañero de letras y pañuelo fatal en noches sin luna. A Héctor Núñez, África Sound, prima compinche de tantas mal andadas, a Malala Ansieta, fan cómplice en el encuentro con Bosé. A Simonne Texeira, quien pudo ser la única muller en mi vida. A esa leyenda narratriz de Andrés Pavez, quien me enfermó de pena frente al abismo de su partida. A Pancho Taucán y Cris que recorrieron para mí el velo ancestral del vestigio andino. Al Consejo Nacional del Libro y la Lectura que me tiró unos mangos para cronocar el árido norte. A los hoteles y hostales: Shangay, Sahara, Boquitas Pintadas en Buenos Aires, Bolívar en Lima, hotel Ilo de Perú, Resort de Arica, en algunos de los cuales experimenté lo divino errante boqueando de cúbito abdominal entre sus sábanas. Por supuesto, a las líneas aéreas Cubana de Aviación (la mejor), Aerolíneas Argentinas y AeroPerú, felizmente desaparecida. Y para que no se me olviden mis muchachos amados: Tevo de Viña, Alejandro rockero, Álvaro de Laguna Verde, Cristián rap, José el Puma, Wilson del sur, Miguel el Flaco, Roger del Callao, Juan Carlos en el Cuzco, Adolfo de Cuba, Carlitos de Calama, mi perro Cholo, el Pepa de Arica, Luis Miguel, el niño boliviano y el chico Bamba del Puerto, sin los cuales estas húmedas páginas no estarían supurando su acaramelado vaivén.

Buenas noches.

Muchas gracias.



Seix Barral Biblioteca Breve

España

Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona (España)
Tel. (34) 93 492 80 36
Fax (34) 93 496 70 58
Mail: info@planetaint.com
www.planeta.es
www.planetadelibros.com

Paseo Recoletos, 4, 3ª planta
28001 Madrid (España)
Tel.: (34) 91 423 03 00
Fax: (34) 91 423 03 25
Mail: info@planetaint.com
www.planeta.es

Argentina

Av. Independencia, 1668
C1100 ABQ Buenos Aires
(Argentina)
Tel. (5411) 4124 9100
Fax (5411) 4124 9190
Mail: info@eplaneta.com.ar
www.editorialplaneta.com.ar

Brasil

Av. Francisco Matarazzo
1500 - 3º andar, Conj 32 B
Edificio New York
05001-100 São Paulo (Brasil)
Tel.: (5511) 3087 8888
Fax: (58212) 3087 8890
Mail: ventas@editoraplaneta.com.br
www.editoraplaneta.com.br

Chile

Av. Andrés Bello 2115
piso 8º
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (562) 2652 2900
Fax (562) 2652 2912

Mail: info@planeta.cl
www.editorialplaneta.cl

Colombia

Calle 73, 7-60, pisos 7 al 11
Santafé de Bogotá, D.C.
Colombia
Tel. (571) 607 99 97
Fax (571) 607 99 76
Mail: info@planeta.com.co
www.editorialplaneta.com.co

Ecuador

Whymper, 27-166 y Av. Orellana
Quito (Ecuador)
Tel. (5932) 290 89 99
Fax (5932) 250 72 34
Mail: planeta@access.net.ec
www.editorialplaneta.com.ec

México

Presidente Masaryk 1111, 2º piso
Col. Chapultepec Morales
Deleg. Miguel Hidalgo
11570 México, D.F.
Tel. (52 55) 3000 6200
Fax: (5255) 50029154
Mail: info@planeta.com.mx
www.editorialplaneta.com.mx
www.planeta.com.mx

Perú

Av. Santa Cruz 244
San Isidro. Lima Perú
Telf. 511 4409898
Fax 511 4224650
www.editorialplaneta.com.pe

Portugal

Planeta Manuscrito
Rua do Loreto 16 - 1º D
1200 - 242 Lisboa - Portugal
Tel. (+351) 21 340 85 20
Fax (+351) 21 340 85 26
Mail: info@planeta.pt
www.planeta.pt

Uruguay

Cuareim, 1647
11100 Montevideo (Uruguay)
Tel. (5982) 901 40 26
Fax (5982) 902 25 50
Mail: info@planeta.com.uy
www.editorialplaneta.com.uy

Venezuela

Final Av. Libertador, Torre Exa, piso 3º

Ofic 301. El Rosal

Caracas 1060

Tel.: (58212) 952 35 33

Fax: (58212) 953 05 29

Mail: info@planeta.com.ve

www.editorialplaneta.com.ve

Grupo  Planeta Seix Barral es un sello editorial del Grupo Planeta www.planeta.es